TIEMPO de HISTORIA

AÑO VI
NUM. 61
100 PESETAS

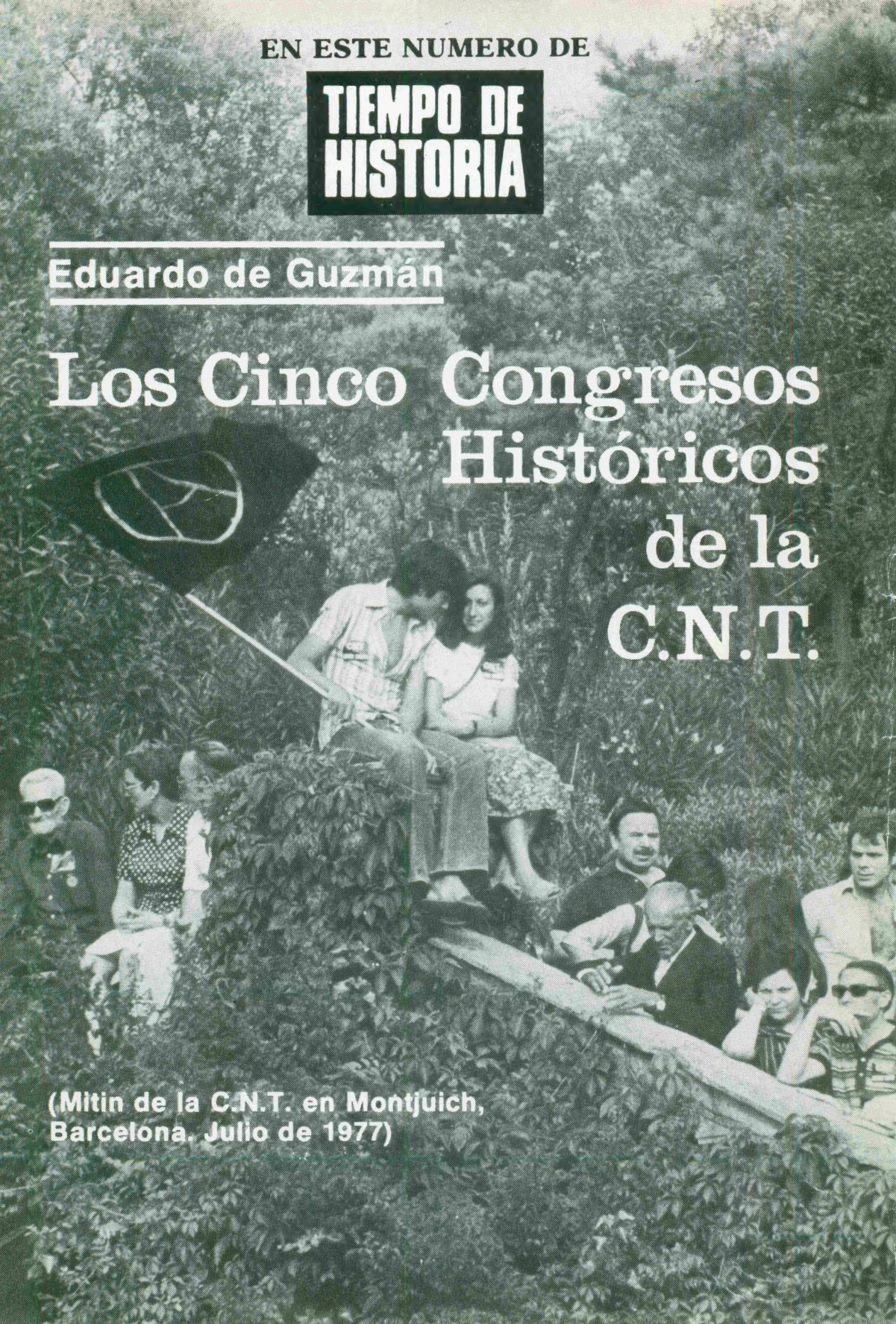
RÖHM CONTRA HITLER

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Eduardo de Guzmán

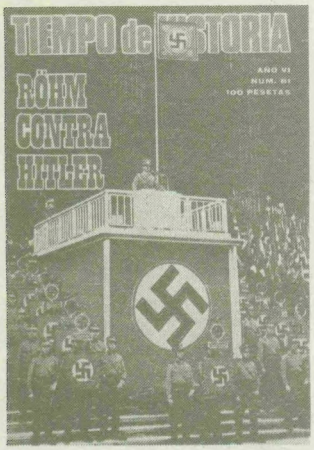
Los Cinco Congresos Históricos de la C.N.T.



(Mitin de la C.N.T. en Montjuich, Barcelona. Julio de 1977)

SUMARIO

AÑO VI • NUM. 61 • DICIEMBRE 1979 • 100 PESETAS



PORTADA: El 30 de junio de 1934. Röhm, jefe de la S.A. (Tropas de Choque) y centenares de personas, de la vida política, militar e intelectual alemana, murieron en todo el Reich. Asesinadas en un calculado «ajuste de cuentas» que ha pasado a la Historia como «la noche de los cuchillos largos».

La ESPAÑA NEGRA de José Gutiérrez Solana, es uno de los exponentes más significativos de la pintura contemporánea española. Reflejando las imágenes esperpénticas de un país convulsionado por los condicionamientos sociales, políticos y religiosos («Los traperos», de Gutiérrez Solana).

© TIEMPO DE HISTORIA 1979. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia.
TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
LA REBELION DE LA SA: **RÖHM CONTRA HITLER, por Heleno Saña**	4-21
LOS CINCO CONGRESOS HISTORICOS DE LA C.N.T., por Eduardo de Guzmán	22-27
CARLOS MARX Y SU «REVOLUCION ESPAÑOLA», por Carlos Sampelayo	28-41
ESPAÑOLES EN EL PERE LACHAISE, por Manuel Izquierdo	42-51
UN CENTENARIO: **BALDOMERO ESPARTERO, por José Miguel Fernández Urbina**	52-69
BARTOLOME CARRANZA, EL ARZOBISPO HEREJE, por Carlos Haller	70-83
RECUERDOS DE «TRANSTERRADOS» Y... DESTERRADOS, por Manuel Andújar	84-93
LA ESPAÑA NEGRA DEL PINTOR SOLANA, por Ana Basualdo	94-107
ESPAÑA 1949: Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara	108-115
JUANA DE IBARBOUROU O EL ABISMO DEL TIEMPO, por Nelson Martínez Díaz	116-119
LA COLECCION VOLSCIANA DE CRACOVIA, por Bogdan Piotrowski y Gimeno Bayón	120-124
LIBROS: El Ramón de Umbral; Fascismo y Anarquismo: un análisis histórico; El protagonismo histórico del campesinado chino; Poesía política y combativa argentina (1); Historia Libertaria: nueva etapa	125-130

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16 y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,500. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. Ejemplares atrasados: 100,— Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

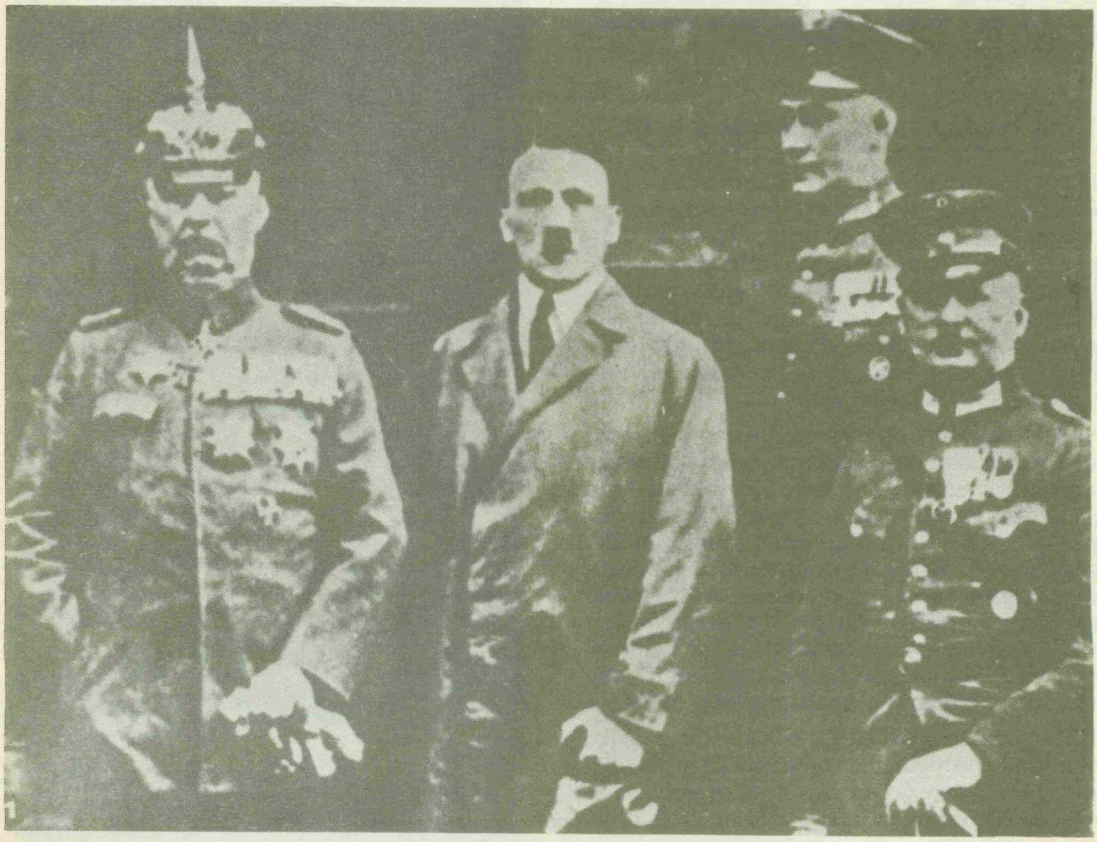
La rebelión de la SA:

Röhm contra Hitler

Heleno Saña

LA subida al poder de Hitler benefició a todas las organizaciones nazis menos a la más poderosa y popular: la SA.

Su jefe, Ernst Röhm se dio cuenta pronto de que el Führer no tenía muchas ganas de servirse de sus fieles camaradas para edificar el nuevo Estado. Se dio cuenta sobre todo de que Hitler no parecía inclinado a prescindir del Ejército y sustituirlo por una milicia nacional basada en los contingentes paramilitares de la SA. Pero este era precisamente el sueño de Röhm: arrinconar a los viejos generales reaccionarios y crear una milicia de «condottieri» bajo su mando.



El 8 de noviembre de 1923, Hitler, respaldado por el prestigioso general Ludendorff, y con la ayuda de Röhm, trata de dar un golpe de estado en Baviera, adelantándose al preparado por von Kahr y el general von Lossow (éste último de tendencia separatista). El intento nacionalista del futuro Canciller fracasará, pasando a la historia de la Alemania contemporánea como el «Putsch de Munich». (En la foto, de izquierda a derecha, en primer plano: Ludendorff, Hitler y Röhm).

Adolf Hitler con el uniforme de la S.A. (iniciales de la Sturmabteilung, Tropa de Asalto).

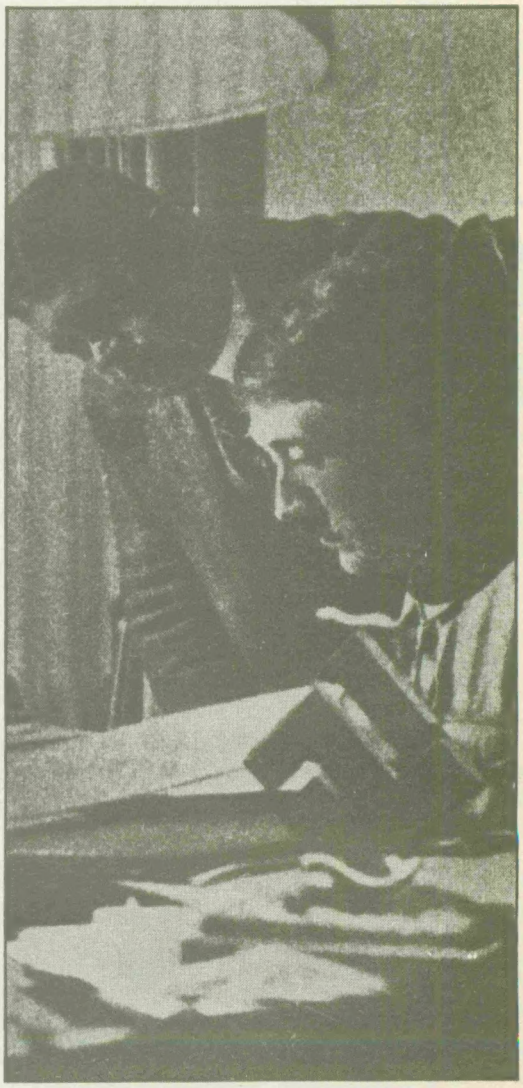
1. Rivalidad entre el Ejército y la SA

Numéricamente, el plan de Röhm no era descabellado: con sus 500.000 hombres, la SA era mucho más potente que la Reichswehr, condenada por el Tratado de Versalles a no sobrepasar los 100.000 soldados. Röhm contaba además potencialmente con el millón de miembros de los Cascos de Acero (Stahlhelm), la organización paramilitar cercana al Partido Popular Nacional Alemán.

La Reichswehr, como es natural, no pensaba dejarse anular por una organización plebeya y «revolucionaria» como los «Sturm-Abteilungen» (Secciones de Asalto), y tomó las medidas necesarias para poner un freno a los ambiciosos planes de Röhm. La animosidd de los militares contra la SA era unánime, pero estaba sobre todo representada por el general Walter von Reichenau, que además de ser el hombre fuerte en el Ministerio de la Guerra, mantenía estrechas relaciones con Himmler y la SS.

Hitler, que conocía la rivalidad entre el Ejército y la SA, procuró en la medida de lo posible limar las asperezas entre ambas organizaciones. A requerimiento suyo, a mediados de mayo de 1933 ambas firmaron un acuerdo en virtud del cual la SA y los Cascos de Acero quedaban integrados formalmente en el Ministerio de la Guerra. Tras esa concesión formal, Röhm exigió una participación de sus hombres en los puestos de mando de la Reichswehr y el control del arsenal del Este. Sin consultar a los generales del Ejército, empezó a armar —incluso con pistolas ametralladoras— a las Tropas de Vigilancia de la SA. Al mismo tiempo entabló contacto con los agregados militares de algunas potencias extranjeras, como Francia.

La actitud de Röhm planteaba a Hitler dos problemas graves, uno de carácter político y otro de carácter logístico. La milicia nacional proyectada por Röhm —que recordaba el modelo helvético— sólo podía servir para fines



Röhm y Hitler se tuteaban y su amistad había sido uno de los elementos principales en la consolidación del nacionalsocialismo en Alemania.

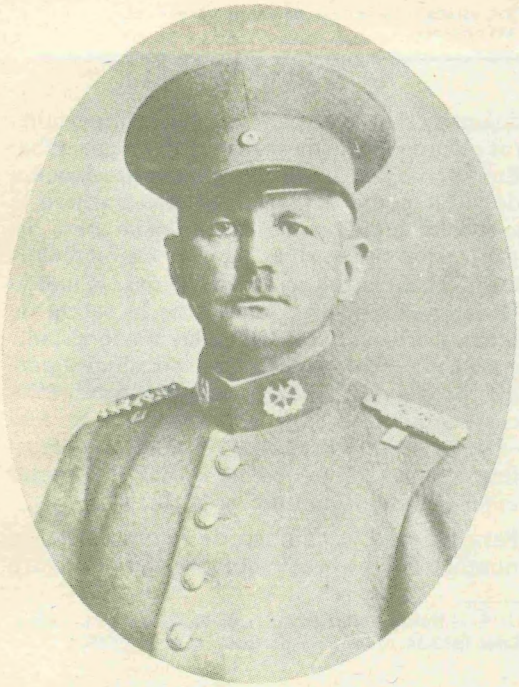
La S.A. estaba imbuida de un nihilismo infantil, en sus orígenes.

defensivos, pero no para los planes imperialistas que ya en este momento Hitler acariciaba. En el plano político la creciente militarización de la SA podía despertar en el extranjero la sospecha de que el Führer utilizaba a esa organización para armar de nuevo a Alemania. Como ha escrito Karl Martin Grass: «Cuando Hitler y Blomberg, después de la salida de Alemania de la Sociedad de las Naciones, iniciaron el rearme —de manera encubierta porque proseguían las negociaciones diplomáticas— Alemania tenía que evitar de cara al exterior toda violación del Tratado de Versalles; a la vez, tenía que demostrar el carácter enteramente no militar de la SA» (1).

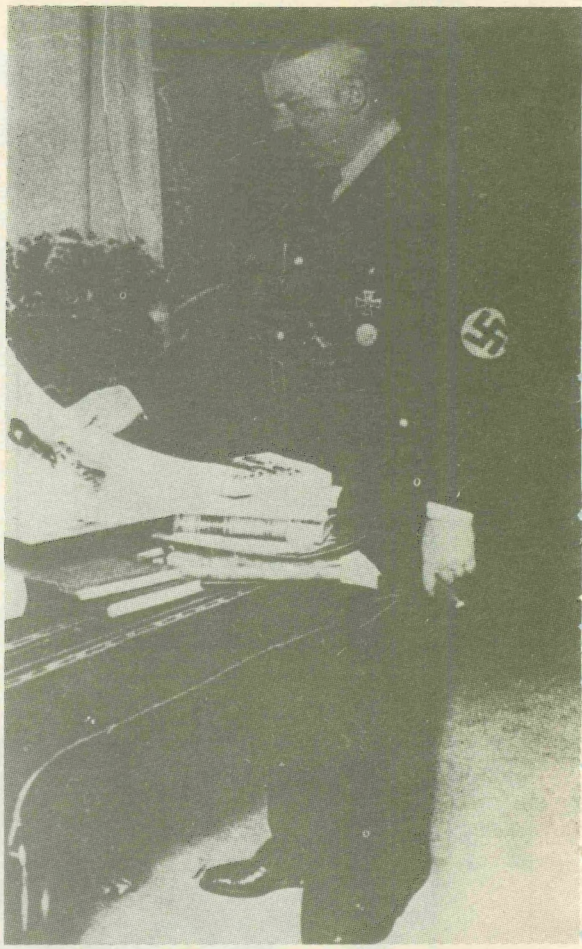
Para halagar la vanidad de Röhm, Hitler le nombró el 1 de septiembre de 1933 ministro

(1) Karl Martin Grass: **Edgar Jung, Papenkreis und Röhmkrise 1933-34,** *p. 169 (tesis doctoral), Heidelberg, 1966.*

Milicianos de la S.A. desgarrando una bandera republicana en Hamburgo.



De 1925 a 1930, Röhm fue instructor militar en Bolivia, organizando el Estado Mayor de aquel país. De esta época data la fotografía del antiguo compañero de conspiración de Hitler.



El jefe de la S.A. contemplando la fotografía anterior.

sin cartera del Reich. Pero en su mensaje de Año Nuevo declaró: «Si la misión de la SA es la de asegurar en el interior la victoria de la revolución nacionalsocialista, la supervivencia del Estado nacionalsocialista y de nuestra comunidad nacional, la misión del Ejército es la de asegurar la defensa de la nación de puertas afuera» (2).

Röhm consideraba que las declaraciones de Hitler constituían una contradicción en los términos. Para él, la potenciación de la Reichswehr significaba ya de por sí un bloqueo de la revolución nacionalsocialista. Dispuesto a no ceder, a principios de febrero de 1934 dirigió un memorándum a la Reichswehr presentando una serie de reivindicaciones militares. Entre otras cosas, exigía que la defensa territorial fuera asumida totalmente por la SA y que la Reichswehr se limitara a la instrucción de los soldados.

El ministro del Ejército informó inmediatamente a Hitler de lo que ocurría. En una reunión de alto nivel celebrada el 28 de febrero en la Cancillería, Hitler logró que Röhm y Blomberg, en presencia de varios altos jefes de la SA y la Reichswehr, firmaran un acuerdo fijando la competencia respectiva de ambas organizaciones. La SA asumiría en el futuro la instrucción premilitar, la instrucción de los reclutas no integrados en la Reichswehr, la instrucción ulterior de los licenciados, los preparativos para la movilización y la defensa parcial de las fronteras del Este. Para el Ejército conservaba la prioridad y la soberanía sobre la SA, y la instrucción premilitar y posmilitar a cargo de ésta tenía que atenerse a las normas fijadas por las Fuerzas Armadas.

Pero el compromiso no duró mucho. A oídos de la Gestapo, la SS y el Servicio de Contraespionaje del Ejército (Abwehr) llegaron pronto noticias sobre las declaraciones hostiles de los dirigentes de la SA contra la Reichswehr. Röhm dijo, ante sus camaradas: «No pienso atenerme al acuerdo. Hitler es desleal» (3).

---

(2) Völkischer Beobachter, 2 enero 1934.

(3) Véase Heinz Höhne, **Der Orden unter dem Totenkopf. Die Geschichte der SS,** *p. 93, Gutersloh, 1967.*

2. Los otros enemigos de la SA

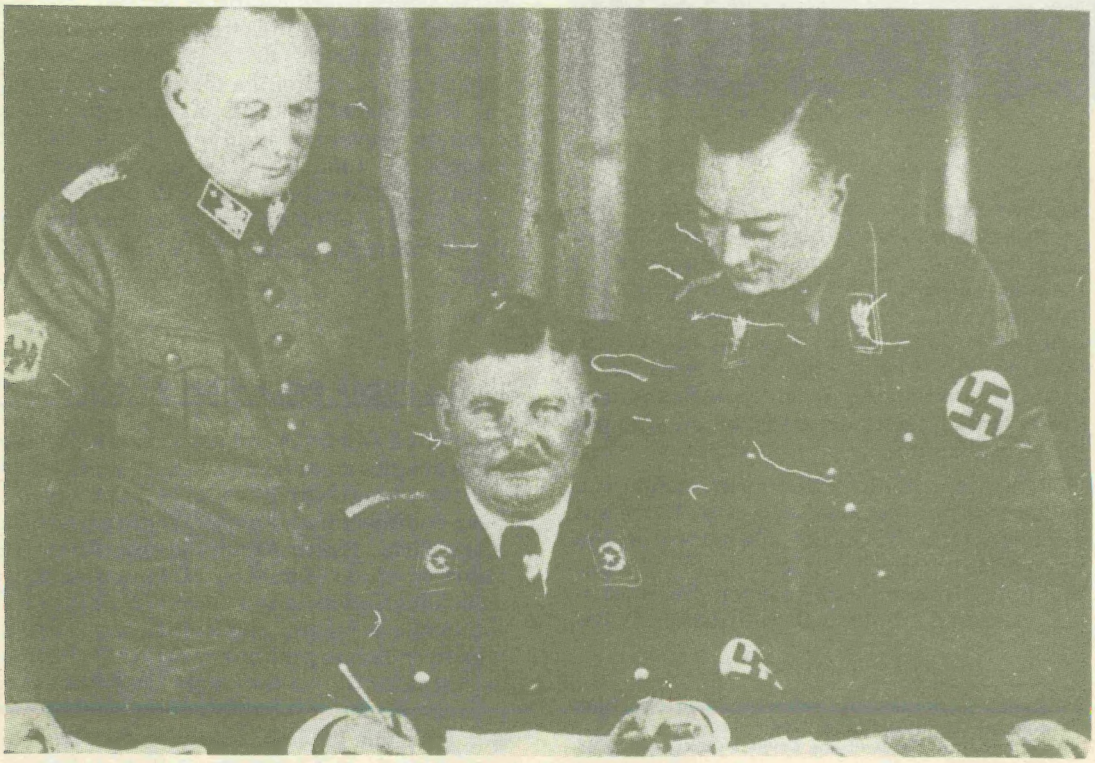
No fue sólo en el aspecto militar que Röhm adoptó una actitud independiente. Desde el primer momento intentó crearse un aparato político propio. Así nombró una serie de «Sonderbeauftragte» (delegados especiales) que se entrometían sin cesar en la Administración civil. Röhm desafió, asimismo, el monopolio informativo del NSDAP y de Goebbels, creando una Oficina de Prensa propia. También fundó sus propios campos de concentración, en los que se torturaba salvajemente a los detenidos. En este aspecto entró en rivalidad con la Gestapo.

Otra de sus iniciativas fue la de firmar un acuerdo con las organizaciones estudiantiles y lograr que éstas aceptasen el modelo pedagógico de la SA como base de formación de los estudiantes: campamentos, deporte, ejercicios paramilitares, marchas, etc. Con ello entró en conflicto automático con Robert Ley y con Alfred Rosenberg. El primero, jefe del Frente del Trabajo, postulaba una educación profesional y productiva; Rosenberg, como ideólogo del partido, una educación teórica y doctrinal.

Röhm se enemistó con los juristas de la nación al pedir tribunales independientes para la SA. Con ello quería encubrir los delitos y crímenes cometidos por sus subordinados. La exigencia de Röhm fue saboteada por el Ministerio de Justicia.

En la actitud autónoma de Röhm intervenían también motivos socioeconómicos. Debido a su crecimiento, la SA necesitaba un gran presupuesto, y uno de los objetivos de Röhm era el de financiar este presupuesto con fondos del Estado. Existía además el problema de los parados. Si Röhm quería crear una Administración paralela era fundamentalmente para dar cobijo en ella a los dirigentes y militantes de la SA. Cada nuevo cargo obtenido por la SA significaba no sólo un incremento de poder, sino un puesto de trabajo. Röhm sabía que una parte de su popularidad se debía a su preocupación social por sus hombres, y para mantener esta aureola social necesitaba acaparar puestos.

Röhm no logró solucionar el problema del presupuesto de la SA. Heinrich Bennecke señala al respecto: «Con el objeto de vestir y armar a los nuevos miembros de la SA, algunos líderes optaron por contraer deudas. Se



Röhm con dos de sus ayudantes.

Tropas de la S.A. desfilando.

trataba de varios millones de marcos, que preocupaban cada vez más a los proveedores. Lógicamente, acabaron por dirigirse al mando político. Pero éste tampoco podía pagar las deudas de la SA. Así, en diversos distritos y en la dirección del Reich se fueron acumulando las quejas contra los jefes de la SA (4). Sin proponérselo, el NSDAP se convirtió en aliado tácito del Ejército, aunque por motivos distintos.

Poco a poco, Röhm se fue enemistando con todo el campo nacionalsocialista. Entre sus enemigos figuraba Göring, que se consideraba el segundo hombre del Reich y no toleraba que Röhm le disputara esta posición. Su enemistad, como ha señalado Otto Strasser (5), data ya de principios del veinte. Rudolf Hess, por su fidelidad perruna a Hitler, miraba con desconfianza la independencia de Röhm.

La actitud de Himmler era más compleja. El jefe de la SS sentía un gran respeto y admiración por Röhm, y mantenía con él excelentes relaciones. Tras la I Guerra Mundial había servido como alférez a sus órdenes y ocupado con él el Ministerio de Defensa bávaro durante el «putsch de la cervecería», en 1923. En los primeros meses de la pugna entre la SA y la Reichswehr intentó convencer a su amigo de que no se opusiera a la política del Führer. Por otra parte, una organización tan poderosa e independiente como la SA estorbaba su designio de convertir a la SS en el instrumento básico del sistema. Himmler sabía por sus servicios de información que Röhm estaba cada vez más aislado, y que secundarle significaba cavar su propia tumba. A partir del 28 de febrero de 1934 decidió alistarse en las filas de los enemigos de la SA.

Pero los enemigos más encarnizados de Röhm se hallaban en el campo conservador y capitalista. Desde marzo de 1933, había surgido en Alemania la consigna popular de la «segunda revolución», que reflejaba la nostalgia social de la SA, las Juventudes Hitlerianas, el Frente del Trabajo y una parte del NSDAP. Detrás de estas aspiraciones estaba la sensibilidad social del general Schleicher, el nacionalsocialismo de izquierdas de Gregorio Strasser y el populismo de Röhm. La alta burguesía tenía miedo de que Hitler cediera a la presión de los círculos «revolucionarios» y permitiera el desmontaje total o parcial de la estructura capitalista. La cabeza visible de este miedo a la segunda revolución era el vicecanciller von Papen, portavoz político de la plutocracia del país.

3. La pugna entre Hitler y Röhm

La actitud de Hitler con respecto a Röhm fue al principio ambivalente. Si no estaba dispuesto a sacrificar sus planes imperialistas para complacer a su amigo, tampoco quería disgustarle. Hitler recordaba que Röhm se había separado ya de él en 1924 por su sentido de la independencia, pero no olvidaba la gratitud que le debía por el papel clave que había jugado en la fase preliminar del NSDAP como organizador de las Secciones de Asalto. Fue precisamente por la confianza que tenía en él que a finales de 1930 le confió de nuevo la dirección de la SA, en cuyas filas se habían

(4) Heinrich Bennecke, **Die Reichswehr und der Röhm-Putsch»**, *p. 42, Munich-Viena, 1964.*
(5) Otto Strasser, **Die deutsche Bartholomäusnacht**, *p. 65, Zurich, 1935.*

producido meses antes varios conatos de rebelión contra el partido.

A principios de enero de 1934, Hitler ordenó al jefe de la Gestapo, Diels, en presencia de Göring, que le hiciera un informe sobre las irregularidades de la SA. Con ello indicaba una cierta prevención contra Röhm, aunque en este momento no pensara en tomar medidas represivas contra su amigo. Pero Hitler recordaba perfectamente que a finales de la República de Weimar, Röhm había sostenido estrechas relaciones con Gregorio Strasser y el general Schleicher, a los que temía seriamente. Durante la entrevista con Diels y Göring, Hitler dijo, aludiendo a la homosexualidad de Röhm y otros jefes de la SA: «La camarilla que rodea a Röhm está completamente podrida... La SA es el motor de toda esa porquería... Pero yo no me intereso sólo por lo que la SA hace en el país, sino también por el señor Röhm y sus amistades» (6).

Para Röhm, hombre de acción y militar profesional, la actitud dubitativa de Hitler era incómoda. Quería claridad. Tras el acuerdo con la Reichswehr, el 28 de febrero, el jefe de la SA, lejos de mantenerse reservado para no disgustar a Hitler, hizo todo lo posible para subrayar la independencia de su organización. A partir de marzo, la SA organizó grandes concentraciones y desfiles en todo el país. Con ello Röhm no quería desafiar propiamente al Führer, sino demostrarle el poder que tenía y hacerle comprender que su destino estaba unido al destino de la SA. A finales de mayo de 1934, Röhm dijo a Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas: «Lo que necesitamos es un Ejército popular. Pero estos pobres diablos de la Bendlerstrasse no lo comprenden. Y la niña bonita de Adolfo es hoy la Reichswehr... Yo soy fiel a Hitler. Si hoy me dijera que represento un obstáculo para él, me iría de nuevo a Bolivia. Nunca podría emprender nada contra él» (7).

Hitler estaba disgustado por el exhibicionismo paramilitar de la SA, pero personalmente no dudaba de la lealtad de Röhm. Pero los viajes del jefe de la SA por todo el país y sus discursos inflamados —o los de sus correligionarios— sirvieron de magnífico pretexto para que los enemigos de Röhm empezaran a propagar la leyenda de que preparaba un golpe de Estado. El general Reichenau, Göring, Himmler y Heydrich se apresuraron a acumular material contra Röhm para demostrar a Hitler que el jefe de la SA se estaba convirtiendo en

(6) Rudolf Diels, **Lucifer ante portas,** *p. 379, Zurich, 1950.*
(7) Baldur von Schirach, **Ich glaubte an Hitler,** *p. 198, Hamburgo, 1967.*

Tropas de la S.S. desfilando.

un rebelde y un traidor. Las acusaciones estaban fundamentalmente basadas en rumores, tergiversaciones, bulos y documentación falsa.

El 6 de junio de 1934, Hitler y Röhm sostuvieron una entrevista. En el curso de la misma, el Führer pidió a su amigo que se marchara unas semanas de vacaciones y contribuyera así a disipar los rumores que estaban surgiendo en torno a él y la SA. Le pidió también que durante el verano la SA suspendiera sus actividades públicas. Röhm aceptó.

Pero en la orden que el 9 de junio Röhm dio a sus hombres, decía: «Ordeno que el 1 de agosto, la SA, después de haber descansado y recobrado nuevas fuerzas, esté en su sitio para cumplir las honrosas y difíciles tareas que el pueblo y la patria esperan de ella. Si los enemigos de la SA abrigan la esperanza de que tras sus vacaciones la SA ya no volverá a ocupar su puesto o sólo en parte, vamos a dejarles

Hitler y Röhm durante una concentración de la S.A.

que gocen por un momento de esta ilusión. En la hora y en la forma necesaria, recibirán la respuesta adecuada. La SA es y permanece el destino de Alemania» (8).

4. La decisión

El 17 de junio, el vicecanciller von Papen pronunció en la Universidad de Marburgo un discurso violentísimo contra los sectores «revolucionarios» del nacionalsocialismo. Aunque von Papen no mencionó a Röhm y la SA, su ataque estaba dirigido especialmente contra ellos. Este discurso alarmó a Hitler, que comprendió que una gran parte de la Alemania conservadora no había aceptado todavía el nacionalsocialismo.

Tras el discurso de von Papen, el presidente Hindenburg llamó a Hitler para expresarle su inquietud. Blomberg, por su parte, comunicó claramente a Hitler que la Reichswehr no estaba dispuesta a tolerar las actividades revolucionarias de la SA. Hitler se dio cuenta de que tenía que elegir entre el Ejército y la SA, entre Hindenburg-Papen y Röhm, entre la reacción y la revolución parda. Y decidió tomar partido por los primeros.

(8) Völkischer Beobachter, 10 junio 1934.

El 30 de enero de 1933, a las 11 de la mañana, Hitler tomó posesión de la Cancillería del Reich, tras cumplimentar al Presidente-Mariscal Hindenburg (momento que recoge la fotografía).

El 21 y 23 de junio, Röhm celebró dos conferencias con sus principales colaboradores en Munich y Reichenhalle, que fueron interpretadas como preparativos del «putsch». El 22 de junio, la policía de Prusia recibió la orden de mantenerse alerta. El 24, Himmler se reunió en Berlín con varios jefes de la SS. Ese mismo día el general von Fritsch, jefe del Alto Mando de la Reichswehr, ordenó que ésta se preparara discretamente para prevenir un posible golpe de la SA. El 25 de junio, el general Reichenau expulsó a Röhm de la Asociación de Oficiales Alemanes, por conducta «indecorosa». Hess y Göring pronunciaron ese día sendos discursos contra la segunda revolución, pero sin citar nombres. El mismo día 25, Kurt Daluege, líder de la SS y jefe del Departamento de Policía del Ministerio prusiano del Interior, comunicó a la Abwehr del Ejército que el dirigente de la SA Karl Ernst había celebrado en su piso de Berlín una entrevista con jefes de esa organización para ultimar los preparativos del putsch. En realidad, Ernst se

Tras su elección como Canciller, y en una ceremonia del Partido, saludan desde un balcón de la Cancillería, Hitler y Röhm.

La gran manifestación pangermanista de Tannenberg: de izquierda a derecha: Hitler, el mariscal Hindenburg y Göring.

Aniversario de la histórica marcha del 9 de noviembre en Munich: de izquierda a derecha, entre otros, se puede identificar a Weber, Göring, Hitler, Ulrich Graf, Kolb Kriebel y Frick.

iba de vacaciones y se había despedido de sus camaradas.
El 27, Hitler se reunió con Reichenau, Blomberg y Viktor Lutze, su hombre de confianza dentro de la SA. Fue en el curso de esta entrevista que el Führer tomó definitivamente la decisión de emprender un golpe contra Röhm. El 28, la Reichswehr autorizó la entrega provisional de armas a la SS y la cesión de cuarteles para su alojamiento.

Los dos antecesores de Hitler en la Cancillería: von Papen y el general von Schleicher.

5. La matanza

El 28 de junio, Hitler llegó a la ciudad de Essen para asistir a varios actos oficiales. Se trataba de una maniobra de diversión para disimular el inminente golpe contra la SA. El Führer iba acompañado de Göring, Hess, Ley y otros dirigentes nazis, entre ellos su confidente Lutze, futuro sucesor de Röhm. Göring regresó poco después a Berlín para dirigir personalmente la acción «Kolibri» contra Röhm. Por la noche, Hitler llamó por teléfono a Röhm para comunicarle que el día 30 por la mañana acudiría al balneario de Bad Wiessee —donde veraneaba Röhm— para celebrar una reunión con él y sus principales colaboradores. Al día siguiente, Hitler llamó desde Bad Godesberg al jefe de su escolta personal, Dietrich, para ordenarle que a las cinco de la madrugada del día 30 se per-

70.000 S.A. desfilan ante Hitler y Röhm en Brunswick. La fotografía recoge el momento en que Hitler y Röhm pasan revista a sus formaciones.

sonara con sus hombres en un enclave cercano a Bad Wiessee.

A las dos de la madrugada del día 30, Hitler se dirigió al aeródromo de Bonn y tomó un avión con destino a Munich. Al aterrizar en la capital bávara se enteró de que las tropas de la SA se habían concentrado la noche anterior en diversos puntos de la ciudad. Era cierto, pero la orden no había partido de los jefes locales de la SA, sino que se trataba de un acto de provocación para vencer las últimas dudas de Hitler con respecto a Röhm, que dormía tranquilamente en Bad Wiessee, ajeno a lo que ocurría.

A las cuatro de la madrugada, Hitler llegó al Ministerio del Interior bávaro. Después de arrancar los galones a los dos jefes locales de la SA y dar instrucciones al Gauleiter del NSDAP, se dirigió en automóvil hacia Bad Wiessee. A pesar de que su escolta personal no había llegado al punto convenido, prosiguió camino hacia el balneario, acompañado de varios policías y miembros del partido. A las 6,30 llegó a la puerta de la pensión Henselbauer, donde se hospedaba Röhm y algunos colaboradores suyos. Hitler subió a la habitación donde pernoctaba el jefe de la SA. Un funcionario de policía llamó a la puerta. Al

Con ocasión del cuarenta y siete aniversario del Canciller Hitler, se organiza una gran parada militar en Berlín que él preside en compañía del Alto Estado Mayor de la Wehrmacht (a su espalda, se puede reconocer a Göring, a la derecha del Gran Almirante Räeder).

El mariscal Werner von Blomberg, ministro de Defensa del Reich hasta el comienzo de la II Guerra Mundial.

El general von Reichenau, ayudante del ministro de Defensa del Reich y cualificado pronazi entre la alta oficialidad alemana.

abrir Röhm vio a Hitler pistola en mano. Completamente descompuesto, el Führer le arrojó una lluvia de insultos, notificándole que quedaba detenido por traidor. Röhm y los demás dirigentes de la SA fueron llevados a la cárcel muniquesa de Stadelheim. Otros líderes de la SA fueron detenidos a primeras horas de la mañana en la estación de Munich. A las seis de la tarde fueron ejecutados en Baviera los primeros miembros de la SA: el conde Spreti, von Heydebreck, Schneithuber, Hayn, Heines y Schmid.

En Berlín la acción punitiva fue realizada bajo el mando directo de Göring, asistido por

Durante las ceremonias oficiales, el Canciller *Hitler guardaba* una respetuosa y protocolaria distancia ante el Presidente-Mariscal Hindenburg.

Un regimiento de Cazadores desfilando ante el Führer, Adolfo Hitler, en vísperas de la Guerra Mundial.

A la izquierda, el miliciano pardo: Röhm, a la derecha el miliciano negro: Himmler. Enemigos irreconciliables en su adhesión a Hitler.

Himmler y la Gestapo. El vicecanciller von Papen, que protestó enérgicamente contra la acción, fue confinado en su domicilio durante cuatro días.

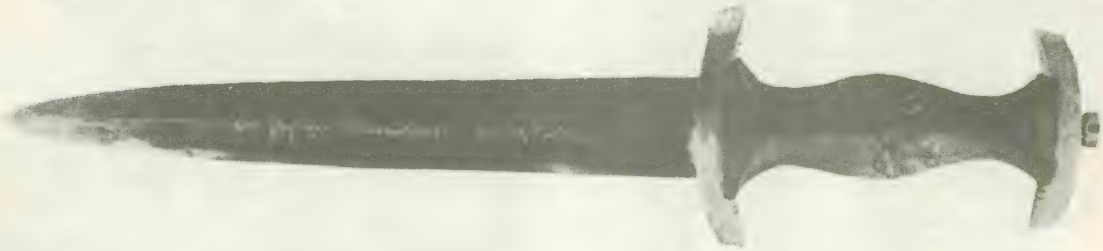
Nunca se ha sabido con exactitud el número de víctimas. Mientras oficialmente se habló de 83, Otto Strasser cifraría la matanza en más de mil personas (9), y Givesius entre 200 y 250, cifra que parece bastante coherente (10). Aun-

(9) Otto Strasser, **obra cit.**, *p. 127.*
(10) Hans Bernd Givesius, **Adolf Hitler**, *p. 292, sin fecha ni lugar de edición.*

El hotel de Bad Wiesee, donde Röhm fue detenido.

De izquierda a derecha y de arriba abajo, algunas de las víctimas de la llamada «noche de los cuchillos largos»: Gregor Strasser, general von Bredow, general von Lossow, von Kahr, Edmund Heines, Karl Ernst, conde von Spreti, Erich Klausener.

Puñal de S.A. con un autógrafo y la firma de Röhm en la hoja.



que la carnicería afectó en primer lugar a la SA, muchos de los ejecutados —sobre todo católicos y monárquicos antifascistas— no tenían nada que ver con esa organización.
Entre las víctimas más importantes figuraban: el general y ex canciller Schleicher y su mujer, Gregorio Strasser, su abogado Dr. Voss, los generales von Bredow y von Lossow, el ex primer ministro de Baviera von Kahr, el jefe de la Acción Católica de Alemania, Dr. Erich Klausner y otros dirigentes católicos, como el Dr. Fritz Beck, Otto Ballerstedt, Adalbert Prost, el barón von Guttenberg y el Dr. Haber, líder de los estudiantes católicos. Del

De izquierda a derecha y de arriba abajo, algunos de los verdugos e «inspiradores» de la matanza de la noche del 30 de junio de 1934: Kurt Daluege, Sepp Dietrich, Heydrich, Alfred Rosemberg, Viktor Lutze, Goebbels, Göring, Himmler).

Einzelnummer:

Extra-Blatt

Oberbayer. Gebirgsbote, Holzkirchen · Miesbacher Anz., Miesbach · Tegernseer Ztg., Tegernsee · Aiblinger Ztg., Bad Aibling · Rosenheimer Tagbl., Rosenheim · Kolbermoorer Volksblatt, Kolbermoor · Chiemgau-Ztg., Prien · Tölzer Ztg., Bad Tölz · Wolfratshauser Tagbl., Wolfratshausen · Wasserburger Anzeiger, Wasserburg a. I. · Grafinger Zeitung, Grafing.

Samstag, 30. Juni 34

Röhm verhaftet und abgesetzt

Röhm aus Partei und S.A. ausgeschlossen

Aufruf des neuen Stabschefs

Der Führer hat mich an seine Seite als Chef des Stabes berufen. Das mir hierdurch bewiesene Vertrauen mag mich werben für rückhaltloses Durchzusetzen des Willens des Führers und politisch Denken für das Nationalsozialistische

La noticia de la «detención y sustitución» de Röhm, en la prensa alemana del 30 de junio de 1934.

círculo de von Papen fueron asesinados el Dr. Edgar Jung, von Bose, el barón von der Decken, Dr. Walter Schotte y otros. Murieron asimismo el antiguo ministro del Interior de Baviera, Dr. Schäffer, el Dr. Georg Heim —fundador del Partido Popular de Baviera—, el abogado antinazi Dr. Walter Forster, el Dr. Stempfle (corrector de las galeradas de «Mi lucha») y el Dr. Morsbach, jefe del Servicio de Intercambio Académico. Entre los asesinados figuraban también varios miembros de la SS: Fink, Dr. Hoffmann, von Hoberg, Dr. Matheis, Pleines, Sembach y Toifel.

Röhm fue asesinado en su celda a las seis de la tarde del 1 de julio, después de haberse negado a cometer suicidio.

En los meses siguientes, un comando secreto de la SA llamado «Rächer Röhms» (Los vengadores de Röhm) logró dar muerte a 155 dirigentes de la SS (11).

El llamado «putsch» de Röhm fue un mito. Lo único real fue el anti-putsch de Hitler. ■ **H. S.**

(11) Véase Eugen Kogon, **Der SS-Staat,** *p. 49, Gutersloh, 1973.*

«HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE» (caricatura aparecida en el «Nebelspalter», tras la ejecución de Röhm y Heines).

Por orden del ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, apareció esta fotografía en toda la prensa alemana, a la semana de las ejecuciones de Röhm y su Estado Mayor. Con el significativo pie de: «FIDELIDAD POR FIDELIDAD»...

David Lows comentaba así el supuesto «golpe de Röhm». Una formación de S.A. ante un Hitler-pistolero, una walkiria-Göring y un duendecillo-Goebbels: «AHORA TIENEN QUE SALUDARLE CON LAS DOS MANOS»...

El llamado «Putsch» de Röhm fue un mito. Lo único real fue el anti-putsch de Hitler. (Adolfo Hitler, durante su alocución ante el Reichstag, en la que dio cuenta del supuesto «Putsch» de Röhm).

Los Cinco Congresos Históricos de la C.N.T.

Eduardo de Guzmán

POR acuerdo adoptado en el Pleno Nacional de Regionales de la C.N.T. celebrado los días 22 y 23 de septiembre próximo pasado, el sábado 8 del actual mes de diciembre se reunirá en Madrid el Quinto Congreso Confederal convodado por la Confederación Nacional del Trabajo, con asistencia de más de un millar de delegados en nombre y representación de los cuatrocientos sindicatos y federaciones locales que en estos momentos integran la organización. Aunque recientemente se han cumplido sesenta y nueve años del nacimiento oficial de la Confederación —durante mucho tiempo la más importante del movimiento obrero español—, únicamente en muy contadas ocasiones ha podido reunirse para debatir en asambleas de ámbito nacional los problemas del proletariado revolucionario, no sólo en la lucha por mejorar sus condiciones de vida, sino en sus aspiraciones por cambiar la sociedad capitalista por otra más humana y más justa.

LAS causas y motivos de la escasez de congresos en una organización que se ha caracterizado en todos los momentos de su larga y accidentada historia por una absoluta democracia interna, no pueden estar más claros: de los sesenta y nueve años transcurridos desde su fundación, la C.N.T. ha tenido que actuar en plena clandestinidad durante más de sesenta, marginada de la legalidad por la persecución de las autoridades monárquicas, republicanas y franquistas debido a las tendencias libertarias que de manera ininterrumpida han inspirado su labor.

EL CONGRESO FUNDACIONAL DE LA C.N.T.

Aunque la dura represión que sigue a los sucesos de la llamada Semana Trágica barcelonesa se centra primordialmente sobre las sociedades trabajadoras de orientación libertaria, la Federación Regional Catalana de Solidaridad Obrera, lejos de ver decaer en afiliados y prestigio en los primeros meses de 1910, los incrementa considerablemente. Sobre José Negre, secretario general de la organización, llueven peticiones y sugerencias de sociedades obreras de diferentes regiones para constituir una confederación proletaria de tipo y ámbito nacionales. De conformidad con ellas, Solidaridad Obrera convoca en Barcelona un Congreso Obrero Nacional al que acuden representantes de noventa y seis agrupaciones y al que se adhieren otras cuarenta y tres más que por diversas razones ni pueden enviar delegados. Si más de la mitad de dichas sociedades están domiciliadas en Cataluña, no faltan representantes de otras radicadas en Andalucía, Levante, Aragón, Castilla, Asturias y Galicia.

El Congreso constituye un éxito rotundo. En su número 39p correspondiente al 4 de noviembre de 1910, el semanario «Solidaridad Obrera» da amplia cuenta de los debates y acuerdos de las sesiones celebradas y les antepone un entusiasta comentario-resumen en el que dice textualmente: «De hecho glorioso en los anales del proletariado español puede calificarse el Congreso Obrero Nacional celebrado los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre en el Palacio de Bellas Artes. Un hálito vivificante de emancipación ha creado las asambleas de este Congreso, haciendo entrever, aun a los más descreídos, que la emancipación humana es fácil y hacedera si para su consecución aúnan sus esfuerzos todos los explotados».

Abiertas las sesiones del Congreso por José

Negre, secretario de Solidaridad Obrera, se procede al nombramiento de la mesa de discusión y de la comisión revisora de credenciales. Una vez aprobadas éstas se eligen los integrantes de cinco comisiones distintas, cada una de las cuales ha de redactar una ponencia respecto a tres de los temas que figuran en el orden del día. La primera ha de decidir si Solidaridad Obrera conserva la organización que hasta este momento tiene o se convierte en una confederación nacional; la segunda cómo organizar la propaganda, no sólo por medio de la prensa, sino con la creación de escuelas dentro de los sindicatos obreros; la tercera debatir los medios para conseguir la afiliación de todos los trabajadores, suprimir el trabajo a destajo e impedir que trabajen los menores de catorce años; la cuarta definir si el sindicalismo es un medio o un fin en sí mismo y las medidas a tomar para acelerar la emancipación de los trabajadores, y, por último, la quinta estudiar procedimientos de lucha para conseguir la jornada de ocho horas y un salario mínimo y suficiente, decidiendo al propio tiempo las ventajas e inconvenientes de utilizar la huelga general como táctica en todos los conflictos.

Las comisiones designadas redactan con rapidez las correspondientes ponencias que son discutidas ampliamente en los tres días que duran las sesiones del Congreso. Con respeto al primer punto, el dictamen de la comisión dice: «Que se constituya una Confederación General del Trabajo Española integrándola temporalmente todas aquellas sociedades no adheridas a la UGT, con la condición de que una vez constituida la C.G.T. de España se procure llegar a un acuerdo entre las dos Federaciones, a fin de unir toda la clase obrera en una sola organización». El dictamen es objeto de numerosas enmiendas y de encendidas discusiones. Al final resulta aprobado por 84 votos a favor, 14 en contra y 3 abstenciones, si bien el nombre de la nueva organización ha de ser el de Confederación Nacional del Trabajo.

Por otros acuerdos del Congreso se define al sindicalismo como medio de lucha en los antagonismos creados por la existencia de diferentes clases sociales; su finalidad es la emancipación de la clase trabajadora y por la expropiación de los medios de producción y su dirección por los propios obreros. Se ratifica literalmente el lema de la Primera Internacional de que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos». El congreso defiende la táctica de ac-

El dirigente cenetista Angel Pestaña, en su época de director de «Solidaridad Obrera».

ción directa y reivindica de una manera inmediata la jornada de ocho horas, anteponiéndola a la fijación de la cuantía de cualquier salario mínimo.

UN CONGRESO CASI CLANDESTINO

Once meses después, y en el mismo Palacio de Bellas Artes de Barcelona, se celebra entre los días 8 y 10 de septiembre de 1911, el primer Congreso convocado por la naciente Confederación Nacional del Trabajo. El momento en que se reúne es de gran tensión laboral y política en el país. Aunque Canalejas, que ahora ocupa la jefatura del Gobierno, es mucho más progresivo y liberal que Maura que le precede en el cargo, coincide con él tanto en el deseo de proseguir e intensificar la aventura marroquí como en la decidida defensa de la burguesía capitalista contra los avances del proletariado. Si teóricamente aboga por procedimientos más modernos y civilizados, en la práctica no vacila en recurrir a métodos semejantes a los utilizados en todo momento por la más negra reacción española.

No es mucho lo que se sabe de este primer Congreso organizado por la Confederación, debido a que las actas del mismo desaparecieron —si es que llegaron a redactarse—, no pocos delegados al mismo fueron detenidos antes de llegar a Barcelona y que apenas concluido y antes de que pudieran hacerse públicos sus acuerdos, es encarcelado medio millar de militantes de la organización, entre los que figuran el secretario de la C.N.T. y una mayoría de los que han intervenido en las deliberaciones de la asamblea. Se sabe tan sólo que a la sesión de apertura del Congreso asisten, aparte de los delegados barceloneses, representantes de unos 30.000 afiliados de otras comarcas y regiones; que José Negre hace una clara exposición de la gravedad de la situación social y propone la solidaridad de los reunidos con los obreros en huelga en buena parte de España. Aprobada esta solidaridad, así como otros puntos del orden del día en una sesión a puerta cerrada del Congreso, se toma el acuerdo de declarar en toda España y de manera inmediata una huelga general revolucionaria en contra de la guerra de Marruecos y en apoyo de las reivindicaciones proletarias.

La huelga llega a declararse con carácter general en Valencia, Zaragoza, Sevilla y Gijón, y parcial en Bilbao, las cuencas mineras de Asturias y Vizcaya, La Coruña, Málaga y Santander. Como reacción el gobierno Canalejas procede a la detención de millares de militantes obreros, a la clausura de los centros sindicales y a declarar ilegal la existencia de la Confederación Nacional del Trabajo. Consecuentemente, la C.N.T. entra el 16 de septiembre de 1911, en una clandestinidad que durará tres años. Cuando en 1914 torna oficialmente a la vida pública, lo hace con mayor pujanza y más elevado número de afiliados que en cualquier momento anterior.

EL CONGRESO DE LA COMEDIA EN 1919

Entre los días 10 y 18 de diciembre de 1919 celebra la Confederación Nacional del Trabajo en el teatro de la Comedia de Madrid el segundo de sus congresos. Asisten al mismo 437 delegados en representación de un total de 714.028 afiliados. La organización tiene en este momento 427.000 asociados en Cataluña, 132.000 en Levante y 90.000 en Andalucía y Extremadura, y cantidades menores en Aragón, Galicia, Asturias, las dos Castillas y las provincias del Norte. Entre los delegados asistentes aparece una pléyade impresionante de luchadores obreros, sobresaliendo entre ellos las figuras de Boal, Pestaña, Seguí, Carbó, Buenacasa, Peiró, Quintanilla, Villaverde, José María Martínez, Alberola, Martín Civera, Ramón Acin y Mauro Bajatierra. (Incluso acuden, como delegados por algunas comarcales catalanas, hombres que tendrán una actuación destacada en el comunismo español, como Andrés Nin, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis.)

Son muchos e importantes los temas que con perfecto conocimiento de causa se debaten en este Congreso y revisten extraordinario interés los acuerdos que se adoptan. En la imposibilidad de reflejarlos todos, bastará señalar que la declaración de principios de la C.N.T. queda claramente establecida con la aprobación de la siguiente proposición:

«Los delegados que suscriben, teniendo en cuenta que la tendencia que se manifiesta con más fuerza en el seno de las organizaciones obreras de todos los países es la que camina a la completa, total y absoluta liberación de la Humanidad en el orden moral, económico y político, y considerando que este objetivo no podrá ser alcanzado mientras no sean socializados la tierra y los instrumentos de producción y de cambio y no desaparezca el poder absorbente del Estado, proponen al Congreso que, de acuerdo con la esencia de los postulados de la Primera Internacional de los Trabajadores, declare que la finalidad que persigue la Confederación del Trabajo de España es el Comunismo Anárquico».

Sobre las tácticas de lucha, «el Congreso aprueba que la unión del proletariado debe hacerse a base de la acción directa, desechando los sistemas arcaicos empleados anteriormente». «Se recomienda igualmente el rechazo de cuantos laudos y convenios hayan sido promulgados por el Gobierno para regularizar las condiciones de trabajo de los obreros del campo, convenios que tienden a dividir a la clase trabajadora con pueriles entretenimientos que la alejan del camino recto de su emancipación».

En el Congreso, y teniendo muy en cuenta la reciente alianza con la otra central sindical en los movimientos huelguistas de 1916 y 1917, se discute con cierto apasionamiento las posibilidades de fusión de ambas. En favor de una estrecha alianza se pronuncian los delegados asturianos, pero al final se aprueba una proposición en sentido contrario del Sindicato de la Construcción de Barcelona, que dice entre otras cosas: «Considerando que las tácticas y las ideas de la C.N.T. y las de la U.G.T. son diametralmente opuestas y están ambas completamente definidas y que no son, por tanto, ignoradas por nadie, entiende el Sindicato que suscribe que no debe irse a la fusión de los dos organismos, sino a la absorción de los trabajadores que integran la Unión General: Primero, porque la C.N.T. representa un número de adheridos tres veces mayor que la U.G.T., y segundo, porque siendo como anteriormente se ha dicho conocidas por todas las ideas y tácticas de la Confederación, y habiendo sido invitados a este Congreso los elementos de la Unión General, al no asistir a él han demostrado no estar conformes con nuestras ideas y nuestros deseos de unificación».

Uno de los temas capitales del Congreso es la revolución rusa y la actitud del proletariado revolucionario ante ella. Aunque son muchos los que, como Quintanilla, entienden que «la revolución rusa no encarna nuestros ideales», ya que «su orientación y dirección no responden a las intervenciones de los trabajadores, sino a la de los partidos políticos», consideran que la Tercera Internacional es esencialmente política «y que, por consiguiente, la C.N.T. no tiene por qué estar representada en ella», el Congreso aprueba una resolución que dice:

«El Comité Nacional, como resumen de las

José Peirats, último director legal de «Solidaridad Obrera», interviene en un mitin de la C.N.T. celebrado en el parque de Montjuich en Barcelona. (A su izquierda, Federica Montseny).

ideas expuestas acerca de los temas precedentes por los diferentes oradores que han hecho uso de la palabra en el día de hoy, propone: Primero, que la C.N.T. de España se declare firme defensora de los principios de la Primera Internacional sostenidos por Bakunin- y segundo, declara que se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que la informa, mientras tanto la C.N.T. de España organiza y convoca el Congreso Obrero Internacional que acuerde y determine las bases por las que ha de regirse la verdadera Internacional de los Trabajadores».
(Como es sabido, esta adhesión provisional a la Tercera Internacional duró el tiempo justo que un representante de la C.N.T.—Angel Pestaña concretamente— emplea en viajar a Moscú e informar a la organización del carácter del régimen implantado en la Unión Soviética.)

EL CONGRESO DEL CONSERVATORIO EN 1931

Proclamada la Segunda República, la Confederación, que ha participado directa y activamente en todos los movimientos y complots contra la Dictadura, convoca su tercer congreso en el Teatro del Conservatorio de Madrid en el mes de junio de 1931. La primera sesión se celebra el día 10 con asistencia de 511 delegados en representación de 535.000 afiliados. Tras la oportuna comprobación de las credenciales de todos los asistentes, Angel Pestaña y Francisco Arin informaron en nombre del Comité Nacional de la actuación de la C.N.T. en los años transcurridos desde el Congreso de la Comedia y muy especialmente de su intervención en las conspiraciones contra la Dictadura y de sus contactos políticos a partir del Pacto de San Sebastián para contribuir al derrocamiento de la monarquía.
El informe del Comité Nacional, con cuyo contenido no están conformes buena parte de los delegados, se discute con particular apasionamiento, sobre todo después de las intervenciones aclaratorias de Juan Peiró, cuyas diferencias doctrinales con Pestaña son públicas y notorias en virtud de la polémica sostenida en diversas publicaciones libertarias.
Aunque en el Congreso de la Comedia celebrado en 1919 se había rechazado por aplastante mayoría la creación de las Federaciones Nacionales de Industria, éstas se aprueban en 1931 en las reuniones del Conservatorio, por 302.343 votos a favor, 90.671 en contra y 10.957 abstenciones. Las Federaciones Nacionales de Industria son aprobadas, no sin un largo y acalorado debate previo, gracias en buena parte a Juan Peiró, quien habló ampliamente en su defensa, exponiendo sus experiencias en la industria del vidrio.

Otro de los puntos más polémicos del Congreso estribó en la actitud de la C.N.T. ante los gobernantes republicanos y la convocatoria de Cortes Constituyentes. En la discusión se marcan con claridad dos posiciones distintas. Aunque ninguno de los oradores se atreve a poner en duda el carácter apolítico de la organización, no faltan quienes entienden que a los gobernantes del nuevo régimen se les debe conceder un amplio margen de crédito, «pensando que más allá de la Confederación hay un pueblo también sojuzgado, pueblo al que hay que liberar, ya que nuestros postulados amplios, justos y humanos caminan hacia un país donde no sea posible que viva un solo hombre esclavo». La mayoría, sin embargo, opina de distinta manera y en relación al tema se aprueba una ponencia que dice: «Estamos frente a las Cortes Constituyentes como estamos frente a todo poder que nos oprima. Seguimos en guerra abierta contra el Estado. Nuestra misión, elevada y sagrada misión, es educar al pueblo para que comprenda la necesidad de sumarse a nosotros con plena conciencia y establecer nuestra total emancipación por medio de la revolución social. Fuera de este principio que forma parte de nuestro propio ser, no sentimos temor en reconocer que tenemos el deber ineludible de señalar al pueblo un plan de reivindicaciones mínimas que ha de exigir creando su propia fuerza revolucionaria».

EL CONGRESO DE ZARAGOZA EN MAYO DE 1936

Al IV Congreso Confederal, que inicia sus tareas en la capital aragonesa el 1 de mayo de 1936, asisten 649 delegados en nombre y representación de 982 sindicatos que engloban un total de 550.595 cotizantes, aparte de los 60.621 afiliados a los Sindicatos de oposición que —excepción hecha de un pequeño grupo de antiguos militantes que secundan a Pestaña en la creación del Partido Sindicalista— se reincorporan a la C.N.T. En este Congreso —últimos de los celebrados hasta el día de hoy por la Confederación Nacional del Trabajo— impera un clima de unidad que facilita extraordinariamente la liquidación de la escisión de 1932, con general contento de todos los participantes en las sesiones.
Aparte del reingreso de los Sindicatos de oposición, el IV Congreso tiene un amplio orden del día en que se debaten puntos de tanta im-

Ascaso, Durruti y Jover, fotografiados el 14 de julio de 1927, tras su salida de la cárcel, en la redacción del «Libertaire», de París.

portancia como el examen crítico de los movimientos revolucionarios de 1932, 1933 y 1934; el problema de la alianza obrera que tan excelentes resultados dio en Asturias en la revolución de octubre; la intensificación de la reforma agraria, y el concepto confederal del comunismo libertario.

Espoleados todos los asistentes por la gravedad de las circunstancias se logra llegar con relativa rapidez a acuerdos sobre temas y aspectos que en diferente momento hubieran sido objeto de mayores discrepancias. No obstante, durante varias sesiones se discute con especial viveza el comportamiento de los órganos rectores del anarcosindicalismo español durante los años precedentes, no faltando los ataques duros y descarnados contra los errores en que pudieron incurrir los comités nacionales o regionales. Igualmente se trata con el debido detenimiento todo lo referente a la Alianza Obrera Revolucionaria, haciendo propuestas concretas a la Unión General de Trabajadores. Asimismo se debaten los problemas del campo y la inaplazable necesidad de una reforma agraria a fondo, reiterando los acuerdos adoptados al respecto por el Congreso de 1931, no sin dejar de señalar que el tiempo apremia y que lo que no se haga hoy probablemente tardará muchos años en poderse realizar.

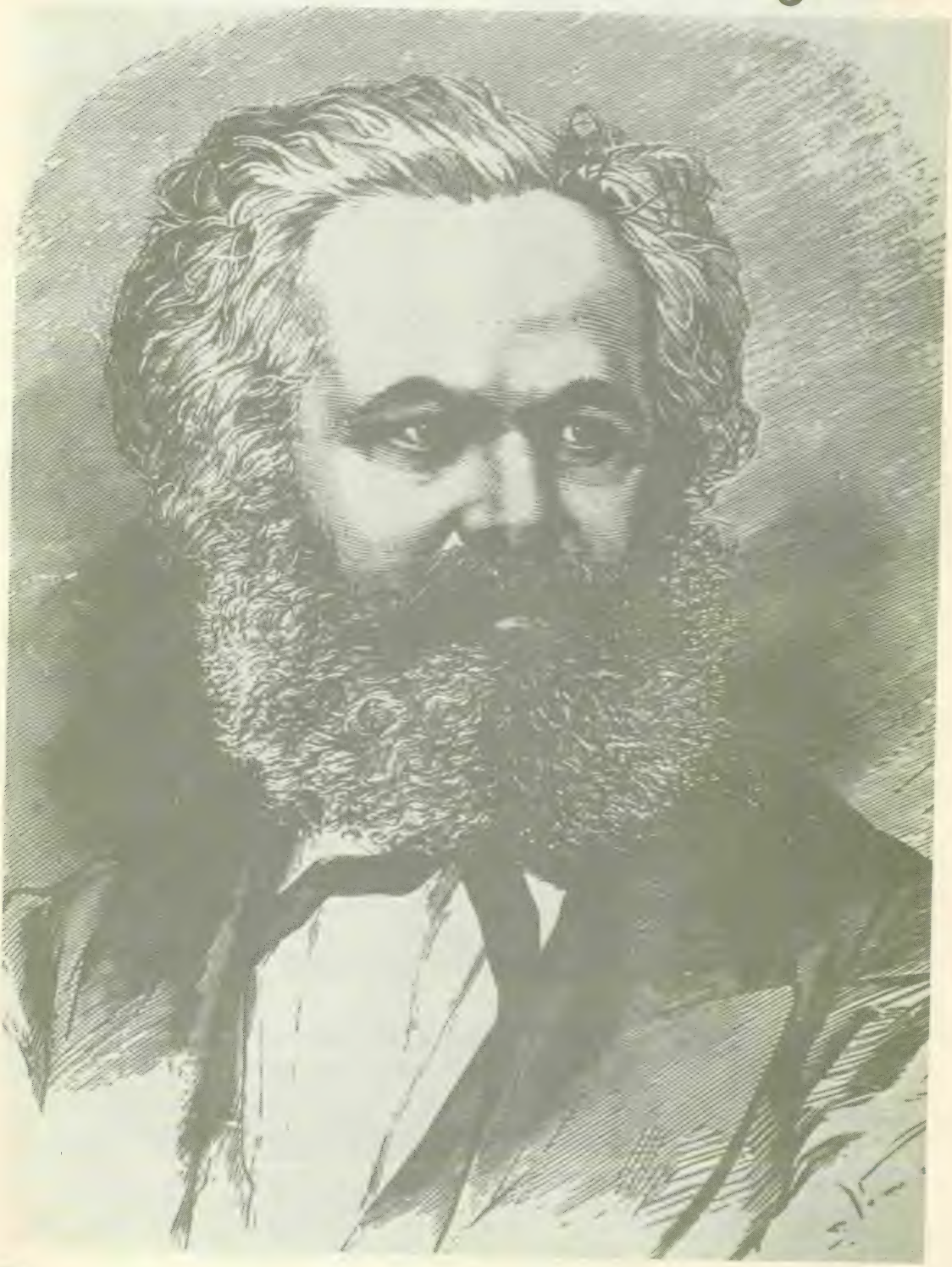
Con todo, el punto más importante del Congreso de Zaragoza, el de mayor altura y trascendencia, es el debate en torno a la puntualización de los objetivos ideológicos de la revolución. Tras largas discusiones, la ponencia designada al efecto redacta un dictamen completo sobre la materia, que una vez aprobado marca el concepto confederal del comunismo libertario y traza incluso un amplio programa de actuación para cuando la revolución soñada sea un hecho. El largo y completo documento se divide en distintos apartados, cuyo simple enunciado da una ligerísima idea de su importancia y trascendencia.

Los apartados de que consta el documento llevan los títulos siguientes: «Concepto constructivo de la revolución», «Organización de la nueva sociedad después del hecho revolucionario», «Plan de organización de los productores», «Las comunas libertarias y su funcionamiento», «Misión y funcionamiento interno de la Comuna», «Relaciones e intercambio de productos», «Deberes del individuo para con la colectividad y concepto de la justicia distributiva», «La familia y las relaciones sexuales», «De la pedagogía, del arte, de la ciencia y de la libre experimentación», «Defensa de la revolución» y «Palabras finales».

CUARENTA Y TRES AÑOS DESPUES

Han pasado cuarenta y tres largos años desde que la Confederación Nacional del Trabajo celebrase el último de los congresos reunidos hasta ahora. Muy pocos de los que asistieron a los debates de Zaragoza podrán hacerlo en los que dentro de unos días tendrán lugar en Madrid. Causa de la desaparición de una abrumadora mayoría no es únicamente el mucho tiempo transcurrido desde entonces, sino la guerra civil y la prolongada represión que terminaron con la vida de millares y millares de sus mejores militantes. Pero si en cerca de medio siglo han cambiado tantas cosas en España y fuera de ella, hay algo que permanece incólume por encima del tiempo y el sufrimiento. Son las ideas y el espíritu de unos hombres que, muertos en el exilio, las cárceles o el paredón, transmitieron a las nuevas generaciones una antorcha de libertad y rebeldía que continúa y continuará ardiendo. Es probable que muchos lo pongan en duda e incluso que lo nieguen en redondo. Pero es bien sabido que si los hombres perecen, las grandes ideas son inmortales, y acaso tengamos una vez más excelente ocasión de comprobarlo en las semanas próximas. ■ **E. de G.**

Carlos Marx y su



"Revolución Española"

Vista del río Manzanares, con parte de Madrid y Real Palacio. (Brambila. Museo Romántico de Madrid).

Carlos Sampelayo

LA **Revolución española,** *de Carlos Marx, es una magnífica glosa de los hechos políticos sobresalientes en nuestro país durante las etapas 1808-1814, 1820-1823 y 1840-1843.*

Pero son necesarios unos antecedentes del por qué Marx escribió los artículos que formaron este libro.

En el invierno de 1848, Marx se hallaba en Bruselas, y a poco de haberse publicado el «Manifiesto Comunista» estalló en París la revolución de febrero, siendo expulsado por el Gobierno belga a consecuencia de la repercusión que el movimiento tuvo en aquel país.

Naturalmente, se fue a París, donde, apoyado por Engels, reunió a los componentes de la «Liga Comunista» alemana expatriados y les costeó el regreso a Alemania para propulsar la revolución allí.

Fundaron en Colonia la **Nueva Gaceta Renana**, *pero la censura, los procesos de Prensa, el fracaso de la revolución y las dificultades financieras dieron al traste con el periódico al cabo de un año.*

Marx se fue a París otra vez, donde presenció la contrarrevolución. Se refugió en Londres de por vida. En 1852 le amargaron las discrepancias entre los exiliados alemanes que, desencantados de la revolución, se acusaban entre sí del fracaso.

Para poder malvivir tuvo Marx que aceptar una colaboración en el **New York Tribune,** *en que publicó los artículos sobre* **La Revolución Española**, *título con el que aparecieron todos ellos en el periódico yanqui. Muchos estudios de historiadores extranjeros y españoles de la época, al tratar del mismo tema, emplearon asimismo el titular de la «Revolución Española».*

Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Cuadro de Goya. (Museo del Prado, Madrid).

LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y CARLOS MARX

El prólogo de la revolución en la Francia del 24 de febrero de 1848 había sido el conflicto agudo entre Francia e Inglaterra, en el que tuvieron alguna incidencia los llamados «matrimonios españoles» reales. Asentaba su mandato entonces en España el feroz Narváez, que, aunque ostentaba el liderazgo de los moderados, reprimía sin piedad todos los pronunciamientos «radicales». Al triunfar la contrarrevolución francesa, la reina María Cristina no tuvo ya necesidad de aquel verdugo-liberal y prescindió de sus servicios en 1851.

La sublevación militar de 1854 se convertía bien pronto en revolución en todo el país, hasta el punto de que por la presión de la **Comisión de Defensa** que se había constituido, presidida por el general Evaristo San Miguel, la reina dio el poder al general Espartero, caudillo de la revolución en Zaragoza, y cuyas pretensiones revolucionarias eran superiores a las de O'Donnell, otro de los generales sublevados.

Francia e Inglaterra atribuyeron aquella revolución española —en que los demócratas «se pasaron»— a los mangoneos del embajador norteamericano en Madrid, Mr. Soole, al que, según aquellos países, habían prometido la cesión de Cuba, si su país apoyaba la postura denominada democrática.

También se decía que no sólo a los Estados Unidos, sino también a Rusia, les interesaba promover divisiones detrás de Francia, para sembrar el recelo entre los aliados como en la revolución de 1848. El alemán Urkhart veía la mano de Rusia en todas las revoluciones europeas, y se basó en un «Potfolium» publicado por él, en el que trataba de demostrar que los gobernantes del gran país del Este habían intervenido en otra ocasión y soterradamente en España por las intrigas del embajador Titischev.

Aquellos acontecimientos, sobre todo la posible incidencia en la política de Europa, de la revolución española, además de la grave situación de la política exterior de los Estados Unidos y los hechos españoles, movieron a Marx —considerando que al pueblo norteamericano lector de «Tribune» le interesaba lo que ocurría en España— a publicar desde julio de 1854, artículos importantes extraídos de sus informes directos sobre España.

Es de suponer que tanto Marx como Engels, al creer con beneplácito que la sublevación de Milán de 1853 era el preámbulo de la inminente revolución de Europa entera, considerasen la revolución española como una secuela de aquella inminencia, ya que como lo demostraban las insurrecciones de Madrid y Barcelona, eran los obreros quienes componían principalmente el ejército demócrata.

Los artículos de Marx eran muy completos. Se publicaron el 21 de julio, 4 y 5 de agosto, 1, 4, 16 y 30 de septiembre, y 20 de octubre de 1854. En ellos analizó a fondo la historia de España para estudiar el origen y el desenvolvimiento de los partidos políticos que combatían por la revolución, el conocimiento y explicación de los respectivos programas e ideologías y la evolución en la historia del pueblo español.

Es de destacar que no existe otro trabajo histórico tan esclarecedor de la guerra española de la Independencia en lo que se refiere a la mezcla insólita de los elementos reaccionarios y revolucionarios que tomaron parte en ella. Seguramente, su vasto conocimiento de la Convención francesa, el muy directo y experimentado de la revolución del 48 y el de la guerra húngara por la independencia, condujeron a Marx a estudiar, mejor que ningún otro historiador, el carácter de las sublevaciones españolas y la filiación exacta de sus líderes, criticar ampliamente aquellos intentos más o menos libertarios y, sobre todo el de 1814, que llevó a la minoría revolucionaria —incapaz de propiciar reformas sociales al tiempo de luchar por la defensa nacional— a ser un instrumento de la contrarrevolución.

En la imposibilidad por falta de espacio, de transcribir íntegramente aquellos artículos de Carlos Marx, nos limitamos a extractar algunos de sus párrafos más significativos:

LA PERSONALIDAD DE ESPARTERO

En un fondo del 19 de agosto de 1854, se expresa en estos términos:

«Una de las características de la revolución consiste en el hecho de que el pueblo, precisamente en el momento en que se dispone a dar un gran paso adelante y empezar una nueva era, cae bajo el poder de las ilusiones del pasado, y toda la fuerza y toda la influencia conquistadas, a costa de tantos sacrificios, pasan a manos de gentes que aparecen como representantes de los movimientos populares de una época anterior. (...).

¿Cómo Espartero pudo convertirse nuevamente en el salvador de la patria y en la **espada de la revolución**, como ahora le llaman? (1) (...). Los prolongados y tormentosos períodos de reacción son admirablemente propicios para rodear de nuevo de prestigio a las eminencias derrumbadas en el período de los fracasos revolucionarios. Cuanto más fuerza tiene la imaginación popular —y ¿dónde tiene más que en el sur de Europa?— más irresistible es su tendencia a oponer a la encarnación personal del despotismo la encarnación personal de la revolución. (...).

No buscó a la revolución, sino que esperó que la revolución lo llamase. (...). Sin embargo, hay que hacer notar una diferencia: cuando estalló la revolución de febrero, a la cual siguió el terremoto general europeo, Espartero, por mediación del señor Príncipe y otros amigos, publicó un pequeño folleto titulado **Espartero: su pasado, su presente y su futuro** para recordar a España que tenía todavía en su sangre y en su tierra a ese hombre del pasado, del presente y del porvenir. Cuando el movimiento revolucionario de Francia decayó, ese hombre del pasado, del presente y del porvenir desapareció voluntariamente de la escena. (...).

S. M. actualmente le ha llamado y el caballero andante acude al llamamiento, apacigua las

(1) Se refiere a la vuelta a España desde su exilio londinense del general Espartero, después de su fracaso revolucionario, que acabó convirtiéndose en «tiranía».

«La calle de Alcalá», cuadro de A. Joli. (Museo Municipal de Madrid).

Don José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca (1728-1808). Cuadro de Goya. (Banco Urquijo).

olas de la revolución, reduce a las masas a la impotencia con tranquilizadoras y engañosas promesas, permite a Cristina y a San Luis (2) y a otros que se oculten en Palacio, y fiel a su fe inquebrantable, se inclina ante la palabra de la inocente Isabel. (...)».

Después de contar el conocido y vergonzoso episodio de Isabel II con Olózaga, Marx apostilla:

«Esa era la misma reina a cuyas palabras Espartero exhortó al pueblo a prestar confianza y a cuya disposición ponía, después de su escandalosa conducta de once años, el **brazo para defenderla** y **el corazón para amarla** de la **espada de la revolución.**

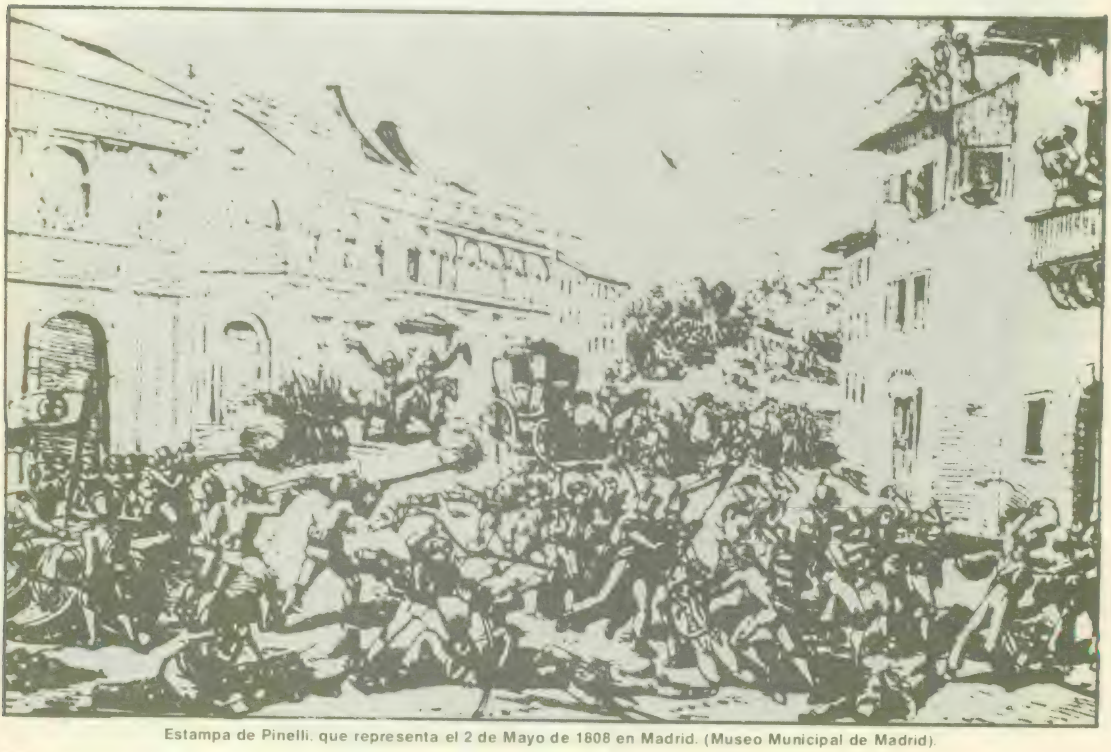
Después de esto, nuestros lectores podrán juzgar si era posible que la revolución española produjera o no algún resultado positivo».

LA ESPAÑA REVOLUCIONARIA

(«New York Tribune», del 9 de septiembre de 1854).

«La revolución en España toma un carácter tan prolongado que, según nos comunica

(2) *El conde de San Luis, ex presidente del Gobierno.*



Estampa de Pinelli, que representa el 2 de Mayo de 1808 en Madrid. (Museo Municipal de Madrid).

nuestro corresponsal en Londres, los elementos acomodados y aristocráticos empiezan a abandonar el país para buscar una situación más segura en Francia. (...). España no ha conseguido nunca asimilarse el novísimo procedimiento francés, muy en boga en 1848, consistente en empezar y terminar una revolución en el espacio de tres días. (...). El período de tres años aparece como el más breve a que puede limitarse; su ciclo revolucionario se prolonga hasta nueve años. Así, la primera revolución española de este siglo se prolonga de 1808 a 1814, la segunda de 1820 a 1823 y la tercera de 1824 a 1843. Ni el más experto político podría predecir hasta cuándo se prolongará y cómo terminará la revolución actual. (...)».

Hace historia de las revueltas españolas desde el siglo XV hasta la guerra de la Independencia, diciendo:

«Así pues, la guerra española de la Independencia empezó con una revuelta popular contra la camarilla personificada en aquel entonces por don Manuel Godoy; del mismo modo la guerra civil del siglo XV había empezado contra la camarilla personificada por el marqués de Villena, y la revolución de 1854 empezó asimismo con el levantamiento contra la ca-

Manuel Godoy Alvarez de Faria, príncipe de la Paz (1767-1851). Cuadro de Antonio Carnicero. (Museo Romántico de Madrid).

«Con razón o sin ella», Goya. (Biblioteca Nacional. Madrid).

marilla que había hallado su encarnación en el conde de San Luis.

A pesar de esas revueltas continuas no hubo en España hasta el siglo presente ninguna revolución sería, si se exceptúa la guerra de los comuneros en tiempo de Carlos I, o Carlos V, como le llaman los alemanes. (...)».

Llega Marx en un repaso histórico hasta el levantamiento del pueblo contra Murat en la guerra de la Independencia, y dice:

«En esta forma España se veía preparada para su novísima acción revolucionaria y arrastrada a una lucha que ha sido característica para su desarrollo en el siglo actual. (...)».

EL LEVANTAMIENTO ESPAÑOL CONTRA LA INVASION NAPOLEONICA

(«New York Tribune», del 21 de septiembre de 1854).

«Hemos dado a nuestros lectores este esbozo de la historia revolucionaria anterior a España para que comprendan y aprecien en su justo valor la evolución que dicho país está actualmente efectuando ante los ojos del mundo. (...).

Una parte de las clases altas consideraba a Napoleón mandado por la Providencia, otras le consideraban como la única defensa contra la revolución y nadie pensaba en la posibilidad de una protesta nacional. (...)».

Napoleón Bonaparte (1762-1821). Emperador de los franceses de 1804 a 1814 y de febrero a abril de 1815. (Cuadro de David. Galería Nacional de Washington).

Napoleón y su ejército a las puertas de Madrid, donde entraría el 5 de diciembre de 1808. (Cuadro de A. Carnicero. Museo Romántico, Madrid).

Don Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana (1761-1811). (Biblioteca Nacional, Madrid).

Tras referir la expulsión de Godoy, afirma Marx:

«Este fin había sido conseguido, gracias a la tormenta nacional, y con esto quedaba terminada la revolución interior, por cuanto dicho fin había sido fijado por las masas y no se hallaba relacionada con la resistencia contra el invasor extranjero. (...).

Un autor español, don José Clemente Carnicero, publicó en 1814 y en 1816 una serie de obras que llevaban los títulos siguientes: **Napoleón, el verdadero Quijote de Europa. Los acontecimientos más notables de la gloriosa revolución española, La restauración legal de la Inquisición.** Basta con indicar los títulos de estos libros para comprender la unilateralidad de la orientación de la revolución española, que hallamos asimismo en los distintos manifiestos de las Juntas provinciales, todos los cuales defienden al rey, la santa religión y la patria, y algunos de ellos anuncian al pueblo que **su confianza en un mundo mejor se halla sobre la carta y en un peligro extremo.** (...).

La minoría revolucionaria, con objeto de excitar el espíritu patriótico del pueblo, no reparó en apelar a los prejuicios nacionales de la antiguà fe popular. Por ventajosa que fuera dicha táctica, desde el punto de vista de los fines inmediatos de la resistencia nacional, no podía dejar de ser funesta para dicha minoría, cuando llegó el momento favorable para que

Cádiz a mediados del siglo XIX. (Grabado de la época).

Don Rafael de Riego (1785-1823). (Retrato que se conserva en el Museo Romántico de Madrid).

los intereses conservadores se cubrieran con esos prejuicios y sentimientos populares, con objeto de defenderse contra los vastos planes reales de los revolucionarios. (...).

Observamos en las Juntas mencionadas dos particularidades: en primer lugar, el bajo nivel del pueblo durante la insurrección; segundo, la influencia nociva ejercida, por esta circunstancia, en el programa de la revolución. (...). De este modo las Juntas se vieron llenas de gentes que habían sido elegidas a base de la situación ocupada antes por ellas, y que se hallaban lejos de ser unos jefes revolucionarios. (...). Como consecuencia de todo ello, esas creaciones del impulso popular, surgidas en los comienzos mismos de la revolución, desempeñaron el papel, durante todo el período de su existencia, de otros tantos diques opuestos a la avalancha revolucionaria. (...).

Después de la batalla de Bailén la revolución siguió ascendente, y una parte de la aristocracia, que había aceptado la dinastía de los Bonaparte o que se mantenía prudentemente a la expectativa, salió de la sombra para adherirse, de un modo bien sospechoso, a la causa popular».

LAS CAUSAS DEL FRACASO DE LA REVOLUCION

(«New York Tribune», de 20 de octubre de 1854).

«Durante las situaciones revolucionarias, los destinos del ejército son un reflejo todavía más del Gobierno civil que durante las circunstancias normales. (...).

Si la situación en que se hallaba España en la época de la invasión francesa representaba una enorme dificultad para la creación de un centro revolucionario, la aparición de la Junta Central hizo al país completamente incapaz de salir de la terrible crisis por que atravesaba. (...). El solo hecho de que fueran delegados por las Juntas provinciales (3), les hacía incapaces de vencer la vanidad, la mala voluntad y el egoísmo particular de dichas Corporaciones; las Juntas mencionadas, cuyos miembros, como ya hemos indicado en el artículo precedente, eran elegidos en su gran mayoría a base de la posición que ocupaban en la antigua sociedad y no en relación con su actitud para llamar a la vida a una nueva sociedad, enviaron a su vez a la Junta central a Grandes de España, prelados, funcionarios castellanos, ex ministros, en vez de los nuevos elementos revolucionarios. La revolución española murió en agraz, gracias a su propósito de guardar las formas de legalidad y conveniencia. (...).

Floridablanca y Jovellanos representaban el contraste propio todavía de la época del siglo XVIII, que precedió a la Revolución Francesa. (...). Floridablanca era un anciano de ochenta años cuando las tormentas de su época le colocaron al frente del Gobierno revolucionario. (...)».

(3) Se refiere a los diputados elegidos al azar.

Isabel II de España, en la epoca de su casamiento con su primo don Francisco de Asis (1846). Cuadro de Gutiérrez de la Vega. (Biblioteca Nacional de Madrid).

Sobre Jovellanos:

«Hay que decir, sin embargo, que en sus mejores tiempos no era un hombre de acción revolucionaria, sino más bien un reformador bien intencionado, que a causa de su indecisión ante los medios a emplear, no se atrevía nunca a ir hasta el fin. (...).

Es cierto que formaban parte de la Junta central algunos hombres, al frente de los cuales se hallaba don Lorenzo Calvo de Rosas, delegado de Zaragoza, partidarios de las opiniones reformadoras de Jovellanos, y que aspiraban al mismo tiempo a una actuación revolucionaria más viva. (...).

Ese poder tan mal unido, tan débilmente organizado, al frente del cual se hallaban rancios aristócratas, verdaderas reliquias, era llamado a realizar la revolución y a vencer a Bonaparte. (...).

Para nuestro objeto, bastará dar una respuesta a dos preguntas: ¿Cuál fue su influencia en el desarrollo del movimiento revolucionario español? ¿Cuál fue su influencia en la defensa del país? Al responder a estas dos preguntas aclararemos mucho de lo que hasta ahora aparecía inexplicable en la historia de la revolución española del siglo XIX.

La mayoría de la Junta central consideró desde los comienzos que su deber principal consistía en sofocar los primeros excesos revolucionarios. (...)».

Don Francisco de Asis de Borbón y Borbón, hijo del infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII y de su primera esposa, *Luisa Carlota de las Dos Sicilias*. Casado con la reina Isabel II, su prima, Rey consorte de España desde 1846 hasta 1868. Desde 1870 y hasta su muerte (1902) vivió separado de su mujer.

LOS ELEMENTOS REVOLUCIONARIOS Y CONTRARREVOLUCIONARIOS DE LA PRIMERA INSURRECCION ESPAÑOLA

(«New York Tribune», de 27 de octubre de 1854).

Al hablar de la supervivencia del Consejo de Castilla sometido a Napoleón y del juramento de fidelidad que la Junta exigía a aquella institución repudiada por el pueblo, Marx considera:

«Este paso irreflexivo, que provocó un extremo descontento en el partido revolucionario, persuadió al Consejo de que la Junta tenía necesidad de su apoyo. (...).

De este modo la Junta creó por propia iniciativa, un poder central para la contrarrevolución, el cual, siendo como era una rival incansable de la Junta, no dejó ni un momento de azuzarla, de trabajar contra ella por medio de intrigas y de conspiraciones, de obligarla a dar pasos impopulares, con el objeto de entregarla después con una apariencia de indignación, al desprecio del pueblo excitado. (...).

El partido de Jovellanos debía proclamar y protocolar las aspiraciones revolucionarias del pueblo. Y el partido de Floridablanca se reservaba el placer de declarar que todo esto era una chapucería, y de oponer a la poesía revolucionaria la realidad contrarrevolucionaria. Para nosotros es extraordinariamente importante tener la posibilidad de demostrar, precisamente a base del reconocimiento de las Juntas provinciales por la Junta central, el hecho negado a menudo de que en el período de la primera insurrección española existían aspiraciones revolucionarias. (...)».

Criticando veleidades del controvertido marqués de la Romana, informa el padre del socialismo científico:

«Su primer acto consistió en enemistarse con la Junta provincial de Oviedo, la cual se había granjeado, con sus medidas enérgicas y revolucionarias, el odio de las clases privilegiadas. (...)».

Al disolver el tal marqués de la Romana las Juntas de distrito de Asturias y Galicia, acumulando cargos contra ellas, Marx las justifica así:

«En una palabra, habían adoptado medidas revolucionarias. (...).

En Valencia, donde, al parecer, se habían abierto nuevos horizontes, el pueblo se veía, por el momento, librado a sus propias fuerzas, y había elegido a sus propios jefes, cuyo espíritu revolucionario había sido sofocado gracias a la influencia de la Junta central. (...).

De aquí nació el antagonismo entre la Junta central y la de Valencia, bajo la dirección liberal del marqués de Suchet, de aquí su disposición a declarar rey a Fernando VII en su regreso, en oposición al gobierno revolucionario en aquel entonces.
En Cádiz, el punto más revolucionario de la España de aquella época, la presencia del apoderado de la Junta central, el estúpido y vanidoso marqués de Vitel, provocó el 22 y 23 de febrero de 1809 una indignación que hubiera podido tener las consecuencias más funestas si no hubiera sido desviada en tiempo oportuno hacia el cauce de la guerra por la independencia. (...).
Pero no sólo la Junta central pesaba sobre la revolución española, sino que obraba literalmente en sentido contrarrevolucionario restableciendo el poder antiguo, forjando de nuevo las cadenas rotas, extinguiendo el fuego revolucionario por doquier donde aparecía o, para decirlo brevemente, no haciendo nada e impidiendo a los otros hacer cualquier cosa. Cuando se reunió en Sevilla, el 20 de julio de 1809, el gobierno inglés de los toris estimó necesario dirigirse a la Junta con una nota de protesta escrita en tonos muy vivos contra su conducta contrarrevolucionaria, pues temía que **gracias a ella pueda ser ahogado el entusiasmo general.** En cierta ocasión se observó que España debía soportar todos los horrores de la revolución, no ganando nada desde el punto de vista de las fuerzas revolucionarias. (...)».

Baldomero Fernández Espartero, en su época de Regente de España (durante la minoría de edad de Isabel II), hacia 1840. (Cuadro de Esquivel, en la Diputación Provincial de Cádiz).

Sobre las ideas sin acción y la acción sin ideas:

«En oposición a esto durante la época de la Junta central, el gobierno debía dar muestras de una debilidad, de una incapacidad y de una falta de voluntad excepcionales para crear una diferencia entre la España de la guerra y la revolución española. Las Cortes fracasaron, no como afirman los escritores franceses e ingleses, porque fueron revolucionarias, sino porque sus jefes eran contrarrevolucionarios y dejaron pasar el momento apropiado para las acciones revolucionarias. (...)».

LA JUNTA CENTRAL Y EL EJERCITO

(«New York Tribune», de 30 de octubre de 1854).
«La Junta central traicionó la causa de la defensa de la patria por cuanto traicionó su misión revolucionaria. Consciente de su propia debilidad, de la situación inestable de su poder y de su extraordinaria impopularidad, ni tan siquiera hizo la tentativa, propia de todos los períodos revolucionarios, de obrar contra la rivalidad mezquina y las pretensiones orgullosas de sus generales de otro modo que por medio de procedimientos poco dignos y de pequeñas intrigas. (...).
En las épocas revolucionarias, cuando se relajan todos los lazos de subordinación, la disciplina militar puede conservarse sólo en el caso de que los generales se sometan a la disciplina civil más severa. (...). La Junta central no se hallaba en condiciones de poder sostener el ejército regular, pues para ello no bastaban los manifiestos del pobre poeta Quintana, y para dar fuerza a sus órdenes le era necesario emplear las mismas medidas revolucionarias, cuyo empleo condenaba en provincias. (...). Si, por una parte, las derrotas del ejército español eran provocadas por la incapacidad contrarrevolucionaria de la Junta central, por otra parte, esos fracasos rebajaban todavía más el prestigio del gobierno, y su dependencia con respecto a los jefes militares, incapaces y orgullosos, crecía en la medida en que se convertía en objeto de desconsideración general y de desconfianza pública. (...).
Si se comparan los tres períodos de la guerra

de guerrillas con la historia política de España, se ve que representan los grados correspondientes a que llegó el gobierno contrarrevolucionario paulatinamente como consecuencia de la indiferencia creciente del pueblo con respecto a él. (...)».

Tras enumerar a los generales reaccionarios en aquellos acontecimientos, Marx, bien enterado, da cuenta de los oponentes, en los siguientes términos:

«Al otro lado, el ejército y los guerrilleros, una parte de cuyos jefes, como Porlier, Lacy, Eroles y Villacampa, habían salido durante la guerra de la oficialidad más distinguida, mientras que más tarde las tropas tomarán como jefes a caudillos de guerrillas, tales como Mina, El Empecinado y otros, los cuales constituyeron la parte revolucionaria de la sociedad española; dichos elementos se reclutaban entre sectores diversos, sin exceptuar la juventud ardiente, audaz y patriótica, todos los que no eran asequibles para el espíritu soñoliento del Gobierno central y que se libraron de los cepos o de las cadenas del antiguo régimen; una parte de ellos, como, por ejemplo, Riego, regresaron de Francia después de un encarcelamiento de varios años. Por eso no debemos extrañarnos de la influencia de que gozó el ejército español en los movimientos ulteriores, ni cuando tomó en sus manos la iniciativa revolucionaria ni el período en que con su pretorianismo perjudicó a la revolución. (...)».

LAS CORTES DE CADIZ Y LA CONSTITUCION DE 1812

(«New York Tribune», del 24 de noviembre de 1854).

«¿Cómo explicar la aparición de dicha Constitución en el fondo de la España monacal y absolutista precisamente en un momento en que casi todo el país realizaba la guerra santa contra la revolución? (...)».

Relata Marx la impresión que produjo en Europa dicha Constitución y los panegiristas de la misma, y añade:

«Otros afirmaban, como lo hace, por ejemplo, el abate de Pradt en su **Revolution actuelle de l'Espagne**, que las Cortes se habían agarrado de un modo poco razonable a las formas caducas, tomadas por ellas de los antiguos fueros correspondientes a la época feudal, cuando el poder real se hallaba amenazado por los privilegios excesivos de los Grandes. En realidad, lo que hay es que la Constitución de 1812 es una reproducción de los antiguos fueros, inspirada, sin embargo, en la revolución francesa y adaptada a las exigencias de la sociedad contemporánea. (...)».

Salustiano Olózaga (1805-1873). Alcalde de Madrid en 1840, líder del Partido Progresista, Presidente del Consejo de Ministros en 1843 (durante nueve días) y Embajador en París en 1869. («Olózaga», por Federico Madrazo, Biblioteca Nacional. Madrid).

EL CARACTER DE LAS CORTES DE CADIZ.

(«New York Tribune», de 8 de diciembre de 1854).

«Cuando tuvieron lugar las elecciones, reinaba en todas partes una excitación extraordinaria y precisamente el descontento provocado por la Junta central fue aprovechado por los adversarios de la misma, una parte considerable de los cuales pertenecía a la minoría revolucionaria del país. (...).

En los artículos anteriores hemos demostrado que el partido revolucionario había fomentado el renacimiento y el fortalecimiento de los antiguos prejuicios populares, partiendo de la suposición de que a base de los mismos hubiera sido posible forjar diversas armas contra Napoleón. Hemos visto asimismo cómo la Junta central, precisamente en el momento en que hubiera sido posible emprender reformas sociales a la par con las medidas de defensa nacional, hizo todo lo que

Evaristo San Miguel y Valledor (1785-1862), duque de San Miguel, Ministro de Estado en 1822. Exiliado en 1824. Historiador, figura clave para consolidar el Trono de Isabel II en 1854. («E. San Miguel», original de Tomé, en la Biblioteca Nacional de Madrid).

pudo para impedirlo y para sofocar las aspiraciones revolucionarias de las provincias. Por otra parte, las Cortes de Cádiz, las cuales casi durante todo el período de su duración se hallaron incomunicadas con el resto de España, pudieron, a consecuencia de esto, publicar su Constitución y sus leyes fundamentales únicamente cuando las tropas francesas abandonaron el país. Las Cortes aparecieron, pues, **post festum.** El pueblo, al cual se dirigieron, estaba cansado, agotado y sin fuerzas. ¿Cómo podía ser de otro modo, después de una guerra tan prolongada que se había desarrollado exclusivamente en el territorio español, durante la cual las tropas estaban continuamente en acción, un Gobierno sucedía a otro sin interrupción, y en seis años, desde Cádiz a Pamplona y desde Granada a Salamanca no hubo ni un día en que no se vertiera la sangre?

No se podía contar con que una sociedad tan fatigada acogiera con mucho entusiasmo las bellezas abstractas de tal o cual Constitución. Sin embargo, cuando la nueva Constitución fue por primera vez proclamada en Madrid y en las provincias de las cuales habían sido arrojados los franceses, fue acogida con un entusiasmo desbordante, pues las masas, a cada cambio de Gobierno confiaban en que sus desventuras desaparecerían súbitamente. Cuando se dieron cuenta de que las Cortes no disponían de las fuerzas milagrosas que les atribuían, la confianza excesiva con que fueron acogidas se transformó en el desengaño más amargo, y en los países meridionales, del desengaño al odio no hay más que un paso. (...)».

LAS SUBLEVACIONES CONSTITUCIONALISTAS

(«New York Tribune», diciembre de 1854).

Cuenta Marx la estratagema del general La Bisbal al enviar a recibir a Fernando VII a uno de sus oficiales llevando dos cartas: una preconizando la Constitución si el rey se hubiera decidido a jurarla. Y explica:

«En la otra carta, por el contrario, pintaba el sistema constitucional como el régimen de la anarquía y de la turbulencia, felicitaba a Fernando VII por haber arrancado de cuajo dicho sistema y se ponía con sus tropas a su disposición para combatir a los revolucionarios, demagogos y enemigos del trono y de la Iglesia. (...)».

Sobre la intentona de Riego, dice el excepcional cronista:

«Las fuerzas del ejército revolucionario, cuyo mando fue confiado a Quiroga, se limitaban a

Luis Sartorius, conde de San Luis (1820-1871). De origen polaco, fundó «El Heraldo» en 1842. Ministro de la Gobernación de 1847 a 1851 (con Narváez), y Presidente del Consejo de Ministros de 1853 a 1854, y de las Cortes en 1868.

cinco mil hombres, los cuales, después de ser rechazados a la puerta de Cádiz, se retiraron a la isla de León».

Y reproduce las siguientes consideraciones de Evaristo San Miguel:

«Esa revolución, que permaneció en suspenso durante veinticinco años, sin poder ni conquistar una sola pulgada de terreno, representa uno de los fenómenos políticos más notables».

Continúa refiriendo Marx por su cuenta:

«(...) A fines de mes, Riego, que temía que el fuego revolucionario se extinguiera en la isla de León, formó, a pesar de las objeciones de Quiroga y de otros jefes, un cuerpo volante de 1.500 hombres, recorrió parte de Andalucía, a la vista del ejército persecutor diez veces más fuerte que él, y proclamó la revolución en Algeciras, Ronda, Málaga, Córdoba y otros sitios. (...).

¿Cómo se explica que mientras Riego se veía obligado a licenciar el 11 de marzo en Sierra Morena a sus fieles combatientes revolucionarios, Fernando VII se viera obligado el 9 del mismo mes a jurar la Constitución en Madrid, de modo que Riego consiguió, de hecho, su objetivo, dos días antes de haber perdido toda confianza en su causa? (...).

«España había hasta tal grado madurado para la revolución, que incluso una falsa alarma era suficiente para provocarla. Del mismo modo, en 1848 noticias falsas desencadenaron el huracán revolucionario. (...)».

Habla después de la proclamación de la Constitución en Ocaña por La Bisbal, cuando éste iba en persecución de Riego, enviado por el rey:

«Cuando la noticia de esta traición llegó a Madrid, los espíritus estaban tan excitados

que la revolución estalló inmediatamente. El Gobierno empezó a parlamentar con la revolución. En el edicto del 6 de marzo el rey proponía convocar las antiguas Cortes, reunidas en forma de **estamentos;** con esta proposición no se mostró conforme ni un solo partido ni los antiguos monárquicos ni los revolucionarios. (...). Cuando la noche del 7 de marzo tuvieron lugar en Madrid manifestaciones revolucionarias, la **Gaceta** publicó un edicto en el cual el rey prometía jurar la Constitución de 1812. (...).

Los escritores ingleses de nuestros días, aludiendo de un modo suficientemente claro a la revolución española actual, han afirmado que el movimiento de 1820 fue, por una parte una conspiración militar, y de otra una intriga rusa. (...). Hemos visto que la revolución triunfó a pesar del fracaso de la insurrección militar. (...). El que la revolución se produjera en primer lugar en las filas del ejército se explica sencillamente por el hecho de que el ejército era la única corporación de la monarquía española que durante la guerra por la Independencia fue radicalmente transformada y ganada por el espíritu revolucionario. En lo que se refiere a la intriga rusa, naturalmente, no se puede negar que Rusia tuvo algo que ver con la revolución española, que fue la primera de las potencias europeas que reconoció la Constitución de 1812, el 20 de julio de 1820, que fue la

Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán (1809-1867), Presidente del Consejo de Ministros en 1856, de 1858 a 1863 y de 1865 a 1866.

primera que hinchó la revolución de 1820, la primera que la vendió a Fernando VII, la primera que alumbró la antorcha de la contrarrevolución en distintos puntos de la península, la primera que protestó ante Europa contra la revolución, y, finalmente, obligó a Francia a intervenir contra la misma con las armas en la mano. (...). Si al mismo tiempo señalamos el hecho de que el presidente de los Estados Unidos, en su mensaje, felicitó a Rusia por haber impedido a España que se ocupara de las colonias sudamericanas, entonces no queda ya ninguna duda respecto al papel desempeñado por Rusia en la revolución española. Pero ¿qué demuestra esto? ¿Acaso que Rusia provocó la revolución de 1820? (...). Todo esto demuestra únicamente que Rusia impidió al Gobierno español obrar contra la revolución. Lo que está claro es que la revolución, tarde o temprano, hubiera abatido la monarquía monacal de Fernando VII. (...)».

Reproduce Marx unos párrafos de la obra de M. Martignac «España y su revolución», publicada en 1833, poco antes de la muerte del autor, explicando la situación de descontento en que se hallaba el pueblo español en la época, y termina diciendo:

«Es evidente, pues, que no era necesario ningún Titischev (4) para sacar de su punto muerto a la revolución española». ■ **C. S.**

(Selección de párrafos y acotaciones de CARLOS SAMPELAYO).

Isabel II (1830-1904), *Reina de España* de 1833 a 1868. Destronada, partió para el exilio, viviendo hasta su muerte en el Palacio de Castilla, de París. («Isabel II», Colección Castellanos. Biblioteca Nacional de Madrid).

(4) *El embajador ruso en España.*

Españoles en el Père Lachaise

Manuel Izquierdo

UNA mañana fría, lluviosa y harto desapacible del mes de mayo, iniciaba la subida a pie, por la avenida principal del cementerio parisiense del Père Lachaise, un viejecito de noventa y tres años. Iba sostenido a ambos lados por dos personas. Aquella era la fecha en que los supervivientes españoles de los campos nazis comenzaban los actos para conmemorar el XXX Aniversario de su Liberación. Al frente del cortejo abría la marcha la bandera de los convocantes, la misma enseña que hicieron flotar entonces sobre los torreones del portalón de Mauthausen o al frente de su convoy para regresar a Francia desde Dachau.

EL anciano animaba siempre a acelerar el ritmo de los pasos y quería dar seguridades de que por su persona todo iba bien. El pobre y raído atuendo de aquel «indigente» y catalogado «económicamente débil» no hubiera hecho sospechar que se trataba de un relevante marino. Exactamente de don Valentín Fuentes López, que había ingresado en la Armada a los dieciséis años, en 1899. Y que por disposición del Gobierno de la República alcanzaría el grado de contralmirante el 16 de diciembre de 1937.

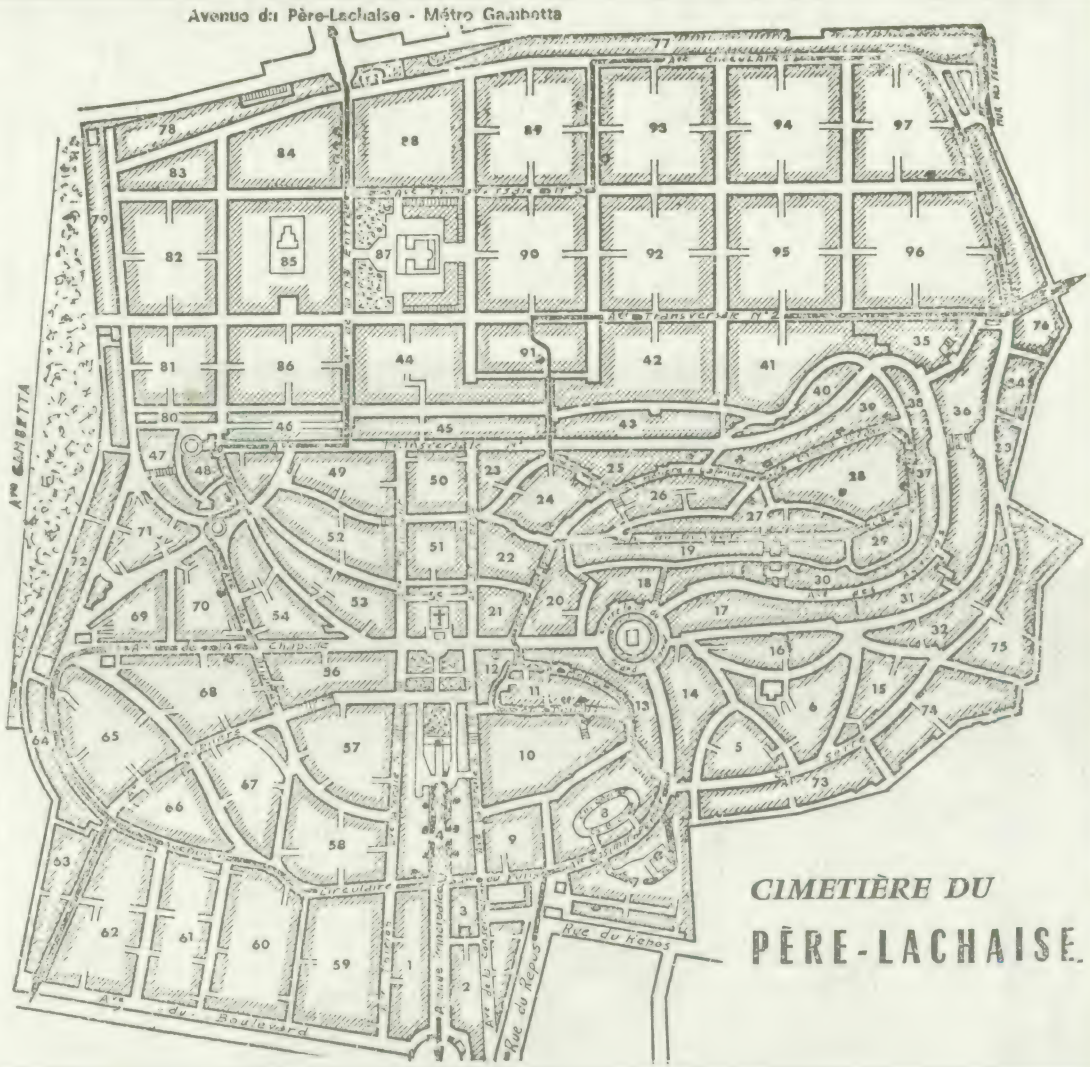
CAMINO DE PEREGRINACIONES

El cortejo se desplazaba lentamente porque la mayoría de sus componentes pasaban ya de los sesenta años. A la izquierda iban quedando los sectores del cementerio en que resaltaban aquí y allá tumbas y panteones que por su aspecto parecen prolongar el poderío material o social gozado en vida por los enterrados. O en los que la celebridad resalta simplemente con la lectura de un nombre. Tal el de Thiers. Así, un gran mausoleo elevado en la línea de una de las avenidas y que a través de escalinatas laterales permite acceder a otra más baja. La Baronesa de Strogonoff, fallecida en 1818, según el epitafio. De la misma manera que, ya más próximas a la ruta que seguía el desfile, quedaban otras sepulturas y memoriales. La del mariscal Ney, la «retaguardia del Gran ejército», como él mismo se autodenominó a la vuelta de Rusia. Que, fiel a Bonaparte en la perdida causa de los Cien días, murió fusilado después de Waterloo. Y las que en grupo hacen resaltar en las leyendas la palabra «Espagne»: Massena, Lefèbvre. También Murat, el de los mamelukos en la Puerta del Sol y de la batalla de Monteleón.

Los pensamientos de unas decenas de personas en ascenso siempre hacia el nordeste no se detenían en tales detalles de sus alrededores. Ni en lo que suele interesar a los visitantes del Père Lachaise: en el origen del lugar. En tiempos remotos había allí una propiedad llamada la Folie- Regnault, adquirida en 1626 por los jesuitas y a quienes perteneció hasta la expulsión de la Orden en 1763. Solamente después

Buxeuil	1re Div.
Visconti	4e Div.
Rossini	1re Sect.
Alfred de Musset	
Colette	
François Arago	4e Div.
Ledru-Rollin	2e Sect.
Thomas Couture	
Félix Faure	
Adeline Patti	
G. et H. Goubiler	
Rachel	7e Div.
Héloïse et Abélard	
Rothschild	
Famille Lesurques	8e Div.
Bichat	
Charpentier	10 Div.
Edouard Branly	
Tenon	
Frédéric Chopin	11e Div.
Cherubini	
Ginette Neveu	
Barthou	
Bellini	
Boieldieu	
Gericault	12e Div.
Talma	
Henri Gorst	15e Div.
Auguste Comte	17e Div.
Raspail	18e Div.
Chanzellon	
Prof. Vincent	21e Div.
Ingres	23e Div.
Raffaelli	
Fredon	24e Div.
Corot	
Daumier	
Molière	25e Div.
La Fontaine	
Alphonse Daudet	26e Div.
Guy-Lussac	
Famille Hugo	27e Div.
Masséna	28e Div.
Lefebvre	
Général Foy	
Comtesse de Noailles	
Beaumarchais	

Maréchal Ney	29e Div.
Maréchal Suchet	35e Div.
David Dangers	
Murat	
Parmentier	
Cambacérès	
Mme S. Bernhardt	44e Div.
Allan Kardec	
Sully Prudhomme	
Honoré de Balzac	48e Div.
E. Delacroix	49e Div.
Gérard de Nerval	
Michelet	52e Div.
Comt. d'Agoult	54e Div.
Thiers	55e Div.
Charles Chobillon	58e Div.
compositeur de musique	
Pierre Brasseur	59e Div.
Georges Méliès	64e Div.
Maria Walewska	67e Div.
Georges Bizet	68e Div.
Enesco	
Jules Berry	80e Div.
Proust	85e Div.
La Castiglione	
Apollinaire	86e Div.
Crematorium	87e Div.
Pierre Dac	
Isidor Duncan	
Paul Ducas	
André Le Troquer	
Oscar Wilde	89e Div.
Courteline	
Auguste Blanqui	91e Div.
Planquette	93e Div.
Papus	
Gertrude Stein	94e Div.
Gramme	94e Div.
Modigliani	96e Div.
Edith Piaf	97e Div.
P.-V. Couturier	
Henri Barbusse	
Maurice Thorez	
Jacques Duclos	
Benoît Frachon	



Monumento a la memoria de todos los españoles por la libertad en el exilio de 1939 a 1945.

de 1803, en que la ciudad de París adquirió la finca, se destinó esta a cementerio.
Más bien evocaran las mentes de quienes desfilaban la visión de aquellos sitios en la noche del 27 de mayo de 1871. Era casi el fin del empuje histórico comenzado el 18 de marzo con la proclamación de la Comuna de París y de la gran tragedia que abren los cañones versalleses en Neuilly el 2 de abril. Este día, una fuerza de cuatro o cinco mil hombres, obedientes a las órdenes de Thiers y de Gallifet, se lanzan contra los federados, defensores de la capital. Aunque de momento las líneas se sostienen, la presión de los atacantes, con la ayuda abierta de los prusianos, se fue convirtiendo en ofensiva. Cayeron sucesivamente los distritos de la ciudad. Aún el día 26 el empuje de los versalleses era contenido por la artillería emplazada en Belleville, en la Butte-Chaumont, en el Père Lachaise. Abierta a cañonazos la entrada del cementerio, se desarrolló una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo entre las tumbas y panteones, por cada metro de terreno.

El contralmirante don Valentín Fuentes continuaba, como sus acompañantes, el camino de las grandes peregrinaciones. Su carrera de marino, sus embarques en navíos de todo tipo, desde la fragata acorazada «Victoria» hasta cruceros como «Extremadura» y «República»; sus manos en los torpederos «Número 9» y «Número 12», en la flotilla de destructores, en las Fuerzas navales del Cantábrico o en la base naval de Cartagena, nada tenían que ver ahora. Ni siquiera su carácter de ingeniero geógrafo. Allí y en aquel momento él se sentía uno de tantos en la conmemoración y en el recuerdo de hechos que embargan toda la atención, todos los sentimientos de quienes se acercan hasta las tapias del cementerio, hasta la sección de estas que es conocida mundial e históricamente como «Muro de los Federados». Hasta aquí llegan ininterrumpidamente las gentes, de París y provincianos, franceses y de todas partes del planeta, en manifestaciones solemnes o en visitas individuales. Unos se recogen, otros depositan flores y coronas, en los alrededores se efectúan todavía entierros, por la zona tienen lugar conmemoraciones, aniversarios, donde se pronuncian alocuciones en tanto se inclinan las banderas. ¿Puede extrañar que en el curso de decenios y, más concretamente en los últimos, las inmediaciones del Muro se hayan convertido también en un alto y destacado sitio de evocación hispana fuera del país?

LA COMUNA DE PARIS EXPIRO ALLI

En la mañana del 28 de mayo de 1871, los ciento cuarenta y siete supervivientes de los combates en el cementerio, hechos prisioneros por los versalleses, son fusilados frente al Muro. Una larga trinchera abierta a lo largo de él recibe los cadáveres. Pero estos 147 fusilamientos no son más que el símbolo de los 35.000 que se calcula fueron las ejecuciones (1) a partir del momento en que los vencedores comenzaron a entrar en París. Casi tres veces más por la represión contra la Comuna que los 12.000 muertos, por todos conceptos, en que se evalúa el costo en toda Francia y durante los dos años cumbre, de la Gran Revolución del siglo XVIII.

Al principio de junio continuaban aún los cumplimientos de sentencias sumarias en el Père Lachaise. La represión versallesa se prosigue destilando odio. Se hace comparecer ante los consejos de guerra a grupos y grupos de personas que son tratadas como alimañas. El 18 de noviembre, a una distancia de medio año ya de la Semana sangrienta, escribe Emilio Zola sobre el aspecto de deportación que tienen las calles de Versalles, de la animación existente sólo a las puertas de las prisiones y de los tribunales.

Algunos de los partícipes de la Comuna de París y miembros de organizaciones populares escapan vivos de las matanzas de mayo y logran refugiarse en el extranjero. En Inglaterra, en Suiza, en Bélgica. Hubo también condenados a trabajos forzados y otros que, conmutados de la pena de muerte, fueron enviados a Numea, en la Nueva Caledonia. Entre estos deportados se contó Luisa Michel; cientos de ellos no volvieron nunca.

Después del terrible golpe que para los obreros de París y de Francia supuso la derrota de la Comuna, se extendió el sen-

(1) En el tiempo se ha generalizado la cifra de 35.000 víctimas de la Comuna de París. Es esta más o menos la conclusión de Camille Pelletan en 1880. Los vencedores declararon 17.000. Si se tiene en cuenta la imposibilidad confesada por el «Evening Standard» de decir el número de cadáveres que hicieron los versalleses o la sola referencia de «Le Siècle» a los 10.000 insurrectos muertos en las Butte-Chaumont y en el Père Lachaise, se admitirá que no se ha exagerado en el balance aproximado total.

Por comparación aún se podría añadir como ejemplo la dificultad de llegar a totales aproximados y concordantes por estadísticos e historiadores en cuanto a la guerra de España y al período subsiguiente.

La razón básica de todas esas imposibilidades de estadísticas precisas se halla en que los acontecimientos de tal naturaleza se desarrollan fuera de marcos reglamentarios, oficiales y preestablecidos. En muchas ocasiones se trata incluso de borrar las huellas. ¿Qué otro significado tiene el célebre «Noche y Niebla» de los hitlerianos? (N. del A.).

Muro de los Federados. En el centro, la placa conmemorativa. Al pie, ramos de flores y coronas continuamente renovados. (Foto del autor).

timiento por arrancar la amnistía. El 18 de mayo de 1876, después de un largo debate, la Cámara de Diputados rechazó un proyecto por 367 votos contra 95 y el Senado se pronunció hostilmente, a manos levantadas, a pesar del encendido discurso de Victor Hugo.

El 23 de mayo de 1880 tuvo lugar la primera manifestación al Muro de los Federados. Aunque prohibida ésta por el Gobierno de entonces, llevó a su frente a Jules Guesde. Las 25.000 personas dispersadas por las cargas sucesivas se rehicieron una y otra vez. Varios miles lograron entrar en el recinto del cementerio y llegar hasta el Muro, donde lanzaron, por encima de las cabezas de los policías que le aislaban, las flores rojas fijadas en sus solapas y corpiños.

Por fin, el 11 de julio de 1880, la Cámara de Diputados aceptaba la proposición de amnistía general por 312 votos contra 116, proposición que fue igualmente adoptada por el Senado.

Anualmente tiene lugar ahora la manifestación conmemorativa de los trabajadores de París ante el Muro, donde una gran placa proclama:

«AUX MORTS DE LA COMMUNE 21-28 MAI 1871»

Enfrente está la tumba de Laura Marx y de Paul Lafargue, quienes lograron refugiarse en España después de la Comuna. Tomaron contacto en Madrid con el grupo internacionalista. Paul, Pablo Iglesias y sus compañeros de la Nueva Federación madrileña comenzaron a defender conjuntamente las posiciones del Consejo General de la Internacional y las ideas de Marx y Engels.

La idea de la Comuna arraigó también al otro lado de los Pirineos. Para bakuninistas y marxistas fue el único faro hasta 1917. Los socialistas, los anarcosindicalistas, los comunistas guardaron siempre el respeto, la lección y el homenaje para aquella. Las nuevas generaciones españolas que leían al comunalista Lissagaray en los comienzos de los años treinta fustigaban en sus himnos a los verdugos.

«esos malvados
que ni alma tienen,
ni corazón».

Estampa

...ANDO LOS COMUNALISTAS "TOMABAN EL CIELO CON LA MANO" EL 18 DE MARZO DE 1871

SEDÁN

NAPOLEÓN *el Chico*, emperador del golpe de Estado y amo de Francia, por el brillo de su nombre, veía las oleadas de la revolución bajo sus pies. Como todos los tiranos cuando el pueblo pide pan, trató de afianzar su dominio con la guerra. El 19 de julio de 1870 tronaban los cañones cara a Berlín.

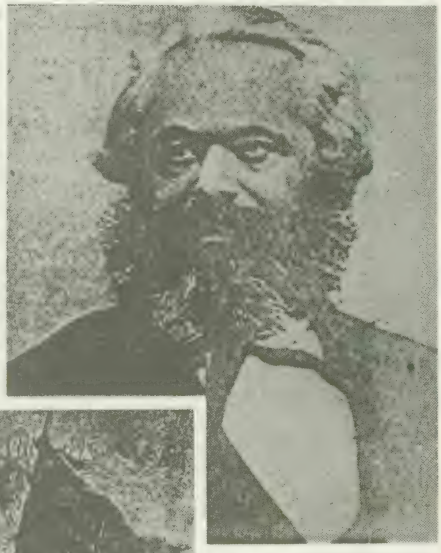
Del genio de las batallas no tenía Napoleón III nada. Sus soldados no llevaban el fuego de la patria y de la revolución en los labios. Su Ejército no había conocido a los comisarios del 93, a los convencionales. Frente a él no tenía la Santa Alianza, sino un pueblo que luchaba por su unidad nacional.

El Ejército prusiano traspasó las fronteras de Francia, arrolló todos los obstáculos, sitió a Metz. El 2 de septiembre, el último de los Napoleones capitulaba, con el grueso de sus tropas, en Sedán. Bismarck tenía libre el camino de París.

FRANCIA ES PARÍS

Una vez mas, París tomaba en sus manos los destinos de Francia. El pueblo entraba en es... pueblo estaba decidido a defender su ...rrían los barrios heroicos que más de una vez hicieron temblar los tronos de Europa; los barrios de las insurrecciones, de las picas y de los jacobinos. París estaba en pie. Sus obreros, sus demócratas, sus mujeres.

La sentencia fué pronunciada: el imperio había desaparecido. Los diputados parisinos formaron un "Gobierno de defensa nacional" con el permiso del pueblo, que se había agrupado con la Guardia Nacional para ...



Carlos Marx en enero de 1867.

Media página de las dedicadas por el semanario madrileño «Estampa» a la conmemoración, en 1937, del Aniversario de la Comuna de París.

para proclamar en seguida su fe en el triunfo de la causa que en 1871 pareció hundirse para siempre:

«Comuna amada
te veneramos
y la victoria
nuestra ha de ser».

Y en los días más angustiosos del sitio de Madrid, en tanto la ciudad se debatía entre la vida y la muerte, entre los problemas e inquietudes de todo tipo, se recordaba a la Comuna de París. Un ejemplo, tomado, entre tantos, lo constituyen las páginas dedicadas por el semanario **«Estampa»** a la conmemoración, en 1937, del aniversario del 18 de marzo.

Sepultura del general don José Riquelme. (Foto del autor).

DIVISION 97

En la División 97 del cementerio, que desciende desde las lindes de la 94 hasta la Avenida circular, cerca del Muro, hay enterrados españoles. La sepulturas en este sector proclaman, en la diversidad del culto a los desaparecidos, las diferencias en la sociedad viva. De religiones, de orígenes, de clases y de lo que fueron dedicaciones de quienes ya no son. Aquí está la tumba de la famosa cantante Edith Piaff, muy visitada y florida siempre por sus admiradores.

Un poco más al interior de este dédalo de lápidas hay una muy sencilla en su magnitud y en su inscripción: «General José Riquelme López-Bago. 1880-1972». Así, de un golpe se llega a la evocación del militar de más alto grado —general de división— que en los días de julio de 1936 asumió el mando de todas las fuerzas militares, de orden público y milicianos que combatían en el Alto del León frente a los sublevados.

Tres años antes, don Valentín Fuentes había asistido allí al sepelio del general Riquelme, su antiguo compañero. No de los días de julio del 36, pues en aquellas fechas el primero, capitán de fragata, comandante del destructor «Lepanto», jugó un papel decisivo en la rendición de los rebelados en Almería. Había sido más tarde, el 19 de noviembre de 1938, cuando el general Riquelme y el ya contralmirante Fuentes formaron parte, conjuntamente con el general de artillería de la Armada, don Francisco Matz Sánchez, de la misión extraordinaria que, presidida por el ministro de Comunicaciones y Transportes, don Bernardo Giner de los Ríos, fue a Ankara. Esta misión se desplazó en representación del Gobierno de la República para las exequias del Presidente Kemal Ataturk.

Al descender del lugar donde yacen los restos del general Riquelme se encuentra, no lejos, otro memorial dedicado a uno de los hombres que, con don José Giral y el doctor don Juan Negrín, dirigieron los Gobiernos de la República en el período de la resistencia popular a la sublevación interior y a la agresión hitlero-mussoliniana: Francisco Largo Caballero. Ninguna referencia en el monumento sobre este particular, al interregno que va desde el 4 de septiembre de 1936 al 17 de mayo de 1937. Ni tampoco al de su cautiverio en el campo de concentración nazi de Orianenburgo-Sachsenhausen hasta que fue liberado de él por las tropas polacas y soviéticas que atacaban Berlín. Todo está comprendido en los límites de su vida: «Madrid 15 de octubre de 1869 - París 23 de marzo de 1946».

En la primera fila de tumbas que bordean la División 97 está la del último comunalista

Mausoleo construido a la memoria de la baronesa de Strogonoff. (Foto del autor).

en Revensbrück y a quienes sufrieron y cayeron en el campo y en los comandos de Neungamme: en ellos hubo españolas y españoles.

Las tumbas de los fusilados por los ocupantes nazis en Chateaubriand, del dirigente ferroviario Pierre Semard, igualmente ejecutado por los hitlerianos, traen el pensamiento de que en toda la Resistencia francesa hubo españoles que sufrieron, combatieron y murieron en ella.

Allí está también el memorial **«A los voluntarios franceses de las Brigadas Internacionales - España 1936-1939».** Es decir:

–los voluntarios que lucharon en el Norte hasta la pérdida de Irún;

–quienes formaron en Barcelona la Centuria «Comuna de París» y fueron enviados a Madrid en los días más críticos del ataque a la capital;

–los componentes de la unidad anterior, que con otros refuerzos franco-belgas constituyeron el Batallón «Comuna

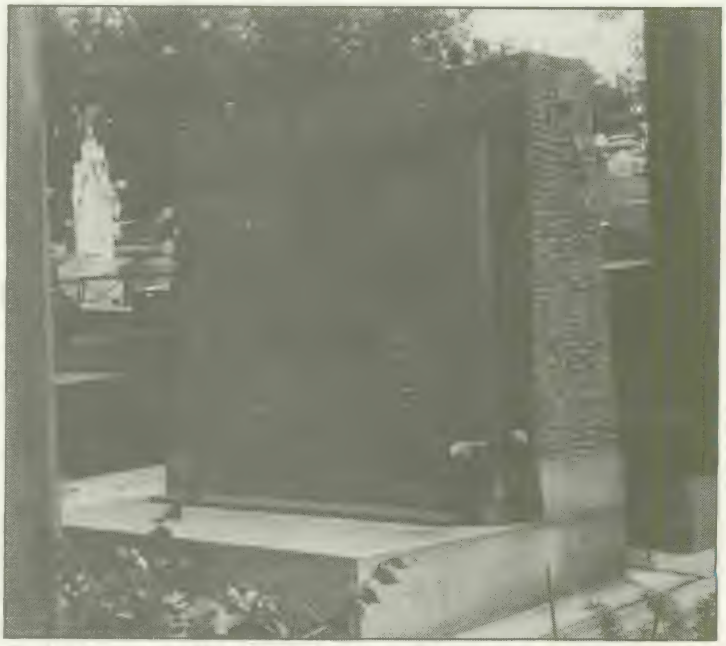
fallecido, Adrien Lejeune, cuya vida se extinguió en Novosibirsk (U.R.S.S.) en 1942.

Allí está el monumento a los deportados y víctimas del campo nazi de Buchenwald-Dora: en él hubo españoles.

Allí está la tumba del coronel Fréderic Henri Manhès, presidente del Comité Internacional de Buchenwald y presidente-fundador de la Féderation Nationale de Deportés, Internés, Résistants Patriotes: en ambos hubo y quedan algunos supervivientes españoles.

Allí están los monumentos a los deportados de Auchswitz que «lucharon hasta donde pudieron»: allí hubo españoles.

Allí están los memoriales dedicados a las mujeres víctimas



Tumba y monumento al Presidente del Consejo de Ministros de la República, Francisco Largo Caballero. (Foto del autor).

de París» en la 11.ª Brigada Internacional;
–los nuevos llegados que formaron el Batallón franco-belga de la 12.ª Brigada;
–el Batallón Henri Vuillemin y el Batallón franco-belga «Luisa Michel», de la 13.ª Brigada;
–el 10.º Batallón Domingo Germinal;
–el 12.º Batallón franco-inglés.
el 13.º Batallón «Henri Barbusse» —cuyo titular también está enterrado en este mismo lugar—, de la 14.ª Brigada;
–el Batallón 6 de Febrero de la 15.ª Brigada;
–los voluntarios franceses integrados en las tropas de ingenieros, en la caballería, en tanques, artillería y antiaéreos, en la batería internacional del Grupo «Ana Paukr»;
–quienes lucharon como pilotos, entre ellos los de la escuadrilla «España», mandada por André Malraux;
–el personal de transportes, de reparación mecánica, sanitarios desde médicos a enfermeras, los miembros del servicio de Correos de las Brigadas Internacionales.

A todos los voluntarios franceses de las Brigadas Internacionales los recuerda la placa en su laconismo.

A los 8.500 que llegaron de España, de cuyo número cayeron allí 3.000 y otros 3.000 que aproximadamente perecieron durante la Resistencia y en los campos de concentración nazis.

Monumento alegórico a las víctimas del campo de concentración nazi de Oranienburgo-Sachsenhausen. (Foto del autor).

CUARENTA Y CUATRO AÑOS DE HISTORIA

En esta línea de sepulturas está la de Maurice Thorez, quien, junto con sus tres cuñados, combatientes de las Brigadas, asistió en Madrid al acto de disolución oficial del Quinto Regimiento. Y de cuyos tres últimos, el mayor, Marat Pluquin, murió más tarde en el frente de Aragón.

En seguida otra tumba, la de Jacques Duclos, lleva a una época todavía más remota en el aunar franco-español de esfuerzos proletarios, al alba de lo que fueron días diferentes.

Fue a las pocas semanas de haber sido proclamada la República, en 1931, cuando tuvo lugar en Sevilla el primer mitin multitudinario legal de los comunistas. Por aquellos tiempos el excelentísimo señor ministro de la Gobernación machacaba a la saciedad en entrevistas, declaraciones y notas oficiosas que en España no existía esta tendencia política. El entonces secretario del Partido en Andalucía occidental, José Díaz, hizo la presentación de Duclos a los asistentes. Le bastó a este último con señalar hacia el público y decir en un español con acento y gracejo parisiense:

—¡Dice **Maúra** que en España no **haber** comunistas...!

Primer término: Lápida en recuerdo de los voluntarios franceses de las Brigadas Internacionales en España. Al fondo: Memorial elevado a las mujeres, víctimas en el campo de concentración nazi de Ravensbrück. (Foto del autor).

Posiblemente en las primeras filas oyeron las palabras siguientes del orador. Tan bien recibidas fueron por el gracejo andaluz que la oleada de aplausos y aclamaciones suscitadas se corrió a todos los auditores. Las palmadas fueron cortadas, más bien sustituidas, por la entonación general de un himno improvisado a base de la música de la «Marcha de Cádiz». Después de la dictadura todavía era desconocida «La Internacional» para quellos miles de personas.

El cortejo de españoles que aquella mañana de mayo subió hasta el Muro de los Federados se detuvo en el ángulo formado por la División 97, por la 96 y por la Avenida circular. En él destaca bien visible, reciamente alegórico, el monumento a los 180.000 prisioneros en Mauthausen, de los cuales 154.000 fueron muertos, torturados, gaseados, fusilados o ahorcados. En el granito extraído de su propia y tristemente célebre cantera ha sido esculpida una escalera sobre la cual pena un forzado al ascender por ella cargado con la obligada piedra.

En ese total y general recuerdo están comprendidos los 7.000 muertos españoles habidos en el campo central y comandos de Mauthausen y los 10.000, aproximadamente, que por ellos pasaron.

En el lugar inmediato a este se ha erigido el propio memorial dedicado a los españoles todos, bajo el Patronato de

Mr. le Professeur
Charles Richet
Daniel Meyer
Pablo Casals.

e inaugurado el 13 de abril de 1969.

En su frontispicio, las iniciales F.E.D.I.P. (Federación Es-

pañola de Deportados Internados y Patriotas), presiden las líneas límites de la geografía española, rellena de rejas carcelarias y, a su fondo, el rayado de la reglamentaria vestimenta de los deportados. En la parte inferior, la dedicatoria:

«A la memoire de tous les espagnols morts pour la Liberté. 1939-1945» (2).

Y en el otro lado del Monumento se concreta:

«10.000 republicains espagnols morts en deportation. 25.000 tombés aux côtés des troupes alliées, dans les maquis ou fusillés» (3).

Fue en este lugar tan rebosante de Historia donde un antiguo deportado español pronunció la alocución de recuerdo en el 30 Aniversario de la Liberación de los campos nazis. Ceremonia sencilla y de recogimiento que, pronto terminada, se transformó en la marcha de descenso y de disolución del cortejo. En el camino, ahora más fácil, dejado atrás el peso pretérito, los asistentes al acto generalizaban sus comentarios sobre el porvenir: el lejano y el más inmediato. El almirante de la Marina española don Valentín Fuentes no era el menos animoso y el menos esperanzado. Sin embargo...

Catorce días más tarde, exactamente en la noche del 5 al 6 de junio, don Valentín Fuentes fallecía en París a los 93 años de edad. Ya en las lindes de otro período que marcará 1975. Cuyo umbral a él no le fue dado traspasar. ■ **M. I.**

(2) (2) «A la memoria / de todos los españoles / muertos por la Libertad / 1939-1945».
(3) «10.000 republicanos españoles / muertos en deportación / 25.000 caídos al lado / de las tropas aliadas / en los maquis / o fusilados».

En el granito de la cantera de Mauthausen se ha esculpido esta escalera alegórica, evocadora de los mortíferos 186 peldaños. 154.000 muertos. De ellos 7.000 españoles. (Foto del autor).

Un centenario:

Baldomero Espartero

José Miguel Fernández Urbina

¿ACASO podía sospechar el carretero manchego don Antonio Fernández y Espartero que el bebé alumbrado por su esposa doña Josefa, en aquella gélida noche del 2 de febrero de 1793, con el tiempo habría de convertirse en el Regente de una España petrificada por una rígida estratificación social, donde las existencias de sus habitantes estaban determinadas por su origen de cuna? ¿De haber consultado con un vate, hubiera dado crédito a sus palabras si le hubiera anunciado que su hijo, entre un sinfín de títulos más, acumularía los de Grande de España, Príncipe de Vergara, Conde de Luchana, Duque de Morella, Duque de la Victoria...? ¿O en el colmo de los desatinos del oráculo, que sería propuesto por las Cortes del Reino para ocupar el trono vacante, y que él, el hijo de un carretero manchego, lo rechazaría sin mayores problemas? No, ciertamente el bueno de don Antonio no estaba en condiciones de imaginar los destinos de su octavo hijo. ¿Cómo pudo ser posible?

«El reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases».
(De «La Corte de los Milagros»,
Valle Inclán)

EL caso de Baldomero Espartero es, desde luego, un fenómeno excepcional de movilidad social en la primera mitad del **ochocientos**, que sólo admite parangón con el precedente de Godoy y el de su contemporáneo Muñoz, casado morganáticamente con la reina madre María Cristina. Pero así como estos dos últimos, que comenzaron sus carreras de simples soldados de la Corte, se encumbraron gracias al acceso que tuvieron a las alcobas reales y a su más que presumible destreza amorosa, Espartero no precisó transitar por caminos tan tortuosos para encumbrarse. Sin embargo, la circunstancia de que en el caso de estos tres célebres **«self-made-men»** decimonónicos fuera el Ejército la catapulta de su ascensión al feudo de los privilegiados nos pone en la pista del papel jugado por esta institución no ya en el ámbito de lo que le era específico, sino en el de las relaciones sociales en una España que a duras penas va desprendiéndose del armazón del Antiguo Régimen. Cuando éste haya sido desmantelado, los nuevos **«self-made-men»** procederán, en su mayoría, de la pujante burguesía, como Salamanca, o de las élites intelectuales, como Cánovas, Castelar o Pi y Margall. Y esta presunción se ve fortalecida a poco que espiguemos las biografías de las élites desde la muerte del absolutista Fernando VII, en 1833, hasta **la Gloriosa** del 68. Fácil resulta comprobar que un buen número de sus componentes eran de extracción militar, como son los casos de Fernández de Córdoba (marqués de Mendigorría),

Batalla de Ayacucho, que decidió la emancipación del Perú (9 de diciembre de 1824).

O'Donnell (conde de Lucena, duque de Tetuán), Narváez (duque de Valencia), Serrano (duque de la Torre), Prim (conde de Reus, marqués de Castillejos), los hermanos Concha (marqués del Duero, uno; de la Habana, el otro)..., bastantes de ellos de origen plebeyo y curtidos en la sucia guerra de las colonias.

La muerte de Fernando VII, y con él la de su régimen absolutista, inauguraba una nueva y tumultuosa etapa de nuestra historia, caracterizada por el afloramiento de las contradicciones acumuladas a lo largo de la **década ominosa** y el desmantelamiento del Antiguo Régimen por las fuerzas liberales. La primera consecuencia fue el estallido de la rebelión carlista que acabó por convertirse en una larga y cruenta guerra civil de siete años, lo que, lógicamente, erigió al ejército en el árbitro de la situación. Además, la debilidad de las clases medias y de las burguesías periféricas, sostén del liberalismo, y el fraccionamiento e indecisión de éste, tempranamente dividido en **moderados** y **progresistas**, explica el que todos ellos buscaran amparo en el ejército y utilizaran a éste como fuerza de choque de sus planes, soslayando así a una sociedad que no

María Cristina de las Dos Sicilias, cuarta esposa de Fernando VII. Regente de España, en nombre de su hija Isabel II, de 1833 a 1840. Tras su marcha, la Regencia y tutela de sus hijas pasó al general Espartero.

La Reina Gobernadora, María Cristina de las Dos Sicilias, se ve obligada a restablecer la Constitución de 1812, tras la llamada «rebelión de la Granja» (1836).

tardará en mostrarse refractaria a su rosario de promesas incumplidas cuando ocupen el poder. Ni **progresistas** ni **moderados** supieron penetrar en el tejido social, y sus organizaciones no pasaron de ser núcleos de notables a la búsqueda del medro personal, salvo honrosas excepciones. Unos y otros se vieron forzados a ser apadrinados, a falta de apoyo popular y en medio de los vacíos de poder de la invertebración liberal, por destacados militares, los cuales encarnaron el fenómeno de los «espadones» decimonónicos. Los más relumbrones serían Narváez, por los moderados; Espartero, por los progresistas, y, a mitad de camino entre ambos, O'Donnell, con su «Unión Liberal». En torno a ellos, y más tarde a Prim, se articulaban las «camarillas» de civiles y militares que componían el **partido**, la mayoría de ellos **cesantes** en perpetua conspiración que les restableciera a sus cargos o a otros de más empaque.

El mecanismo del **pronunciamiento** acabó por convertirse en el único medio factible de modificar el **status-quo** de la política nacional, incluso para la oposición leal y legal, puesto que tanto con María Cristina como con su hija Isabel se articuló un excluyente sistema de representación favorecedor del moderantismo y marginador del progresismo. A éstos no les quedaba otra opción que organizar la conspiración en los ambientes castrenses y civiles para en un momento dado, a partir de alguna manifestación de descontento local, conseguir el **pronunciamiento** de un sector militar apoyado por las juntas locales y provinciales que habían desplazado a los poderes oficiales. Cuando la Corona veía peligrar su situación, y para evitar la radicalización del pronunciamiento tornándose en revueltas o la eventualidad de una guerra civil, llamaba a los pronunciados a tomar las riendas del gobierno, y éstos, una vez integrados en el aparato estatal, olvidaban pronto, en la mayoría de los casos, el programa reivindicativo que les había servido de banderín de enganche de la opinión pública.

El pronunciamiento era, además, el camino más seguro para el ascenso en un ejército henchido de oficialidad; y para el soldado raso, mal mantenido durante un largo período que le alejaba de sus ocupaciones y de su familia, el medio más idóneo para lograr un expeditivo

Batalla de Luchana, que decidió la liberación de Bilbao del cerco carlista, y valió al general Espartero el título de conde de Luchana (1836).

licenciamiento. Sin olvidar que debido a su frecuencia llegó a crearse un acuerdo tácito, corporativo, entre las dos tendencias enfrentadas, de modo que, cualesquiera fuera su desenlace, las represiones o represalias, salvo las de los primeros momentos, no eran muy severas o duraderas, recayendo sobre el elemento civil con mayor virulencia el chirrido de los sables (1).

Así pues, el Ejército acabó por convertirse, junto a la Iglesia, en la institución más sólida en medio de la inestabilidad circundante de un régimen que se proclamaba liberal y en el que lo proverbial era la manipulación electoral y la incapacidad de los partidos para construir un edificio homogéneo; éste se resquebrajaba a cada soplo del impostrable carlismo.

(1) Payne prefiere utilizar el término **pretorianismo** *a* **militarismo** *para caracterizar este fenómeno: «se refiere específicamente a la intervención del ejército en la política y en el gobierno civiles (es decir, políticos) más relacionados con problemas nacionales y políticos que con ambiciones militaristas propiamente dichas. Los militares pretorianos forman una clase muy peculiar de pretendida "élite modernizante" que sustituye parcialmente a los grupos políticos, constituyéndose en su árbitro», Stanley G. Payne: «Ejército y Sociedad en la España liberal, 1808-1936». Madrid, 1976, pág. 12.*

Don Juan Bravo Murillo (1803-1873). Ministro de Gracia y Justicia en 1847, posteriormente de Fomento y de Hacienda. Presidente del Consejo de Ministros de enero de 1851 a diciembre de 1852.

Narváez y Espartero se constituirán en los dos polos de atracción, en los dos arquetipos extremos, pero en realidad complementarios, de la España decimonónica: autoritario, rotundo y grandilocuente, el primero; paternal, dubitativo y apático, el segundo; el uno impopular pero eficiente; el otro, popular e ineficiente. El primero, de origen aristocrático, y el segundo, de origen humilde.

— La forja de un espadón –

«—¿De qué le sirve tanto estudiar?—¡De poca cosa!
—¡Para volverse loco y no tener camisa!»
(De «Viva mi dueño», Valle Inclán.)

Hasta aquí hemos reseñado el contexto en el que se desenvolverá la trayectoria que remontará al hijo de un carretero hasta el título de Alteza Real. Pero este tránsito constituye en sí mismo un fenómeno atípico diferente al del resto de los triunfadores, y no sólo porque la promoción de Espartero no procede de las élites y sí del impulso de un pueblo que se reconoce en él, sino porque nunca llegará a asumir sin desgarros personales y éticos el abismo que separaba su humilde origen de las responsabilidades de un caudillo providencialista. A lo largo de su vida le flagelará una especie de mala conciencia, de sentimiento de no haber merecido tanto que le suscitará una actitud pesarosa, deprimente, cuando tenga las riendas del poder, de tal manera que ante los embates de sus enemigos para derribarle sólo opondrá una respuesta apática hasta ser abandonado por todos, su camarilla, las clases medias, el proletariado urbano Y, sin embargo, después de cada una de las caídas de este ídolo de pies de barro será el propio pueblo quien lo levante de nuevo, aún más alto, sin que el rehabilitado tenga que mover un dedo para ello.

No resulta fácil trazar la trayectoria de Espartero debido al exacerbamiento que suscitó en sus contemporáneos. Estos le trataron o de héroe homérico o de rufián de arrabal. Y no es de extrañar si se constata como unos y otros coincidieron en presentarle como un personaje elemental, con un prosaico carácter cuartelero. ¿Cómo era posible con tales atributos tantos éxitos como cosechó? La explicación tuvieron que rastrearla con recursos laudatorios o denigratorios, alejados de la objetividad imprescindible para abordarlo con ecuanimidad. Baste señalar que la polémica entablada se remonta nada menos que a los motivos que

El abrazo de Vergara, entre los generales Espartero y Maroto, que puso fin a la primera guerra carlista, el 31 de agosto de 1839.

le indujeron a cambiar en su infancia su nombre de pila, Joaquín Baldomero Fernández Alvarez Espartero, por el más sencillo de Baldomero Espartero.

Al joven Baldomero, el más pequeño de los ocho hijos del matrimonio Fernández Alvarez, sus padres le orientaron al igual que a sus tres hermanos mayores hacia la carrera religiosa, único camino que existía para un joven humilde de acceder a la enseñanza y a una profesión liberal. Le enviaron al convento de los dominicos de Almagro (que no universidad como pretendieron sus hagiógrafos), en el que llevaba dos años iniciándose en los misterios de la divinidad cuando estalló la guerra de Independencia. Espartero, impulsado por el clímax patriótico de aquellos memorable meses de 1808, abandonó la carrera de las almas por la de las armas, incorporándose a uno de los batallones de jóvenes voluntarios que organizaron las Universidades.

Cuando el maltrecho ejército español se encontraba prácticamente reducido en la fortaleza de la Isla de León, en Cádiz, sus jefes decidieron fundar una Academia Militar para la formación de la nueva oficialidad. En ella entró Espartero, en 1810, aduciendo sus estudios «universitarios», pues el ingreso era selectivo. Tres años después se vio forzado a abandonarla, con el grado de subteniente, al no superar las pruebas académicas. Este revés, que siempre lo consideró injusto (unos biógrafos lo han interpretado como prueba de un escaso talento, otros como producto de la mundanidad del biografiado, más inclinado, según tales testimonios, al juego y el alterne) le marcó profundamente, más aún teniendo en cuenta las humillaciones recibidas de sus compañeros, que le trataban con desdén, por proceder de la clase de tropa. De esa fecha arranca el desprecio expresado después por Espartero hacia los cuerpos de élite, acentuando ante sus miembros una orgullosa exhibición de su pasado humilde (2).

Terminada la guerra, marchitas las flores **doceañistas** por el terror absolutista, Espartero decidió seguir la carrera militar en el único sitio donde podía promocionarse un suboficial de la clase de tropa: en el combate contra la irrefrenable rebelión independentista de las colonias.

En 1815, a los 22 años de edad, embarcaba a las órdenes de Morillo con destino a América del Sur. Durante la travesía y a lo largo de su

(2) Conde de Romanones: «Espartero, el General del Pueblo», Madrid, 1932, pág. 18.

Isabel II (1830-1904). Reina de España de 1833 a 1868. (Cuadro que se conserva en el Palacio de Aranjuez).

estancia en aquellas tierras las considerables sumas de dinero que amasó con una de sus mayores pasiones, el juego de naipes, son el síntoma de que los hados de la fortuna no habrían de resultarle adversos. Tampoco le fue mal en el amor: fruto de sus relaciones con una rica criolla fue un hijo al que Espartero siempre reconoció y mantuvo a su lado.

Otra de las escasas coincidencias de sus biógrafos de uno u otro signo es el reconocimiento del arrojo y valentía demostrada por Espartero en los combates, y la habilidad y el tacto en el trato con sus soldados a los que respetaba y mimaba, lo que se traducía en una mayor eficacia que la demostrada por otros oficiales de superior status más desdeñosos en el trato humano a la tropa.

Combatiendo en Venezuela, Colombia, Perú..., Espartero contempla con la rabia lógica de un hombre de armas el victorioso despliegue de la llamarada independentista. Argentina, Chile, Nueva España..., una tras otra iban desmoronándose las piezas de un vetusto imperio, mientras el absolutismo fernandino cierra los ojos contumaz a lo que sucede más allá de la metrópoli. Esta irresponsable actitud suscitará en Espartero y otros militares jóvenes simpatías liberales que entroncaban con las tendencias del aún subsistente liberalismo del ejército español durante la guerra de Independencia.

En Perú manifestó Espartero otra faceta que le resultará de gran valía en el futuro, típica del auténtico «**self-made-man**»: una filistea combinación de mansedumbre y soberbia con sus superiores, a los que carea muy bien no tardando en llegar los ascensos ni las críticas de sus compañeros, que atribuían éstas al favoritismo para con el ascendido. El virrey de Perú, La Serna, no tardó en encargarle misiones o funciones de mayor envergadura. Ante el hecho consumado de las nuevas naciones independizadas, La Serna decidió negociar con ellas tratados comerciales que posibilitaran al menos la rentabilización de lo que aún era la favorable posición de la expotencia en el continente. Según confesó Espartero, que fue el encargado de llevar la representación española, estas misiones diplomáticas le despertaron la vocación política (3).

Más adelante, a causa de la crítica situación de las tropas españolas, La Serna, de filiación liberal, envió a Espartero a Madrid para exponer tal estado de cosas y reclamar ayuda material y moral. En la Corte fue recibido con frialdad y una vez conseguido el apoyo moral (o lo que era igual, la ratificación de las listas de ascensos) y quedando en el alero el material, Espartero reembarcó en Burdeos con destino al Perú. Y lo hizo, casualmente, el 9 de diciembre de 1824, o sea, el mismo día en que las tropas españolas eran diezmadas por las de Sucre en la batalla de Ayacucho, que ponía punto final a la dominación española en América del Sur.

Espartero, por lo tanto, no había participado directamente en el desastre, pero sobre él recaerá en el futuro el estigma de «Ayacucho»; remoquete este con el que luego sería vituperada por sus enemigos la camarilla esparterista.

Pero de momento, debido a la lentitud de las comunicaciones, Espartero nada sabía a bordo del buque y al llegar a la costa americana pudo experimentar en sus propias carnes cómo quienes salían a recibirle no eran los hombres de La Serna, sino los de Bolívar, que inmediatamente le encarcelaron al encontrar en su saca el decreto real por el que se aprobaban los ascensos. Fue condenado a muerte y pasó varios meses en prisión a la espera de la ejecución, pero los buenos oficios de una conocida de Bolívar, con la que el reo había mantenido relaciones, coronaron con éxito las negociaciones de sus allegados para lograr la liberación de Espartero.

(3) Vid.: «Dichos y opiniones de Espartero en conversación con sus amigos», s. a. ni lugar de edición, pág. 3.

– De guerrero a ídolo –

«La Católica Majestad, siempre magnánima, correspondía al ingrato desamor de su pueblo, aumentándole de Real Orden el número de Héroes Nacionales».

(De «Viva mi dueño», Valle Inclán)

Regresaba a España con 32 años de edad y una buena hoja de servicios. Durante la travesía, la fortuna le volvió a sonreír en el juego de cartas, a modo de presagio de los tiempos venideros (4).

Contra lo que pudiera pensarse, los militares ayacuchos, que regresaban cargando a sus espaldas el peso de la derrota imperial, no fueron relegados a su regreso debido a la desconfianza que manifestaba Fernando VII hacia la oficialidad de la metrópoli, sospechosa de simpatías liberales, y los retornados encontraron huecos que ocupar en el ejército fernandino (5). Espartero fue destinado a la guarnición de Pamplona, y durante su estancia en la capital navarra tuvo la dicha de conocer a la que desde el siguiente año, 1827, habría de ser su esposa: doña Jacinta Guadalupe Martínez de Sicilia, hija de un rico hacendado logroñés. La aportación económica de Jacinta, sus influencias y su continuo acicate serán eslabones decisivos en la carrera de Espartero.

Era obvio que había entrado con buen pie en la península, pues poco después fue nombrado comandante de la plaza de Logroño, ciudad que le prendó y de la que ya nunca podría desvincularse, siendo proverbial en lo sucesivo su amenaza de «retirarse a Logroño a cultivar la huerta» en los momentos críticos, lo que, además de resultar una excelente estratagema para imponer sus puntos de vista en una situación en la que se sabía insustituible, revela una sincera añoranza de una vida apacible, lejos de las obligaciones y ritos que la imagen de hombre público le exigía en Madrid, papel que, como hemos dicho, siempre le atribuló, aunque nunca fuera capaz de disimular su ambición de gloria, no siempre reñida con un espíritu sencillo y espontáneo como era el suyo.

La muerte de Fernando VII, el nombramiento como regente de su mujer María Cristina y el estallido de la primera guerra carlista le sor-

(4) El juego de cartas estaba muy extendido entre los militares. Una curiosa justificación de esto se encuentra en «Espartero. Su pasado, su presente y su porvenir». Por la Redacción de «El Espectador». Madrid, 1848: «El militar que juega con su vida, bien puede jugar su dinero», pág. 13.

(5) Ver «Espartero. Etudes biographiques». París, 1841, pág. 93.

Fusilamiento del general don Diego de León, conde de Belascoain, el 15 de octubre de 1841. (Museo Romantico, de Madrid).

prendieron destinado en Palma de Mallorca (6), al mando del regimiento de Soria. Desde el primer momento Espartero pidió ser trasladado al escenario del conflicto bélico para poner sus armas al servicio de la causa liberal. Es destinado, primero, a Valencia, donde combate con éxito a las partidas insurgentes de Magraner y, después, es ascendido y destinado a la defensa de Bilbao.

Resulta imposible reseñar en breves líneas la prolijidad de acontecimientos que surcaron la trayectoria de Espartero durante la guerra, pasando de ser un oficial medio a jefe del Ejército del Norte y auténtico amo de la situación política y militar española; elevándose desde el anonimato a la leyenda popular que le atribuirá un halo mítico. Sírvanos constatar el hecho y comentar alguno de los aspectos que mayores controversias levantaron entre sus contemporáneos.

Sus detractores le acusaron de crueldad, tanto con sus tropas como con las del enemigo. Y ciertamente no faltaron motivos, como, por ejemplo, los fusilamientos de chapelgorris en Miranda de Ebro o Pamplona. Pero sin pretender justificar estos o cualesquiera otros fusilamientos, no es posible olvidar la crueldad que suele rodear a toda guerra civil y que en ésta no estuvo ni mucho menos ausente, incurriendo las partidas carlistas y el ejército cristino en desmanes revanchistas. Tampoco se puede perder de vista que desde una óptica castrense, y una sociedad violentada por una guerra acaba por asumir tal óptica, el restablecimiento de la disciplina pasa por severas medidas de castigo, y las tropas cristinas adolecían de brotes de descontento que Espartero, seguramente como cualquier otro jefe militar, acalló con singular energía y violencia. Y sus contemporáneos, al calor de la exasperación de las conciencias belicistas, alabaron y jalearon tales procedimientos que se consideraban necesarios para el triunfo de la causa liberal.

Mucho se discutió también sobre su capacidad estratégica y sobre las posibles argucias que empleó para desplazar a otros militares más valiosos o despedazar a los que podían hacerle la sombra, como Narváez o Fernández de Córdoba. Los biógrafos más ecuánimes le reconocen una mediocre capacidad logística, pero destacan, a diferencia de otros colegas, su capacidad para infundir confianza y entusiasmo en la tropa, su valentía para permanecer en las primeras líneas de fuego y un cauto planteamiento de los combates aceptándolos sólo cuando su superioridad en hombres y armamento era manifiesta frente a un enemigo que compensaba esta inferioridad con un arrojo inaudito y la utilización de tácticas guerrilleras.

También supo dosificar con habilidad el método de granjearse una oficialidad afín por medio del típico procedimiento que viciaba de una copiosa fiebre de cargos al ejército decimonónico: las generosas propuestas de ascensos, que indirectamente beneficiaban a quien las proponía (8); además, supo nadar a favor de corriente y, sin explicitar sus tendencias

(6) Antes, en 1831, había estado en la plaza de Barcelona a las órdenes del absolutista conde de España, famoso por la saña que ponía en la persecución de los liberales. Los enemigos de Espartero le acusarán, años después, de colaborar en esta tarea,; en concreto, firmando la sentencia de muerte de dos militares que se habían revelado con Mina. Espartero reconoció esto último, aduciendo que él era un mero subordinado que cumplía órdenes de arriba. Vid.: C.C. M.M., «Espartero. Su origen y elevación, o sea, reseña histórica de los medios que empleó para elevarse y las causas de su caída». Valencia, 1843, pág. 15; y José Segundo Flórez: «Espartero. Historia de su vida política y militar y de los grandes sucesos contemporáneos». Madrid, 1843, pág. 114.

Ramón María Narváez, duque de Valencia (1800-1868). (Cuadro de Vicente López, Museo de Bellas Artes de Valencia).

(7) Y hablando de facetas, no está de más reseñar la de poeta frustrado: Al tener conocimiento del triunfo liberal en 1820, pergeñará una inflamada loa a la constitución de Cádiz. Igual hará al enterarse en 1833 de la muerte de Fernando VII. Quien desee consultar estas dos engoladas muestras de «poesía» de **espadón**, *puede encontrarlas en conde de Romanones, op. cit., págs. 28 y 44.*

Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán (1809-1867). (Foto Alfonso).

políticas, ganarse las simpatías del liberalismo exaltado y la confianza del moderado (7).

Lo cierto es que dos años después de iniciada la guerra, Baldomero Espartero gozaba de una indiscutible popularidad entre las tropas, y que su carrera le había llevado al grado de teniente general. Su jefe era Fernández de Córdoba, de filiación moderada, el cual, después de la sublevación de los sargentos de la Granja en septiembre del 36 que obligaba a María Cristina a proclamar la Constitución de Cádiz y llamar a los progresistas para formar gobierno, presentó su dimisión como jefe del Ejército del Norte. Espartero, que astutamente había expresado sus predilecciones progresistas adelantándose a proclamar la Constitución en Logroño, estaba llamado a sustituirle, aunque no le correspondiera reglamentariamente el cargo, pues era uno de los pocos oficiales de alta graduación en quien podían confiar los nuevos detentadores del poder.

A partir de este momento se abría el tenaz duelo mantenido durante un largo período por Narváez y Espartero; duelo de **espadones,** que de no ser por las perniciosas consecuencias que acarreó al suscitar émulos de uno y otro por doquier, hubiese podido ser calificado de titanes. Los moderados, temerosos de la popularidad y mando alcanzado por Espartero, que podía ser explotada por los progresistas, decidieron promocionar a Narváez y, en uno de los incontables cambios de gabinete de este período, le nombraron capitán general, poniéndole al mando de un ejército de reserva tan bien dotado como el del Norte. La respuesta de su antagonista no tardó en producirse, y lo hizo por medio de un procedimiento hasta entonces inusual que desde entonces Espartero utilizará habitualmente, y que será adoptado por el resto de los **espadones:** las **exposiciones** a la reina, en las que exponía sus puntos de vista más que como una opinión como un deseo, que caso de no satisfacerse podía acarrear peligrosas consecuencias. El primero que inauguraba la larga serie fue el de «Más de las Matas», recusando el nombramiento de Narváez.

Poco tiempo después, Fernández de Córdoba y Narváez se vieron envueltos en un confuso y fallido pronunciamiento en Sevilla, lo que aprovechó Espartero para deshacerse de ellos, que tuvieron que emigrar a Portugal. Espar-

Francisco Serrano y Dominguez, duque de la Torre (1810-1885). Regente de España de junio de 1869 a enero de 1871. Presidente del Poder ejecutivo de la República en 1874.

(8) Según C.C. M.M., op. cit., «el recomendar a su segundo era pedirla para sí; conducta que ha observado constantemente, aparentando la moderación (Espartero) de no solicitar absolutamente nada, por cuyo medio ha logrado cuanto apetecía», pág. 9.

tero tenía expedito el camino; no así la reina María Cristina, que había perdido dos agarraderas de gran valor. Esta no cejaría en intentar atraerse a Espartero por medio de halagos y títulos nobiliarios, y en más de una ocasión llegó a ofrecérsele a éste la imagen de una reina viuda dirigiendo un país en guerra, que necesitaba la protección de un carácter viril, castrense. Y algunos autores han llegado a sugerir que la admiración que el militar sentía por la reina encubría un inconfesado amor —que gracias a su belleza y talante decidido despertó en muchos hombres de su tiempo—. Cuestión esta que también les sirvió para explicar la hostilidad que poco después y hasta el fin de sus existencias mantuvieron ambos, desde que el guerrero descubrió las preferencias de la señora por un apuesto guardia de Corps apellidado Muñoz (9).

(9) Conde de Romanones, op. cit., pág. 113.

Mientras, la guerra tocaba a su fin. El bando carlista, que había estado a punto de tomar Madrid con el pretendiente a la cabeza, experimentaba el cansancio de una larga guerra y el desánimo frente a un ejército bien pertrechado y apoyado con hombres y armas por las potencias europeas. Las divisiones entre clericales y fueristas propiciaron el Convenio de Vergara en 1839, con él el abrazo de Maroto y Espartero que ponía fin a la contienda. La paz significaba para el último de los dos, además del ducado de la Victoria, su aclamación por el pueblo como «el Pacificador» o, en la ruda versificación de sus admiradores, «el Héroe de Cien Batallas».

Al año siguiente, 1840, las energías del país, liberadas del lastre de la guerra, se volcaron en la política. Era preciso acabar con el vaivén gubernamental, resolver la ambigua situación de un liberalismo convulsivo y apuntalar éste.

Sor Patrocinio, Isabel II, don Francisco de Asís y el P. Cirilo de Alameda y Brea, arzobispo de Toledo (Biblioteca Nacional, Madrid).

La opinión pública se escoraba cada vez más hacia el progresismo, mientras que la Corona lo hacía en dirección al moderantismo. La balanza debía inclinarse a favor de alguno de estos dos lados, eliminada la amenaza absolutista, y lo hizo hacia el progresismo. El descontento popular por las calamidades de la guerra, unido a toda otra serie de circunstancias como el rechazo popular de la ley moderada de Ayuntamientos, firmada por María Cristina, a pesar de las promesas hechas en sentido contrario a Espartero durante el viaje real a Cataluña, en el que el militar fue más aclamado que la reina, provocaron el descontento popular, que prendió en la insurrección de Barcelona durante el verano y en la decisiva de septiembre en Madrid (11). El 12 de octubre de 1840, en Valencia, María Cristina, tras un complejo tira y afloja, presentó inopinadamente su dimisión como regente y abandonó el país: se iniciaba el período conocido como la «Regencia de Espartero» (1840-43), que convertía a éste en la cabeza del Estado, en tanto Isabel II no accediera a la mayoría de edad.

– De ídolo a prófugo –

«El trono de Isabel necesitaba un protector macho, y España un Regente bien bragado y de muchísimos riñones».

(De los «Episodios Nacionales», Galdós)

La renuncia de María Cristina dejaba al país en manos del progresismo con una regencia provisional integrada por el gabinete de Espartero, recién formado. Se oteaba en el horizonte la anhelada perspectiva de consolidación del régimen liberal, en lo político, y de articulación económica capitalista, en lo social. Y era el héroe de Luchana, el hijo del carretero manchego, quien aparecía tirando del carro de las reformas. Espartero era, a ojos de las clases medias y asalariadas, el símbolo de los nuevos tiempos que anunciaban la recompensa a la constancia y a la frugalidad, al trabajo y a los méritos personales en una sociedad en la que los títulos nobiliarios no debían ser ni una barrera ni un privilegio para la promoción individual. Como acertó a expresar Galdós, unos tiempos en los que «la libertad y las ideas revolucionarias hacían mangas y capirotes de las antiguas jerarquías, y se estaba formando una sociedad nueva, una flamante aristocracia, cuyo blasón era una onza de oro sobre dos mundos de plata y el lema **in utroque invicta**».

No habría de durar mucho esta idealización. Espartero —y no se olvide que Espartero y su conducta ejemplifican las contradicciones del liberalismo español— al poco será presa de la

Juan Prim y Prats, marqués de Los Castillejos, conde de Reus y vizconde del Bruch. Nombrado duque de Prim a título póstumo (1814-1870). Fue el artífice de la Revolución de 1868 y el estadista más ilustre del siglo XIX español. (Cuadro de E. Valldeperas. Museo Balaguer. Villanueva y Geltrú, Barcelona).

patología del **«self-made-man»**: la vanidad le durmió en los laureles, los halagos y loas de sus adláteres, la camarilla de **«ayacuchos»**, le cegaron, incapacitándole para observar el deterioro de la situación, la frustración de esperanzas que el nepotismo tendido en torno a él estaba provocando. Su conflicto ético manifestado en la falsa modestia de hacer como que le molestaba el culto a su persona y, en realidad, no pudiendo vivir sin él es el reflejo de una ambigüedad que no contentará a nadie: ni a los moderados ni a los progresistas, ni al Ejército ni a la Milicia, ni a las clases dominantes ni a las subalternas; logrando con su impericia gubernamental lo que parecía un imposible: unir a todos ellos en una coalición para derrocarle por medio de un pronunciamiento en la primavera de 1843.

Su ambición, alimentada por doña Jacinta y la camarilla **ayacucha**, le perdió: al discutirse en Cortes si la regencia debía de ser una (propuesta de los **ayacuchos**) o trina (propuesta de los progresistas radicales y del criptorrepublicanismo), el secretario de Espartero anunció que de no ser única, éste se retiraba a Logroño. Obviamente no quedaba al progresismo otra opción que transigir si no quería quedarse huérfano de protector. El 10 de mayo de 1841, el duque de la Victoria era nombrado Regente. Contaba con 48 años de edad, la ma-

Grabado que representa al general Espartero como rey de España con el nombre de Baldomero I. (Llanta. Donon. «Baldomero I». Museo Municipal de Madrid).

yoría consumidos en los campos de batalla. Aún no sabía que los éxitos en el campo de la política precisan de un talante más transigente que el exigido para mandar la tropa. La primera piedra de la división entre quienes le habían aupado en el poder estaba echado (10).

(10) Extracto alguna de las declaraciones de Espartero sobre el poder, sobre la fama y sobre algún otro aspecto ilustrativo del conflicto dentro de su persona entre el hombre público y el privado, sobre sus orígenes y su presente: «El mando puede ser halagüeño para otros, más para mí (hablo con el corazón) no es otra cosa que un tormento continuado que ha destruido mi salud». En «Espartero. Páginas contemporáneas». Madrid,

Su ambigüedad con unos y otros tuvo ocasión de manifestarse en numerosas ocasiones, aplicando severas medidas represivas a todos.
Destacados militares fueron pasados por las armas, como Diego de León y Montes de Oca, junto a varias decenas de oficiales de menos rango. León, héroe de la guerra famoso por sus cargas con la lanza, había pretendido con un golpe de mano secuestrar a la reina-niña y restituir la Regencia a María Cristina, que ahora desde París acusaba a Espartero de usurpador. El intento fracasó y fue condenado a muerte, lo mismo que los pronunciados en Pamplona y Vitoria. Contra todo pronóstico y a pesar del aluvión de peticiones de clemencia procedentes de todos los sectores, incluida la Milicia, que era el baluarte de Espartero, la sentencia fue ejecutada, causando honda conmoción, sobre todo en los ambientes castrenses.
La contrapartida consistió en el aplastamiento de la rebelión de Barcelona por medio de un brutal e indiscriminado bombardeo en diciembre de 1842. La sublevación catalana, donde el elemento obrerista y republicano liderado por Carsy había llevado el peso de la lucha, tuvo la virtud de aunar burgueses y proletarios contra Espartero, sin que éste se considerara sinceramente enemigo de unos y otros, sino todo lo contrario: el elemento obrero, porque después de un breve período, delega de sus asociaciones («La Sociedad Mutua de Obreros de Fábricas de Algodón de Cataluña» y la «Sociedad de Tejedores») eran otra vez prohibidas; el elemento burgués, porque la liberalización de los aranceles les dejaba desahuciados frente a la competencia de los textiles ingleses.
La Iglesia lo consideró poco menos que hereje por permitir la reanudación de las desamortizaciones; y el campesinado no mejoró su precaria situación, pues las condiciones de venta de las tierras no le permitían competir con burgueses y terratenientes en las subastas.

Así las cosas, poco extrañará que ante el pronunciamiento de la coalición moderada-progresista, apoyada por su sector del republicanismo, Espartero se limite a deambular dos meses con su ejército, rehuyendo el encuentro con Narváez, y, luego, embarcarse en Cádiz con destino a su exilio londinense.

– El reposo del ídolo caído –

«—Yo lo he dicho: para poder apedrear a un ídolo hay que ponerlo arriba... Arriba y muy alto, para que no se pierda ni una china, ¡ajo!»

(De los «Episodios Nacionales», Galdós)

La era Espartero dejaba paso a otra más amplia y homogénea, pero no carente de las convulsiones que darán al traste con ella. Era la de Narváez, la «década moderada». En torno al **espadón de Loja** y a la Constitución de 1845 se efectúa un cercenamiento del régimen liberal, del que apenas subsistirán las formas, pues su contenido estará significado por la omnipotencia de un autoritario ejecutivo que manipula la composición de las Cámaras legislativas e instrumentaliza a placer los devaneos de una reina, Isabel II, de apenas catorce años de edad.
Meintras, Espartero vivía un dorado exilio en Londres, donde había sido recibido nada más llegar por la reina Victoria, el duque de Welington, lord Palmerston... como si de un héroe nacional se tratara. El gobierno inglés llegó a ofrecerle una pensión de 40.000 libras, que el exilado no aceptó. No erraban los ingleses al mimar la anglofilia de Espartero, nacida con la guerra de Independencia, pues éste les resultaba un reconfortante contrapeso de la francofilia moderada, admiradora del **doctrinarismo francés**, de Luis Felipe y Napoleón (11), en una época en que el inicio de la industrialización española y la construcción de la imprescindible red de ferrocarriles convertía a la Península en un codiciado mercado para las potencias europeas.
Consolidado el régimen moderado, Narváez consideró que era el momento idóneo para una tímida apertura al progresismo que atrayera a éste dentro del régimen y le alejara de la fiebre conspirativa. Al iniciarse su **gobierno largo**, de 1847-1851, sorprendió a las Cortes con uno de los discursos más liberales pronunciados en ellas. Entre otras cosas, en él otorgaba una amnistía y concedía a Espartero el derecho a retornar a su patria, reconociéndosele todos sus títulos; paralelamente, la reina le nombraba senador. El cerrojazo provocado por las **tormentas del 48** en Europa, que también tuvieron eco en España con frustrados motines republicanos, retrasaron el regreso del amnistiado hasta 1849.
Espartero volvía en medio de evidentes manifestaciones de cariño, a pesar del secreto con que se rodeó al viaje de su comitiva. Como bien supo captar Marx (12), el pueblo había

1846, pág. 30. «Gocen aquellos grandes hombres de una gloria tan costosa a la humanidad, que Baldomero Espartero, nacido de condición privada, elevado en el servicio de la libertad de su patria y de su reina, a la condición privada tornará satisfecho de haber cumplido con todos sus deberes». Ibid., pág. 82.

(11) Vid.: «Espartero. Contestación a los seis artículos que con este título ha publicado el papel francés «La Presse», y han sido traducidos por algunos periódicos de esta Corte». Madrid, 1841, pág. 30.

(12) «Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que en el momento mismo en que el pueblo parece estar a punto de dar un gran paso e inaugurar una nueva era, su-

Amadeo I (1845-1890), rey de España de 1870 a 1873. Unico soberano español de la Casa de Saboya. (Era hijo del primer rey de Italia, Víctor Manuel II).

olvidado el pasado al comprobar que lo que sustituía a Espartero después de su caída era aún más nefasto. Al salir de Inglaterra había sido despedido por la reina e invitado a pasar la última noche en Palacio, como a los grandes dignatarios, y al llegar a España era recibido por Isabel II, que le agradeció los servicios prestados a la Corona. Inmediatamente Espartero se trasladó a su refugio logroñés, donde consumió algunos años sumido en el silencio de un apacible hortelano.

Y mientras su figura en la lejanía se aureloba de misticismo y honestidad, la indisimulable envergadura de los trapicheos en las concesiones ferroviarias que habían beneficiado a María Cristina, los Muñoz y Salamanca salpicaban hasta el trono de Isabel, acelerando la degradación del moderantismo. En el transfondo de la crisis se ubicaba la política cada vez más miope y ultramontana de la Corona, cuya detentadora era un juguete en manos de una inefable monja, la madre sor Patrocinio, y un cura, el padre Fulgencio, enemigos de toda modernidad, hasta el extremo de que los propios moderados habían sido desplazados por la camarilla cortesana para la cual, durante esos años, los problemas del país parecía que se habían reducido a las intrigas de los posibles consortes de la reina y los **flirts** amorosos de ésta con los **favoritos** de turno. Quien en realidad controlaba la Corona era la embaucadora monja de las llagas, explotando la mala conciencia del conflicto de Isabel entre su personalidad vitalista y sensual y la rigidez moral exigida a una reina. Sor Patrocinio, un auténtico Rasputín femenino, imponía a cambio de la absolución la firma por la reina de las medidas que interesaba al sector más retrógrado del moderantismo. Cuando la reina, casada sin ilusión con su equívoco primo Francisco de Asís, manifestaba alguna reticencia, un par de teatrales apariciones **milagrosas** de la monja y la exhibición de unas supuestas llagas en las manos bastaban para convencerla; si la atormentada reina aún resistía, cosa poco común, una insinuación de sus incontenibles amoríos al Papa era el chantaje oportuno para la firma del decreto que interesaba a la monja. No nos cabe la menor duda que una elucidación más profunda del papel jugado por este novelesco personaje pone a prueba los análisis más rigurosos del Estado moderno.

Desde que el tecnócrata Bravo Murillo había subido al poder con el proyecto de retocar aún más el baqueteado régimen liberal en nombre de una sacrosanta eficacia administrativa, la situación se había hecho insostenible. El último de los cambios de gabinete introducidos para parchear la crisis fue tan impopular como grotesco: el de Sartorius, conde de San Luis, **favorito** ocasional de la reina, gracias a lo cual de la noche a la mañana había pasado de ser un avispado periodista a ser jefe de gobierno, con título nobiliario.

La conspiración de los moderados, desplazados del poder, con la colaboración de los progresistas se materializó en el pronunciamiento de los generales O'Donnell y Dulce en junio de 1856 («La Vicalvarada»), proyectado exclusivamente en términos militares de tal forma que el elemento civil no tuviera participación. Sin embargo, esto y la consiguiente radicalización fue inevitable ante lo incierto del desenlace de este largo pronunciamiento que había sido acogido con frialdad por una sociedad escéptica con los cambios reales que podría acarrear otro **cuartelazo.** El joven Cánovas aconsejó a los militares sublevados un cambio táctico, y éstos suscribieron el «Manifiesto del Manzanares», en el que se prometían reformas progresistas. El Manifiesto actuó de detonador, y las calles de Madrid, primero, y

cumbe a ilusiones del pasado y pone todo el poder e influencia tan costosamente conquistados en manos de hombres que representaron o se supone representan el movimiento popular de una época ya terminada. Espartero es uno de esos hombres tradicionales que el pueblo acostumbra a cargarse en las espaldas en los momentos de crisis sociales y que, como el perverso viejo que hundía obstinadamente sus piernas en torno al cuello de Simbad el Marino, son luego muy difíciles de descabalgar». Marx: «Revolución en España», Barcelona, 1969, pág. 35.

las de otras capitales de provincia, después, conocieron la lucha callejera que inclinaba la balanza a favor de los pronunciados. En la primera línea de las barricadas se encontraban los hombres del pujante Partido Demócrata, cuyo protagonismo en lo sucesivo rompería el bipartidismo existente.

La Corona, al comprobar el giro radical de los acontecimientos, con las calles en manos de los civiles coreando consignas republicanas y poniendo sitio al palacio de María Cristina y, en ocasiones, al propio de Isabel, cambió astutamente su actitud llamando a gobernar al único hombre que podía encauzar el desbordamiento radical de las masas: Espartero, quien, sin mover un dedo, desde Logroño se había erigido de nuevo en el ídolo de las muchedumbres, ansiosas de justicia y reformas. Así lo entendió la Corona, a sabiendas de las debilidades de caudillo popular, de cómo colmar su vanidad y desvanecer su contundencia inicial, manifestando al entrar en Madrid, en olor de multitudes, que no se repetirían los errores de la Regencia de 1840 y el programa del Manzanares sería cumplido íntegramente. Lo prioritario era salvar al Trono de la marea democrática, y sólo Espartero podía lograrlo. Unos y otros olvidaban interesadamente el pasado.

– De prófugo a ídolo –

«—¡Pueblo imbécil, no culpes a Espartero que no pudo hacer más por agradarte! ¡Culpa fue tuya! ¡Culpa de pararte y no andar el camino entero!»

(De «Viva mi dueño», Valle Inclán)

Don Baldomero Espartero, a sus 61 años de edad, la de la retirada para la mayoría, volvía a resurgir, cual Ave Fénix, de sus cenizas, erigiéndose en ídolo de las multitudes y dueño de la situación, convirtiéndose en la cabeza visible del decisivo período de 1854-56, conocido como el **bienio progresista o constitucional,** que, aunque efímero, fue uno de los más trascendentales de la historia decimonónica. A lo largo de él asistimos al protagonismo del movimiento obrero (Espartero y el asociacionismo obrero de la primera mitad del siglo están íntimamente vinculados) y al republicanismo de masas. Pero también a la inconsecuencia de una burguesía que habiendo partido de ella la iniciativa revolucionaria se alarma ante el auge de las luchas obreras y los motines campesinos y se vuelve atrás, acudiendo presurosas a refugiarse en el regazo de la monarquía isabelina y de los grandes propietarios, rentistas o terratenientes, soldándose así el bloque financiero-terrateniente, el mayor lastre de la historia social posterior.

Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Ministro de la Gobernación en 1864 y de Ultramar en 1865. Inspirador de la Restauración borbónica en la persona de Alfonso XII desde 1869 a 1874, conseguida ésta fue Presidente del Consejo de Ministros numerosas veces y jefe indiscutido del Partido Conservador hasta su asesinato, en el balneario de Santa Agueda (Guipúzcoa), el 8 de agosto de 1897.

Nadie mejor que Espartero simbolizará este movimiento pendular.

Al bienio se le deben, además, las leyes de bancos y sociedades de crédito, la de ferrocarriles y la desamortización civil promulgadas por unas Cortes que si en lo político consumieron sus energías en brillantes piezas oratorias, dentro de una libertad parlamentaria hasta entonces desconocida, en los temas económico-sociales demostraron un interés y creatividad inédita hasta entonces.

Por lo que a Espartero hace referencia, ya no era el militar inmaduro, de arrebatos viscerales, que las circunstancias pusieron años atrás a la cabeza de un Estado. Los años, el exilio, le habían ayudado a digerir las aptitudes del hombre público; su trato con las élites y los buenos oficios de doña Jacinta le habían limado los rasgos más abruptos de su espontaneidad. Esta vez se mostraba más cauto a la hora de adoptar decisiones (o más bien, de ratificar las acordadas por sus ministros), más dispuesto a pulsar el latido de lo que se movía allende los pasillos oficiales. Pero a pesar de todo, su actuación a lo largo del bienio será, a grandes rasgos, como una parodia de la Regencia, y quizá por eso rodeada de unas circunstancias menos dramáticas; no radicando su fracaso en un desafortunado intervencionismo, sino en un desganado retraimiento en

nombre de su celebérrima máxima: «Cúmplase la voluntad nacional». En realidad, Espartero, refugiándose en esta máxima soñada con hacer las veces de un monarca constitucional que reina pero no gobierna, que está por encima de los intereses de partido. Sólo que su ingenuidad le hacía olvidar que por encima de él existía una reina formalmente constitucional, pero con un marcado cariz intervencionista, circunstancia que será aprovechada por uno de los militares decimonónicos de mayor talento político, O'Donnell, que desde el gobierno, desplegará una eficaz labor de zapa para reconducir la situación desde el radicalismo inicial a otra más satisfactoria para la Corona y las clases dominantes. O'Donnell y su incipiente «Unión Liberal» echaban las bases de lo que luego habría de ser su protagonismo como tercera fuerza política entre los moderados y progresistas. El bienio, al incorporar al abanico político a unionistas y demócratas, rompía con el exclusivismo de moderados y progresistas. Espartero cerrará los ojos ante las maniobras de O'Donnell, que, habiendo pasado a un segundo plano Narváez, se eregía en la bestia negra que frustraba la culminación del proceso democratizador abierto con la lucha popular de los madrileños

Alfonso XII (1857-1885), rey de España de 1875 a 1885. Era hijo de Isabel II y don Francisco de Asís.

en 1854. Desde las páginas de la prensa demócrata («La Soberanía Nacional», «La Creencia», «La Asociación»...) puede seguirse la creciente crispación de los análisis que anunciaban el desenlace moderado de los acontecimientos. Uno de sus hitos será, de nuevo, la prohibición de las asociaciones obreras, de fuerte implantación en Cataluña. Estas, como medida de presión para ser reconocidas, convocaron una huelga el 2 de julio de 1855, que durante diez días fue seguida por la mayoría de los obreros catalanes, convirtiéndose en la primera huelga general del movimiento obrero en el Estado español.

Los obreros, que hacían frente a las tropas, coreaban desde las barricadas vivas a la Asociación, mezclados con vivas a Espartero, convencidos de que el caudillo quería lo mejor para ellos, pero se lo impedían los políticos y la Corona, agentes maléficos que le desorientaban. Pero no tardardarían en desprenderse de esta creencia genetalizada, y de minarle su popularidad se encargaron la carestía provocada por la inflación y las desamortizaciones de los bienes municipales, que ayudaban a paliar la escasez de recursos del campesinado. La confluencia de estos dos factores azuzó el estallido de virulentos motines campesinos en Castilla, que instrumentalizados por lo moderados y el nunca extirpado integrismo colocaron en situación crítica al gobierno Espartero.

La situación era, además, insostenible con la artificiosa coalición gubernamental de O'Donnell y progresistas, paralizada con sus enfrentamientos internos para abordar el deterioro del clima reivindicativo. Las negociaciones de las dos tendencias para buscar una salida al punto muerto fueron aprovechadas por el líder unionista para doblegar a los progresistas, desconcertados con el mutismo y apatía de su jefe Espartero. Este, como era característico en él cuando se presentaban dilemas, de improviso hizo mutis por el foro y presentó su dimisión a la reina, que la aceptó con indisimulado gozo. Mucho se especuló con esta decisión de Espartero, pues si él hubiera querido O'Donnell no hubiera aguantado en el Ministerio con la sola amenaza de convocar a las masas en la calle, para lo que tenía capacidad. Algunos lo interpretaron como una sutil maniobra para provocar el enfrentamiento Corona-Pueblo y, una vez decidida la contienda a favor de éste, erigirse él como el nuevo jefe de Estado (13). En realidad, Espartero respetaba al máximo a la institución monár-

(13) Vid.: Fernando Garrido: «La España Contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX». Barcelona, 1865, pág. 457.

quica y a su detentadora, y así como en otras ocasiones la había defendido con las armas, ahora juzgó lo más adecuado para defenderla, abandonar, evitando con ello un enfrentamiento con O'Donnell que hubiese puesto al país al borde de la guerra civil, posibilidad esta que se puso de manifiesto cuando el pueblo, sin que Espartero se lo pidiera, se lanzó a la calle a enfrentarse con las tropas de O'Donnell al enterarse de lo sucedido. Y mientras la Milicia nacional, los demócratas y contingentes de progresistas hacían frente tras las barricadas a los fusiles, esperando una declaración o un gesto de Espartero, éste deambulaba desorientado de un sitio para otro sin clarificar nada, seguramente rumiando la posibilidad de trasladarse cuanto antes a Logroño con doña Jacinta. Por segunda vez había lamido las mieles de la gloria y pronto se había saciado.

El 15 de julio de 1856 el Ejército disolvía a cañonazo limpio las Cortes del bienio progresista, que fruto de su labor habían ultimado una de las Constituciones más prometedoras del siglo XIX, la «nonnata». Ese día «Espartero abandonó a las Cortes, las Cortes a los jefes, los jefes a la clase media y ésta al pueblo» (14). Narváez ya se disponía a tomar el relevo, como si nuestra historia decimonónica fuera un cíclico devenir. Y es que durante el bienio, al igual que en el pasado, «los partidos ni aún entonces fueron ratificados ni se les permitió que se constituyeran en sólidas corporaciones nacionales» (15). En tanto esto no sucediera, la presencia de los espadones era inevitable.

EPILOGO

Nunca más oportuno el «...y fueron felices y comieron perdices» de los cuentos de nuestra infancia. De 1856 a 1879, fecha del fallecimiento de Espartero, transcurre un dilatado período durante el que don Baldomero y doña Jacinta vivieron plácidamente en su bucólico refugio a orillas del Iregua, cultivando la huerta, donde al decir de alguno de sus biógrafos introdujo revolucionarios métodos de cultivo. Lejos del tráfago conspirativo de Madrid, manteniendo un altivo silencio, don Baldomero acabó por granjearse el respeto y el cariño de todos.

Dos veces caído, las dos levantado; y la última con más fuerza que la primera. Las Cortes del 68 le propondrán nada menos que ocupar el trono vacante desde el destronamiento de Isabel II. El anciano militar, a quien la propuesta le llenó, claro está, de gozo, rechazó este tributo que se le hacía, que no habría de ser el último. Amadeo de Saboya, antes de dirigirse a Madrid a ocupar el trono, pasará por Logroño a pedir consejo al venerable anciano y, de paso, le concederá el título de Príncipe de Vergara con tratamiento de Alteza Real. La Primera República le reconocerá todos sus títulos. Y Alfonso XII, al restaurarse la monarquía borbónica le rendirá pleitesía; a él, al hijo de un humilde carretero manchego.

Paradójica figura la de este personaje, en el que, a medida que vamos ahondando en su vida, a través de los rasgos antipáticos de un **espadón** van aflorando los más humanos de un ser patético, atormentado y abrumado por el conflicto de todo **self-mademan:** el antagonismo de normas, la acomodación a nuevos valores y roles, que el Duque de la Victoria sólo supo armonizar en su huerta logroñesa. Esta le conectaba con sus orígenes, y la admiración con la que era tratado le recordaba su pasado de «Héroe de Cien Batallas». ■ **J. M. F. U.**

Baldomero Fernández Espartero, conde de Luchana, duque de la Victoria y de Morella, príncipe de Vergara (1793-1879). Regente de España desde 1840 a 1843. Rechazó la Corona de España que le ofreció Prim, en caso de que las Cortes le concedieran sus votos, en 1869. Murió en Logroño a los ochenta y seis años.

(14) Marx, op. cit., pág. 136.
(15) V. G. Kiernam: «La Revolución de 1854 en España». Edit. Aguilar, 1970, pág. 9.

Bartolomé Carranza

—el arzobispo hereje—

Carlos E. Haller

NO sólo motivaciones personales inmediatas deben verse en la ruptura de la unidad eclesial y en el nuevo concepto de la religión, iniciados por **Martin Luther (Lutero)** *el 31 de octubre de 1517, al publicar este fraile agustino sus 95 tesis contra la venta de indulgencias y sobre artículos de culto y dogma cristianos. Ya antes, situaciones como el cisma del papado en los siglos XIV y XV, los intereses mundanos de los sucesores de San Pedro, la incuria teológica y apostólica de gran parte del clero, las controversias doctrinales de la escolástica tardía, los intentos místicos de retorno a las fuentes religiosas y la crítica filosófico-teológica del occamismo, son antecedentes que socavaron la monolítica unidad y autoridad de la Iglesia. Añádase a ello el afianzamiento del poderío de los señores feudales en los territorios alemanes, la avidez de los mismos por posesionarse de bienes eclesiásticos, los conflictos sociales que se tornarían ostensibles con las rebeliones de campesinos, la pugna entre los príncipes territoriales y el Emperador, y quedarán enumerados algunos de los factores que permiten construir hipótesis para explicar la aparición del movimiento protestante, la rapidez de su expansión y el número de países y poblaciones que llegó a afectar.*
Como consecuencia inmediata de esa virulencia expansiva, vióse que en la Europa católica y especialmente en España —potencia imperial y campeona del catolicismo— renacía con máximo brío la persecución de personas y escritos sospechosos de herejía.

1. Luteranismo, herejías e Inquisición

Todo grupo humano tiene sus desertores y heresiarcas. Cuando ese grupo cuenta, entre sus factores cohesionantes, con una doctrina, creencia o sistema de ideas, es inevitable que tarde o temprano alguno de sus miembros cometa alguna infidelidad hacia el dogma. La incansable búsqueda espiritual del hombre, el dinamismo del pensamiento desasosegado y curioso, las determinaciones sociales y políticas, los ramalazos temperamentales, son elementos configurativos de la ruptura ideológica.
También los cristianos, ya desde Judas, contaron con traidores en sus filas. No siempre un hereje es equiparable a un traidor; pero si cierta interpretación del Iscariote presenta a éste como el discípulo que más amó a Cristo, con amor total, envidioso y egoísta, así también muchos disidentes se consideran los auténticos sostenedores de la doctrina original contra las

Bart. Carranza. Archiep. Tolet.

El estandarte de la Inquisición con los símbolos de la piedad y la justicia.

ulteriores deformaciones. El cristianismo de los primeros tiempos, el de las catacumbas, no ha de haber dejado sin castigo físico a entregadores y delatores, por grandes que hayan sido las ansias de martirio de algunos de sus adherentes. A quienes, sin llegar a esos extremos de traición, renegaban o discutían algún dogma o punto de fe, intentábase reconvertirlos con pláticas y enseñanzas. Si esto no daba resultado y la disidencia era grave, se los excluía de la comunidad: así nació la excomunión.

Cuando el cristianismo se convirtió en la religión de los emperadores, éstos ejercieron sobre disidentes y adversarios espirituales (muchas veces identificados como «enemigos del Imperio») las mismas atribuciones tutelares de la ortodoxia que habían heredado de los **pontifes maximi** paganos. Las penas eran variadas, ya que en esto de castigar no estuvo jamás perezosa la imaginación humana: destierro, confiscación de bienes, prohibición de testar, flagelamiento, prisión, muerte.

En esta persecución de heterodoxias colaboró con el brazo secular la jerarquía eclesiástica, enviando inquisidores, censores y jueces en auxilio de la potestad regia, aunque autorizadas voces (San Martín, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo) se levantaran esporádicamente para condenar la imposición de penas corporales en casos de herejía. Importantes fenómenos sociopolíticos, vinculados a cuestiones de fe (catarismo, cruzadas, hechicería, brujería, adivinación) terminaron por acallar aún esas pocas objeciones, ya que la Iglesia se creyó obligada a jugarse a fondo contra esas amenazas al orden que ella representaba.

La primera disposición oficial sobre **quema** de herejes en el occidente cristiano data del año 1197 y fue dictada por el rey **Pedro II de Aragón**, quien no vaciló en calificarlos de «enemigos públicos del reyno». En el siglo XIII se generalizaron normas similares en todo el Sacro Imperio Romano Germánico, principalmente por obra del emperador Federico II y del Papa. Este último, a fin de no dejar la persecución de los herejes en manos de agentes imperiales, organizó el **proceso inquisitorial eclesiástico** y nombró los primeros **inquisidores pontificios**, la mayoría de ellos dominicanos y franciscanos.

El procedimiento no sólo establecía la obligatoriedad de la denuncia, el aislamiento de los testigos, la exclusión de defensores y el secreto sumarial absoluto, sino la tortura para arrancar confesiones al procesado. Las penas consistían en confinamiento, flagelación, cárcel y muerte por la hoguera. La sentencia se pronunciaba en un solemne **sermo generalis** o «auto de fe».

Una de las regiones donde mayor desarrollo alcanzó la Inquisición fue España, puesta aquí tempranamente en ejercicio con el pretexto de la lucha contra judíos y moros. A la cabeza de la Inquisi-

ción española se encontraba, desde 1483, un Inquisidor General nombrado por el rey y confirmado en su cargo por el Papa. Las decisiones del Tribunal eran teóricamente apelables ante el Sumo Pontífice, aunque en la práctica no se concedían jamás o se comisionaba para entender de ellas a un arzobispo (casi siempre el de Sevilla). Del Gran Inquisidor dependía un Consejo General, integrado por cinco «inquisidores apostólicos», dos secretarios, dos relatores, un abogado fiscal y varios consultores y calificadores. Debajo de este Consejo se encontraban los diferentes tribunales provinciales, compuestos por tres inquisidores designados por el Inquisidor General, algunos consultores y empleados.

Según **E. Schäfer** («Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition des 16. Jahrhunderts», 1902), solamente por acusaciones de **luteranismo** fueron procesadas en España 2.100 personas, de las cuales 220 fueron quemadas en la hoguera y unas 120 **in effigie**, aunque —magro consuelo— de los primeros no todos continuaron con vida al llegar a las llamas. De una fecha tan avanzada como 1781 es la última condena a la pena capital. Suprimida en 1808 por José Bonaparte, la Inquisición española fue restablecida en 1814 por Fernando VII, y desapareció en 1834.

Ese clima de persecución inquisitorial mantuvo en retraso la investigación teológica dentro del catolicismo, y rozó o marcó con su sospecha a fecundos pensadores en cosas de religión, como fray Luis de Granada, tanto como a buenos cristianos inquietos por indagar los fundamentos racionales de su fe y por preservar la imagen externa de la Iglesia a la que pertenecían.

Un protagonista asaz calificado de esa atomósfera asfixiante fue fray **Bartolomé de Miranda**, apellidado **Carranza**, predicador y teólogo influyente, perseguidor de herejes, titular de una de las más altas dignidades eclesiásticas, súbitamente encarcelado y juzgado por sospechas de luteranismo.

2. Fray Bartolomé de Miranda: escolar, maestro, teólogo imperial

Carranza era navarro; nació en Miranda de Arga en el año 1503. Hijo de modestos hidalgos y (era importante entonces dejarlo bien en claro) «sin

Pablo IV (Giampetro Caraffa), 1476-1559. Legado en Inglaterra en 1513. Nuncio en España en 1515. Fundador de la Orden de Clérigos Regulares Teatinos en 1516. Estableció la congregación del Indice en 1557. Respaldó la institución de la Inquisición y persiguió a los judíos. Pontífice de 1555 a 1559.

tener raza ni mácula de judíos, moros ni herejes...».
Llevado por un tío suyo, profesor en la Universidad, se educó en Alcalá, centro de inquietudes intelectuales de la época. Tal vez a disgusto del mismo tío, tomó el hábito dominico en el convento de Benalac (Guadalajara). A los 20 años pasó al más prestigioso centro de formación teológica de la Orden dominicana: el Colegio de San Gregorio, de Valladolid. Pronto se le confiaron tareas docentes: en 1530 fue regente de un curso de Artes y en 1533 regente de Teología. Al morir su gran maestro de esta última especialidad, fray Diego de Astudillo, fue nombrado regente mayor y asimismo **consultor** de la Inquisición. El consultor era aquella persona que, por encargo del Papa o del Tribunal del Santo Oficio, daba su parecer en las cuestiones de fe y costumbres o de disciplina eclesiástica, censuraba libros y toda clase de escritos, y aprobaba o descalificaba ciertas proposiciones. En el Colegio de su Orden explicaba a Santo Tomás de Aquino y comentaba la Sagrada Escritura. Leyó a Erasmo y es posible que su íntimo sentir haya quedado influido por aquél. En 1539 recibió en Roma su título de maestro, culminación de una carrera docente, acto que tuvo lugar en el monasterio de Santa María Sopra Minerva, donde ahora reposan sus restos.
Vuelto a España, continuó sus lecturas tomistas y bíblicas en el Colegio donde había estudiado y enseñado. Su celda estaba abierta para discípulos y alumnos, quienes acudían allí a consultarle y a extraer apuntes de sus libros y papeles. Fray Luis de la Cruz, más tarde también enjuiciado por la Inquisición, declararía en su proceso que él, por oírle, no tomaba apuntes de las lecciones, «...sino que después los sacaba de los cuadernos del dicho maestro Miranda»; y entre otros copió un **Aviso para entender la Sagrada Escritura**, atribuido nada menos que al notorio luterano Juan de Valdés, testimonio que luego sería utilizado junto a otros muchos contra Carranza.
Lejos de limitarse al claustro y a las aulas, fray Bartolomé recibía confesiones, predicaba y daba consejos, llegando a ser hombre de confianza de principalísima gente. Pero también alternó con el pueblo llano y durante el hambre castellana de 1540, acompañada de pestes y epidemias, organizó planes de asistencia para

Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566). Fue el primer sacerdote que recibió las órdenes sagradas en las Indias. Protector de los indios. Autor de «De unico vocationis modo» y de su celebérrima «Brevísima relación de la distribución de las Indias», donde daba cuenta de los abusos cometidos por los españoles en el Nuevo Mundo. Su obra inspiró las Leyes Nuevas de 1542, en defensa del indígena frente a las exacciones de los colonizadores. Obispo de la diócesis mexicana de Chiapas (1545), renunció a ella en 1547. Comenzó en 1552 su «Historia General de las Indias», de la que sólo podría acabar el período comprendido entre 1492 y 1510. Fue hasta su muerte defensor insobornable de «la legitimidad de soberanía de los señores indios», lo cual le valió la constante persecución de las autoridades españolas de la época e innumerables polémicas. Su obra influyó en la difusión de la llamada «leyenda negra» antiespañola, a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Portada de la edición príncipe de la «Brevísima relación de la distruyción de las Indias» (1552), de Fray Bartolomé de las Casas.

los pobres y albergó enfermos en su convento, procurándoles medicinas, efectuando colectas para ellos, atendiéndoles personalmente en sus necesidades y dolores. Agotado por el esfuerzo, cayó enfermo. Su disposición de ayuda y socorro no decayó jamás, ni siquiera cuando fue elevado a la dignidad arzobispal. Decía que «Dios ponía en nuestras manos a los pobres de nuestro tiempo, no a los del futuro». Unía el saber con la práctica; era luchador, pero no fanático, valoraba la interioridad religiosa y la simplificación de las exterioridades. Consultor de tribunales del Santo Oficio, como el de Valladolid, su saber teológico se fue expandiendo a través de dictámenes, censuras y predicaciones, algunas de las cuales fueron escuchadas por el mismo príncipe Felipe.

A los cuarenta años era ya un hombre célebre y alabado en todas las esferas y niveles. Se le ofreció el obispado de Cuzco, en el Perú, la más rica diócesis del Nuevo Mundo, aunque también la más peligrosa por las discordias que enfrentaban a los sucesores de Pizarro y Almagro, además de los ocasionales levantamientos de los indios salvajemente sojuzgados. Carranza conocía esa situación y no quiso aceptar la mitra episcopal, aunque se declaró dispuesto a pasar a América como misionero. Tras el rechazo de una primera propuesta, el Consejo de Indias envió ante Carranza, para convencerlo de que aceptase, nada menos que al ilustre y controvertido fray **Bartolomé de Las Casas**, exaltado defensor de los indígenas americanos. Ambos dominicos simpatizaron mutuamente y años después hablarían muy bien el uno del otro; pero la habilidad persuasiva del emisario no pudo doblegar la negativa del de Miranda, quien tenía sus buenas razones para eludir aquel compromiso, siquiera sólo fuese «...por no dar una bofetada a la virtud».

Un tiempo después, por orden de Carlos V, Carranza era enviado al Concilio de Trento (Italia) como teólogo imperial. Participó activamente en la asamblea conciliar, la primera después del gran cisma protestante. Allí se codeó con lo más selecto de la jerarquía eclesiástica romana, francesa, española y pudo leer por primera vez los textos de **Lutero** y de otros autores reformados, como preparación intelectual para rebatirlos y condenar sus «errores».

El magno encuentro eclesiástico fue marco para muchas iniciativas y para polémicos debates. Carranza recorrió en una **Summa Conciliorum** los antecedentes más notables de la tradición conciliar cristia-

na, para que sirvieran de texto y libro de consulta a quienes de verdad de propusiesen reformar desde dentro a una Iglesia que se había visto sometida a tan devastadores y justificados ataques. También publicó cuatro **Controversias** sobre la autoridad de la Escritura, de la Patrística, de los Concilios y del Papa, y una quinta, titulada **De necessaria residentia episcoporum**, en la que enfatizaba la necesidad de que los obispos residieran en sus diócesis como requisito previo para una ordenada administración de los asuntos materiales y espirituales de la Iglesia. El absentismo episcopal era un mal muy extendido por entonces, ya que los dignatarios preferían residir en sus señoríos privados o bien integraban cuerpos consultivos, de tipo teológico, jurídico o político, en las cortes de los príncipes o soberanos. Este escrito suscitó encendidas controversias en el propio Concilio y continuó produciendo escozor entre los aludidos por su crítica, algunos de los cuales hubieron de guardar por ello vitalicia inquina contra el autor.

Finalizada la primera etapa del complicado mecanismo conciliar, Carranza regresó a España en 1548 y fue nombrado prior de Palencia. Allí continuó predicando, aleccionando a fieles y clérigos, pidiendo dinero para dar de comer a los pobres. Después se le designó provincial de Castilla (1550), cargo que le obligó a visitar conventos de la citada provincia eclesiástica, predicar a las comunidades de frailes y monjas, sancionar a quienes se desviaban del cumplimiento de las reglas. Ese mismo año ofreciósele la sede episcopal de Canarias, dignidad que Carranza volvió a declinar, pues deseaba vivir en el seno de la Orden en la que había profesado.

Carlos I de España (V emperador de Alemania) nació en Gante en 1500. Rey de España en 1517. Proclamado Emperador de Alemania en 1519. Renunció al trono de España en 1555 y a la corona imperial en 1556. Falleció en el Monasterio de Yuste en 1558. Era hijo del primer Austria español, Felipe I el Hermoso y de Doña Juana I de Castilla. (Carlos V, en la batalla de Mühlberg, cuadro de Tiziano, Museo del Prado, Madrid).

En 1551 se reanudaron las deliberaciones del Concilio tridentino y debió nuevamente concurrir a ellas por mandato del Emperador. Intervino en los debates sobre la Sagrada Eucaristía, clausurándolos con un largo discurso que más tarde le sería censurado por sospecharse que allí había puesto en duda la necesidad de la misa. Debió también ocuparse en Trento de la ingrata misión de censurar libros, tarea que para un clérigo de entonces se había convertido en una verdadera rutina del oficio, a punto tal que no todos la cumplían a conciencia. No sabemos si Carranza efectuaba «buena censura»; pero sí está claro, por constancias de su proceso, que a él se la hicieron pésima, abusando del procedimiento de extraer frases aisladas de su contexto para calificarlas una a una, con lo que vino a ser autor de miles de proposiciones supuestamente heréticas, inconcebibles en un lúcido y prudente teólogo que no tenía interés en romper con su Iglesia.

Vuelto a Valladolid en 1553, fue llamado para predicar en

la capilla de la corte castellana, que se hallaba establecida en dicha ciudad. Carlos V le designó ejecutor de limosnas que había decidido entregar a hospitales o instituir para dotes de muchachas menesterosas. Mientras tanto, el príncipe Felipe preparaba su viaje a Inglaterra, con el fin de desposar a la reina María Tudor. Entre los muchos notables de su cuantiosa comitiva, Felipe llevó también a Bartolomé Carranza, quien recibió asimismo amplios poderes del General de su Orden para reorganizar a la rama inglesa de la misma, que había quedado harto maltrecha después de la ruptura religiosa provocada por Enrique VIII.

3. Su actuación en la anticatólica Inglaterra

En julio de 1554 zarpa una armada de cien navíos desde La Coruña rumbo a Albión. La boda real se celebró el 25 de ese mes. Dos días después, Carranza celebraba su primera misa en la catedral de Londres. La presencia de los españoles no era grata para el pueblo, quien debía mantenerlos, soportar su altanería y sufrir su insoportable «papismo». Pero Carranza permaneció tres años en el país, poniéndose en contacto con el obispo Bonner y el legado pontificio, cardenal Pole. En el laborioso empeño puesto por la reina y los católicos ingleses para restituir el reino a la obediencia de Roma, tuvo principalísima actuación fray Bartolomé Carranza, pese a las resistencias de toda índole (no sólo religiosas, sino también económicas) que hubo que vencer en la empresa. Fue consultor de íntima confianza del príncipe consorte don Felipe, amigo personal de Pole, predicador oficial de la corte.

Pero también hubo de compartir la responsabilidad de las persecuciones lanzadas contra los grupos protestantes, muchos de los cuales identificaban la resistencia al catolicismo con una lucha de liberación nacional y con la cruzada política contra la monarquía. En tal situación, Carranza se mostró intolerante al máximo y plenamente identificado con la reacción católica lanzada sobre las islas Británicas. Hay que cargárselo a su cuenta a la hora del balance, y aunque ninguna injusticia justifique la comisión de otra, puede en parte declararse compensado su inicuo procesamiento con la intransigencia de su actitud en Londres. Sea como fuere, ambas situaciones (la de su celo persecutorio en Inglaterra y la de su enjuiciamiento inquisitorial) hablan un mismo lenguaje: el de un sistema político - religioso de dominación que fue y sigue siendo vergüenza de nuestra civilización, como lo son los regímenes que oprimen a los pueblos con la doble mordaza estatal e ideológica.

No sólo era afán restaurativo y persecutor el que movió a fray Bartolomé en esas circunstancias. También elaboró proyectos reformistas para la Iglesia inglesa, haciendo hincapié en la obligatoriedad de residencia de curas y obispos en sus parroquias y diócesis, en la pureza de costumbres del clero, en la corrección de abusos de toda índole que solían granjear a los prelados el odio y el desprecio de la comunidad. E intervino activamente en el sínodo nacional de obispos británicos, convocado por Pole en noviembre de 1555. Este sínodo, que después languidecería en el erial de interminables postergaciones, entre sus primeros actos decidió la inspección eclesiástica de las Universidades de Oxford y Cambridge, encomendada a una comisión en la que iba Bartolomé Carranza. Varios profesores fueron separados de sus cargos, y tal vez procesados, como consecuencia de esas visitas.

Otra decisión del sínodo inglés, ante la proliferación de libros heréticos o de dudosa ortodoxia, fue la de que se escribiese un texto de inimpugnable solidez católica. Pole le encargó ese trabajo a Carranza, quien compuso un voluminoso tratado titulado **Comentarios del Catecismo cristiano,** impreso en Amberes en 1558, y que tantas frases «heréticas» ofrecería luego a la obsesión liberticia de censores e inquisidores. Ese estado de espíritu persecutorio había ido inficionando a todos los niveles de la jerarquía, salvo honrosas excepciones, a punto tal que ya nadie sabía a ciencia cierta quién era quién. Hasta el Papa Paulo IV se malquistó con los españoles (aunque ya habían pasado 30 años desde el **sacco di Roma** cometido por las tropas de Carlos V en 1527), y mandó encarcelar en Londres al cardenal Morone, intentando hacer lo mismo con Pole, todo por sospechas de herejía contra dichos altos dignatarios que estaban llevando a cabo la restauración católica en las Islas.

En 1556 el Emperador abdica sus derechos y Felipe II es llamado a sucederle. El joven monarca pasa a Flandes, territorio perteneciente a sus dominios, y hasta allí hubo de seguirle Bartolomé Carranza. En 1558 morían María de Inglaterra y el cardenal Pole, y subía al trono Isabel I, la hija de Ana Bolena y de Enrique VIII, con lo que acabó la tan ardua tentativa de recuperar a dicho país para el catolicismo.

Es probable que la experiencia británica, con todo lo que había tenido de dura y desa-

gradable, dejase a Carranza un material rico en puntos de reflexión sobre cosas humanas. Había visto morir hombres defendiendo hasta el fin sus convicciones; había presenciado súbitos ascensos en la jerarquía política y sacerdotal, seguidos de estrepitosas caídas; había perseguido a supuestos herejes que quizá no lo fuesen tanto, y conocido a católicos acérrimos que dejaban muy mal parada a la religión de Cristo. Y tras tres años de inflexible depuración y restauración, el saldo había sido pobre, tal vez negativo. Si Carranza entró en Inglaterra con inflexible celo ortodoxo, sospechamos que salió de ella con un dejo de tolerancia inducido por el espectáculo del relativo valor de las creencias humanas. No por ello vaciló en su fe ni descreyó de sus dogmas: simplemente conjeturamos que su bondad de corazón quedó enaltecida después del lapso vivido en Inglaterra.

4. Arzobispo de Toledo y sospechoso de herejía

Por entonces había quedado vacante la sede episcopal de Toledo, y el rey propuso el nombre de Carranza para ocuparla. El consistorio romano aprobó el nombramiento sin otras averiguaciones, dada la notoriedad que distinguía al propuesto. En febrero de 1558 recibía fray Bartolomé la consagración episcopal, estando aún en Bruselas. El hervidero intelectual que era Flandes, por su libertad de hecho para la introducción de libros prohibidos y la discusión de todos los puntos de vista, debió asimismo contribuir a la ventilación espiritual del fraile dominico. Con todo, no dejó de preocuparle el aire de contaminación herética que allí se respiraba, y habló de ello al rey y a otros personajes influyentes. Poco conseguiría con ello.

En junio de 1558 embarca rumbo a España, investido de su nueva dignidad. Llega a Valladolid, presenta sus respetos a la princesa gobernadora, doña Juana; recoge instancias del Consejo de Estado y del de la Inquisición para arbitrar frenos al ingreso de libros heréticos en la Península, y en tales conversaciones se percata de que hay envidias y sospechas ceñidas sobre su persona. Visita al Inquisidor

Auto de fe celebrado en Valladolid en 1559 (Grabado holandés de la época).

General Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla y miembro del Consejo del Reino, quien parece poco convencido de la ortodoxia de su interlocutor, tal vez demasiado libre en sus opiniones sobre la situación religiosa de Europa.
En España, la general atmósfera de recelo y destemplanza se había visto intensificada por algunos focos luteranos aparecidos en Valladolid, con adherentes de la nobleza y de la burguesía. El pueblo sencillo, presa del fanatismo más intransigente, quería adelantarse con su justicia sumaria al lento trabajo de los inquisidores y arrancar los presos de las cárceles del Santo Oficio, para ejecutarlos. El arzobispo Carranza predicó la moderación en los procederes dentro de la firmeza en la fe, reclamando confianza en el celo de las autoridades temporales y eclesiásticas, quienes habrían de extirpar el mal. Ese sermón sirvió a algunos altos personajes para denunciarlo a la Inquisición como fautor de herejes. Carranza se dio cuenta de que una infame malla de maledicencias lo iba envolviendo, e intentó desembarazarse de ella. Acudió al monasterio de Yuste, donde había buscado retiro espiritual el ex Emperador Carlos V. En el camino se encontró con fray Melchor Cano, sabio y teólogo con quien había tenido anteriores diferencias y que iba camino de Valladolid, llamado por el Inquisidor General para dictaminar sobre la ortodoxia del **Catecismo** carrancista, recién salido de las prensas de Amberes.
Fray Bartolomé llegó a Yuste justo a tiempo para administrar los últimos sacramentos a Carlos V, pero demasiado tarde para hacerle interceder por su causa. El confesor del ex monarca, fray Juan de la Regla, también sería uno de los denunciantes de Carranza, tal vez por el contenido de las palabras de consuelo pronunciadas por el arzobispo junto al moribundo. Muerto Carlos V, Carranza se dirigió a su diócesis para cumplir con la regla de residencia que siempre había predicado. Siempre concibió la dignidad episcopal como un servicio pastoral a la grey, más que como un motivo de enaltecimiento y enriquecimiento, y así lo puso de manifiesto en actos y obras. Con todo, muchos han de haberle envidiado la sede y función, intrigando contra él, máxime cuando se podían descubrir en sus escritos y prédicas ciertas exhortaciones de retorno a la pureza cristiana, de reforma eclesiástica

Felipe II (1527-1598). Tercer Rey de España de la Casa de Austria. Casó cuatro veces: con María Manuela de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria. Fue investido duque de Milán en 1546, rey de Nápoles en 1554, Soberano de los Países Bajos en 1555 y rey de España en 1556. Reinó cuarenta y dos años, falleciendo en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que mandara edificar, el 13 de septiembre de 1598. (Felipe II, bronce de Pompeo Leoni).

interna, que sonaban a luteranismo para quien quisiese interpretarlas así por ignorancia o por mala fe.

En los pocos meses que le fue dado gobernar su diócesis no perdió tiempo en regodeos ni en disquisiciones. Participó en las sesiones de su capítulo catedralicio; impuso la observancia de reglas y preceptos a sus subordinados; reformó y suprimió ciertos aranceles de la curia; visitó parroquias, villas y monasterios de su jurisdicción; predicó en ellos, al igual que en la cárcel hacia las Navidades, animando a los presos a comulgar, ayudándolos con limosnas, dándoles de comer. Decía que su única pertenencia era el sayo de fraile, y que las otras riquezas pertenecían a Dios, al culto, al moderado sostén de sus ministros y a los pobres. El recuerdo de sus obras caritativas perduró largo tiempo. También este ejemplar estilo episcopal puede haber sido piedra de escándalo y causa de secreta envidia para muchos que no entendían así las virtudes cristianas.

Una pintura mural que puede contemplarse en la catedral de Toledo nos lo muestra en esta época de su vida, revestido de sus hábitos, insignias y ornamentos episcopales, tal como nos lo describiera uno de sus biógrafos: «De cuerpo mediano, la cabeza grande y muy calva, la color muy morena, todo el cuerpo y cara muy llenos de vello, muy cejijunto. No tuvo el rostro hermoso, pero sí agradable y de presencia autorizada».

Los rumores sobre su apresamiento por mano de la Inquisición ya habían llegado a sus oídos, pero él no mudó de costumbres. En agosto de 1559 llególe carta de la princesa gobernadora doña Juana, mandándole trasladarse a Valladolid para colaborar en los preparativos de recepción de Felipe II, quien llegaría desde Flandes. Dicha carta había sido sugerida a la princesa por el Inquisidor General, quien intentaba así atraer a Carranza directamente a sus fauces, sin producir demasiado alboroto. Como tardase en acudir, envió esbirros a buscarle y lo prendieron en Torrelaguna, una villa de su diócesis que había ido a visitar.

5. Prisionero y procesado por el Santo Oficio

Se le aprisionó al mejor estilo policial, a las tres de la madrugada, sacándolo del lecho en que descansaba. Fue incomunicado, y sus efectos y papeles ocupados. Tenía algo más de cincuenta años de edad, y viviría otros diecisiete, encarcelado. Desde tiempo atrás, Fernando de Valdés había tomado sus recaudos para poder prenderle sin contratiempos. Había infiltrado dudas y sospechas en el ánimo de Carlos V y de Felipe II; sus agentes habían gestionado ante el Papa Paulo IV, y éste había suscrito un breve apostólico en el cual otorgaba a Valdés amplias facultades por dos años para investigar y procesar a «toda clase de obispos, arzobispos, patriarcas y primados», y para reducirlos a prisión si existían indicios suficientes en su contra y presunciones de que huirían del reino... En fin: un documento con contenido muy general, para ser aplicado a un caso bien particular.

Tal vez los primeros indicios de sospecha contra Carranza hayan derivado de aquella famosa y no muy bien conocida entrevista que con él mantuviera el veronés don **Carlos de Seso**, uno de los primeros introductores del luteranismo en España. Fue en el período previo a la partida de fray Bartolomé con la comitiva que acompañó al príncipe Felipe a Inglaterra, en 1554. Al parecer, un sacerdote del pueblo de Pedrosa había oído máximas luteranas en boca del antedicho italiano y compareció ante Carranza para consultarle si debía denunciarlo a la Inquisición. Fray Bartolomé quiso conocer la real dimensión del asunto e hizo citar a don Carlos, quien vino a su presencia en el Colegio de San Gregorio. Al parecer, las razones del hábil italiano fueron lo suficientemente elusivas para que no las tomase como graves el teólogo español, y en tal sentido tranquilizó al sacerdote informante, despidiendo con una leve reprimenda al veronés, con recomendación de que no divulgase lo allí conversado. Carlos de Seso, en su afán proselitista, hizo circular después la versión de que sus opiniones habían sido compartidas y aprobadas por Carranza, y esos dichos llegaron a oídos de la Inquisición, la cual tomó buen recaudo de ellos en los procesos antiluteranos que desembocaron en los magnos autos de fe de Valladolid y Sevilla (1559-1561).

Los pormenores del enjuiciamiento del arzobispo Carranza, con el estudio biográfico de personas, el análisis de declaraciones y circunstancias, han sido prolijamente reconstruidos por el mayor especialista en fray Bartolomé que conocemos: el sacerdote don **José Ignacio Tellechea Idígoras**, oriundo de San Sebastián y profesor en Salamanca. Este autor, en el primer tomo de su reunión de monografías publicada bajo el título de **El arzobispo Carranza y su tiempo** (2 vols., Madrid, 1969), estudia el clima religioso español hacia 1559, muy semejante a situaciones de opresión ideo-

lógica, temor a lo extranjero, falta de garantías fundamentales y escarnecimiento de los derechos humanos, que se viven hoy en muchos países, aunque por otras causas.

Frases sueltas recordadas de sermones y de prédicas, gestos de su vida privada, ocasionales contactos con ciertos procesados de la Inquisición, la amistad con otros, bastaron para tener a Carranza por sospechoso de herejía y para privarlo de su vida pastoral y de su libertad de desplazamiento. A ello se agregó una severa censura del **Catecismo**, encomendada a Melchor Cano, rival de fray Bartolomé por querellas internas de la Orden a la que ambos pertenecían, y a Domingo de Soto, quien quiso en vano sustraerse a esa ingrata misión. Las instrucciones del Inquisidor eran terminantes: cada frase, tal como sonaba, debía ser objeto de calificación, sin importar cuál fuese su contexto y el espíritu general de la obra, escrita precisamente por encargo para reconvertir a los disidentes ingleses.

En el interminable proceso que se le siguió, Carranza luchó sin descanso por su derecho y razón. Citó a numerosos testigos; tachó a otros; redactó interrogatorios; recusó al Inquisidor General como juez, enrostrándole parcialidad y enemistad manifiestas en su contra. Y ganó el incidente de recusación. A todo eso, ya habían transcurrido dos años cuando el fiscal produjo su primer libelo acusatorio, al que siguieron otros, con sus correspondientes réplicas. En 1561 asumió el cargo como defensor, a requerimiento del propio encausado y del rey Felipe II, el célebre canonista don **Martín de Aspilcueta**, el **Doctor Navarrus**, como en homenaje a su terruño natal complacíase en firmar.

Un nuevo Papa, Pío IV, se interesó por el caso y pidió que el proceso pasara cuanto antes a sus manos; pero los Inquisidores españoles continuaban dando largas al asunto. El cuantioso material impreso y manuscrito de Carranza fue sometido a malintencionado examen. Se lo encontró plagado de luteranismo, aun en sus apuntes de joven estudiante, incluso en escritos de su mano cuyo contenido no le pertenecía, sino que eran copias literales de San Juan Crisóstomo y de San Jerónimo. En lo fundamental, al sintetizarse el contenido de las **más de mil** frases heterodoxas encontradas en sus escritos, pudieron atribuírsele las siguientes proposiciones heréticas: 1) que la fe sin las obras basta para la salvación; 2) que Cristo satisfizo por nuestros pecados tan eficaz y plenamente que no se requiere de nosotros otra satisfacción; 3) que todas las obras hechas sin caridad son pecado y ofenden a Dios.

Los Inquisidores españoles hicieron cuanto estuvo en su poder para mantener indefinidamente al proceso y al acusado en sus manos, aunque correspondiese remitirlos a Roma en razón del rango episcopal de este último. Un nuevo Papa, Pío V, impuso el cumplimiento de las normas canónicas bajo apercibimiento

Isabel I de Inglaterra (1533-1603). Hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, sucedió en el Trono a su hermanastra María Tudor en 1558. Restableció el Protestantismo en Inglaterra e hizo decapitar a su prisionera, la reina María Estuardo de Escocia, en 1587. Su reinado marca el inicio del poderío inglés en el mundo. Tras la derrota de la Armada española en 1588, designó como sucesor en el trono inglés al hijo de María Estuardo, Jacobo I (y VI de Escocia), con lo que Escocia quedó anexionada al reino de Inglaterra. Se mantuvo soltera, siendo conocida por sus contemporáneos como la «Reina virgen». (Isabel I, cuadro atribuido a Zuccari. Galería Pitti, Florencia).

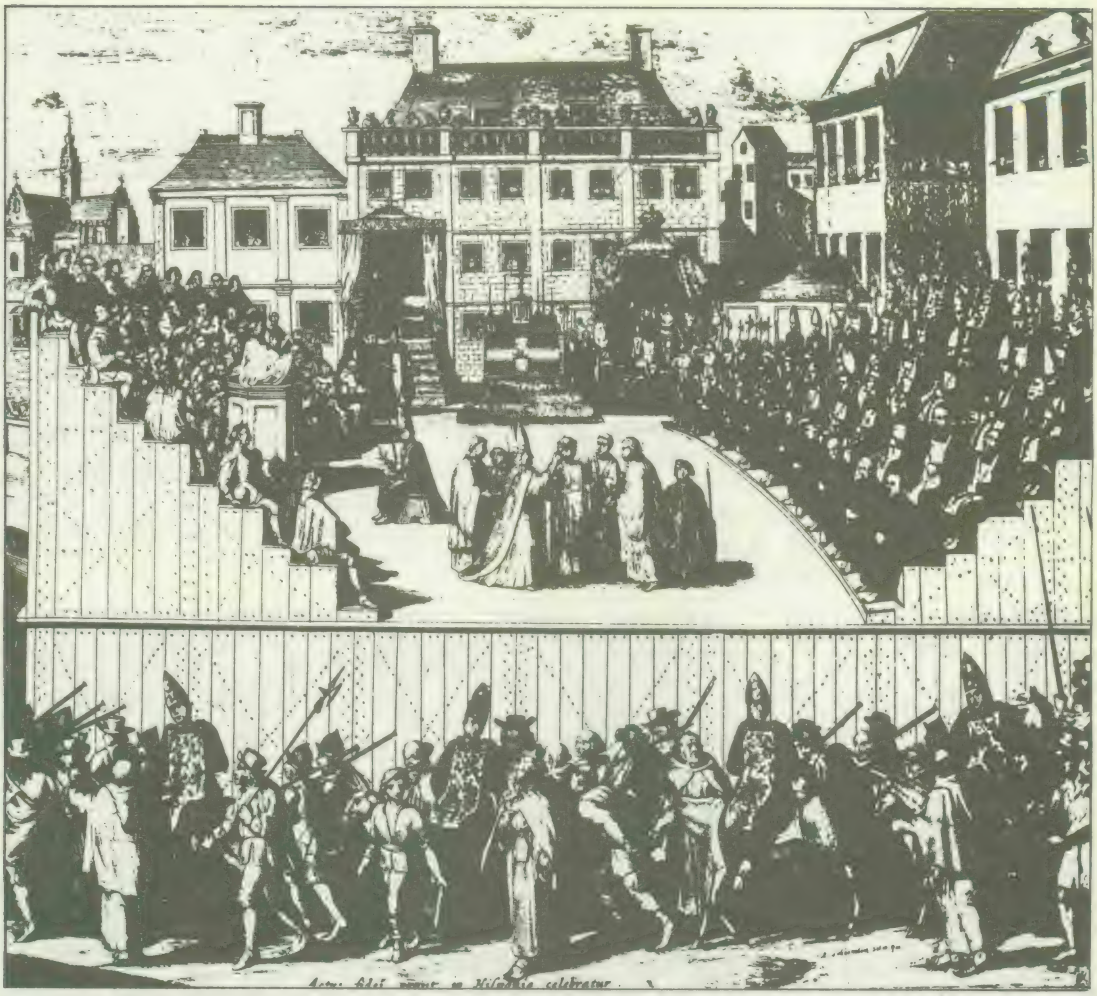
de sanciones espirituales al Inquisidor, y consiguió el traslado del caso a su jurisdicción inmediata.

6. Carranza en Roma; sentencia y fallecimiento

Siete años había pasado Carranza en la prisión de Valladolid. Otros diez continuaría prisionero en el Castel Sant'Angelo, en Italia. Puede aducirse que su fama y rango le granjearon el privilegio —sobre todo en la etapa romana del proceso— de no tener que sufrir ese largo encierro en condiciones infrahumanas: hasta dos criados pudo tener consigo para que le sirviesen y le trajesen noticias del mundo exterior. Piénsese en los innumerables desdichados que, antes y después, llenaron las cárceles y mazmorras del mundo, sufriendo (a veces sin noción del tiempo, otras con clara conciencia de él) los tormentos físicos de parte de sus captores, los espirituales inherentes a un procesamiento interminable y tal vez injusto, y los ambientales propios de los lugares donde se los tuvo o tiene recluidos. Prosigamos, empero, el veloz recuento de las vicisitudes carrancianas en su largo proceso inquisitorial. Si no se quiere entrar en pormenores, parece fácil concluir en pocas palabras la descripción final de una vida transcurrida en la triste uniformidad del encierro. Un hombre de temperamento monacal podría considerarlo como el digno broche de una existencia consagrada a Dios. Vimos, sin embargo, que Bartolomé Carranza fue un ser entreverado en las luchas de su tiempo y en la actividad pastoral intensiva, nada proclive al retiro solitario, y menos cuando es impuesto.

El Inquisidor General Don Diego de Arce y Reynoso. (Grabado del siglo XVI).

No bien llegado Carranza a Roma, el Papa designó al nuevo cuerpo de consultores que examinaría sus escritos; pero tardóse más de un año con la traducción del proceso al latín. Después recomenzaron las audiencias y los interrogatorios y declaraciones. Varios dictámenes de destacados teólogos repusieron en su justo valor semántico los pasajes censurados en España. Los Inquisidores hispanos volvían a la carga con nuevas pruebas. En 1572 moría Pío V sin haber dictado el fallo. Este se conoció sólo el 14 de abril de 1576, y en él se acogían parcialmente los puntos de acusación aducidos, declarándose a Bartolomé Carranza **«vehementemente sospechoso de herejía».** Debió abjurar públicamente de 16 proposiciones calificadas de «luteranas», y se le condenaba a cinco años de suspensión en el gobierno de su diócesis, durante los cuales había de estar recluido en un monasterio dominico; diría misa una vez por semana, visitaría parroquias, ayunaría los viernes, rezaría los salmos penitenciales. Se prohibía además la difusión de su **Catecismo.** Sanciones



Auto de Fe, grabado flamenco del siglo XVI.

relativamente benignas, si se consideran los «tiempos recios» (al decir de **Tellechea Idígoras** en otra colección de trabajos que lleva precisamente ese título, editados por Sígueme, Salamanca, 1977), durante los cuales fuera instruida y fallada su causa. Pero sanciones purgadas con creces y por anticipado con el largo tiempo de detención sufrido por quien pasó en la prisión los últimos diecisiete años de su vida.

Trasladado al monasterio de Minerva, se reencontró después de tantos años con el oficio eucarístico. Pudo aún visitar algunas basílicas de Roma y caminar de nuevo por las calles de la gran Ciudad Eterna, cuyo sistema de opresión espiritual había secundado en otras épocas y del que había sido víctima, sin arrancarse, empero, de su poderoso influjo tutelar.

Pocos días después enfermó de gravedad. El Papa Gregorio XIII le envió la bendición y la absolución. Antes de morir, Bartolomé Carranza hizo una nueva profesión de fe ante quienes rodeaban su lecho, y perdonó a sus perseguidores. El 2 de mayo de 1576, en horas de la madrugada, entregó su vida, que a la sazón totalizaba setenta y tres años.

Gregorio XIII, que lo había condenado del modo antedicho en la sentencia de su largo proceso, dispuso personalmente un texto que sirviera de epitafio sobre la tumba del controvertido navarro. La inscripción es laudatoria para la doctrina y la predicción de Carranza, para su humilde entereza y su equidad. Tal vez allí se condensase la verdadera sentencia del Romano Pontífice, más allá de las conclusiones jurídico-teológico-procesales. Quizá también el Papa creyó —como decían muchos— que allí acababa de morir el «arzobispo mártir».

■ **C. E. H.**

Poetas del exilio republicano español en México

Recuerdos de "transterrados" y... desterrados

NO creo que haya precedente histórico-literario equiparable a la coincidencia de un país de exilio —asilo cumplido— de tantos y excelentes poetas como los que, acogidos a la hospitalidad mexicana, allí se desterraron o transterraron, a consecuencia de la guerra civil-internacional española, durante el período que comienza a mediados de 1939 y puede juzgarse finiquitado en 1977.

Manuel Andújar

Monumento en homenaje a León Felipe en México (abril de 1974).

DESDE la fecunda permanencia, en tránsito, de Juan Larrea, Juan Gil-Albert y Lorenzo Varela, tan significativos y unívocos, a la singularidad, compartido ejercicio lírico, de los matrimonios Juan José Domenchina-Ernestina de Champourcín y Manuel Altolaguirre/Concha Méndez (que acaba de «cotejar» Madrid); de la sonora omnipresencia de León Felipe al ensimismado y huidizo circular de Luis Cernuda; de un nítido acercamiento a la inspiración circundante de Francisco Gines («Los laureles de Oaxaca»), quizá el más autorizado para darnos una cálida y directa versión de don Enrique Díez-Canedo, cuyo centenario de nacencia en este 1979 conmemoramos... al filiado teatro en verso de José Bergamín con «La niña guerrillera»: de la homogeneidad ideológica, que no estorbara la peculiaridad de los acentos, de Pedro Garfias a Juan Rejano, a José Herrera Petere y Adolfo Sánchez Vázquez; de la modulación romántica de María Enciso a la premonitoria heterodoxia de José Ramón Arana, tan pudoroso y devoto en este género; más las líneas de fino dibujo en el poético rasgueo de José Moreno Villa, que parecen orlar las imágenes de hondo aliento en el callejero y monástico Emilio Prados, malagueños ambos; comparecía la catalanidad épica, cósmica, latina de Agustí Bartra; trovaba en balde Matías

Conde, mientras otro astur, Celso Amieva, en periplo Francia-México-URSS, marcaba toda una trayectoria; agréguense las visitas conferenciantes —Casa de España— de Padro Salinas. A su vera, en derredor, los que niños crecían al terminar la contienda, siguieron la suerte familiar y emprendían la propia formación, ya con signo criollo, en la Nueva España: Ramón Xirau (reciente su «reaparición» lírica, por Octavio Paz prologada), Tomás Segovia (que nos ha dado hace pocos meses una de las más originales «sumas» poemáticas y de título bien expresivo: «Cuaderno del Nómada»), Luis Ríus, José Pascual Buxó, Inocencio Burgos, Manuel Durán, del que evocamos la pertinaz angustia primera, allá en 1947:

«Con una mirada lenta
que se dobla bajo el peso de tantos recuerdos
[muertos,
el desterrado va recorriendo
todas las encrucijadas de fronteras,
todos los senderos con nombres extraños».

Otro grupo, granado y brillante, cuya tónica se cifraría en la condición femenina, lo compusieron Ernestina de Champourcín, Concha Méndez, María Enciso, Nuria Parés, más tarde Mada Carreño (despuntaba, por entonces, en Puerto Rico, Aurora de Albornoz).

Las existencias y las obras adquirían distinto signo a los presuntamente originarios en el ámbito mexicano. Probablemente se extremaran las singularidades, las notas diferenciales, a mayor complejidad derivaron sus relaciones e impulsos: basculación del medio moldeador e imperativo de fidelidad temática a la patria secuestrada. Se reafirman o flexibilizan los criterios estéticos de que partieron; percíbense rasgos aglutinantes y se exacerban las contraposiciones; es casi una coordenada que la mayoría —razones de edad y madurez, de tensa conciencia— realiza en México su creación principal.

En perspectiva, la extraordinaria constelación de poetas exiliados, que allí vivieron y fenecieron, camino funerario de

Enrique Díez-Canedo,
María Enciso,
Juan José Domenchina,
José Moreno Villa,
Emilio Prados,
Pedro Garfias,
León Felipe,
Luis Cernuda,
Juan Rejano,

ofrece una concordante pluralidad y podría conceptuarse que dentro de un conjunto y situados en las respectivas, inconfundibles parcelas, componen un coherente multicolor mural.

Como se desenvolvían —y nos hallábamos— en simbiosis con la sociedad mexicana y al mismo tiempo en un ghetto-custodio de los valores españoles y de su libérrima poesía representativa, los avatares y quehaceres de esos escritores eminentes reflejaban un aire tribal de familiaridad, implicaban referencias cercanas de sus decires y gestos y un aura virtualmente legendaria.

Los poetas se adherían, con peculiares modos y maneras, a un desgajado, amargo y anhelante fragmento de pueblo. Y el hecho de los fervores que a la sazón —o desazón— inspira-

Don Enrique Díez Canedo.

Pedro Garfias, en sus últimos días, con la barba de profeta.

De izquierda a derecha, en la fotografía: Dali, Moreno Villa, Buñuel y García Lorca.

ba, en los menos y en los muchos, que no es paradoja, Antonio Machado, serviría de instructiva paradigma.

Por una serie de morivos —líricas aquilataciones aparte— fue León Felipe el catalizador de esos anhelos, su máximo y amado portavoz. No sólo lo explicaría su verbo profético y lapidario. Esa fascinación se desprendía del «pathos» típico de sus proclamas poéticas. La concordancia de «genio» (ensimismado y tronante, según las tornas) y «figura» (sombrero calado hacia la nuca, despejada la frente, entrecana barba bíblica, testa judaica) armonizaba con su entera, peregrina biografía, acreditaba su marca de trashumancia. La evidencia de que señalara, en las horas infaustas, trágicas, la caracterización, «del éxodo y del llanto», para el español genuino, lo comprueba. También el que clavara con palabra ardida, escocida, la enanez, física y psíquica, de Franco, su mixtura de cacique y dictador, de ente cruel y abstemio y gélido... Destaquemos el iracundo apostrofar contra la política vaticanista, que en notable porción inspiró la «cruzada», anticristiana, de la Iglesia en la contienda. Y el hecho, de colectivo beneficio, de sus peregrinajes españoles, de su feliz unión con mujer mexicana, de sus precedentes exploraciones y encuentros en Iberoamérica, de que significara uno de los más sólidos —e inefables— puentes entre los flamantes recién llegados, exiliados, y el clima del Nuevo Mundo, del ceomediterranismo que teorizó su íntimo amigo, el inventivo Juan Larrea, a cuya capacidad fabuladora, soñadora, pródigamente mítica, debe el admirable y ejemplarmente honesto revolucionario don Jesús Silva Herzog, la idea matriz de su noble revista «Cuadernos Americanos».

Aunque se conocieran por sus textos —en México y en la América de hablas hispanas— a los otros poetas desterrados, de acuerdo con cambiantes grados de notoriedad, León Felipe había sido y era, además, con personalidad sugestiva y sugerente, una presencia entrañada. Sus recitales y viajes le conquistaban el excepcional entusiasmo de los públicos, rica cosecha de admiraciones, de adictos. Para sus oyentes y lectores criollos, mestizos e incluso de acusada contextura indígena (cito al vigoroso y fino escritor Andrés Henestrosa, siempre con la entonación honda y colorida de su Istmo de Tehantepec), los poemas de León Felipe, de estrenecida y conmovedora temática española, popular, se aunaban, en tensas estelas sensoriales, a su pasional reivindicación de lo humano, aherrojado por los Poderes «infames», «infamantes».

Resulta más plausible concebir y evocar a León Felipe en compañía, ante auditorio de «apiñados» o de «elegidos», desde la tribuna, al dirigirse, uno por uno diríase, a los espectadores predispuestos; por su solo renombre, mera aparición solemne, ungida, que sembraba fervores.

Además, y sin disonancia por ello del espléndido estudio biográfico - descriptivo - crítico, de Luis Ríus, la personalidad de León Felipe (estatua animada, encendido verso) fue, en el exilio, de extraordinaria, incomparable eficacia carismática. Se le rendä culto en su tertulia del Café Palermo, cónclave de fieles y de pasmados transitorios y transitivos, que las pupilas cítricas de Otaola han reflejado, radiográficamente, en la novela «Rl cortejo», claroscuro de iluminación y parabólica sátira.

Encomiable el carácter paternal de León Felipe, que acogía con sobria y pronta afabilidad a quien se le acercara, pertinentemente. Sendos acontecimientos —una exaltación de almas y trascendencias— constituyeron sus sentidas declamaciones de textos anteriores, consagrados, o de inminente publicación, en la tribuna del Ateneo Español de México y en los homenajes, donde su fonética henchida y matizadora, capaz de impresionantes trenos, fue protagonista en las multitudinarias concurrencias que le seguían (recuerdo la del Centro Israelita, la de la Casa del Arquitecto).

Mi mejor memoria de León Felipe, que me trae un aire de parentesco comunal, se adscribe a

sus constantes visitas y permanencias en la Librería de Arana, cuando ancló en un despacho de la periodística calle de Bucareli, a través de un piso en que el pasillo olía a Juzgado. Se producía a veces la coincidencia con Domenchina, trance que aliviaban, de parte y parte, ¡oh, manes de la incompatibilidad temperamental y de las oposiciones estéticas! en que no faltaban alternativas huidas, correspondientes y métricos gruñidos. (José Ramón Arana mantuvo siempre estrecha y ponderativa amistad con León Felipe, que le dispensaba especial aprecio. Una de las semblanzas más reveladoras del poeta, al escritor aragonés debida, apareció, y me precio de haber mediado, en el primer número de la revista «El Urogallo», por desgracia pretérita).

Pero el contacto más inolvidable e instructivo se me deparó, con León Felipe, en los prolegómenos de la edición de «Este viejo y roto violín». El doctor Arnaldo Orfila, que en aquella época dirigía el Fondo de Cultura Económica, me encargó aclarase con el autor de «El Ciervo» algunas dudas que se habían planteado, en las pruebas de página, por las correcciones, de su puño y letra, en el original.

León Felipe —ya viudo, huérfano más bien, de Berta— me invitó a comer en su apartamento de la calle Miguel Schultz, cuatro manzanas al Norte del taller que había ocupado el escultor José María Giménez Botey, insustituible camarada de penas e ilusiones.

Sencilla y cordial la hospitalidad de León Felipe, secundado por su «ama de llaves» (vislumbre de un vestido grisáceo, que de estameña merecía ser). Prestamente puntualizadas las partes interpretables del magnífico poema, a las que agregó, con rápidos rasgos, ciertas enmiendas...

Después, en liberada sobremesa, la charla enjundiosa, que lamento no haber apuntado minutos más tarde, al irme, en algún café del rumbo. Porque entonces, sin «posteridad» en el horizonte, León Felipe traslució, como en un guiño dramático, su temor, auténtico, de que los versos escancidos se contrajeran a la efímera actualidad y careciesen de ulterior y firme vigencia en nuestras letras. Como si los éxitos tangibles le dificultaran o imposibilitaran el acceso a futuras generaciones. Al temerlo así, con su verbo sustantivado, y declararlo, no dejaba de manifestar —más brillantes los ojos tras las gafas, más tembloroso el mentón— su angustia metafísica. Al confesármelo sin ambages, desprendido de retórica, percibí aún más su verdad existencial y la íntima grandeza de sus escrituras.

Esta sensación, no por fugitiva menos intensa, parangonable es a la querencia armónica con que Emilio Prados reproducía y glosaba en interminables llamadas telefónicas, las sabrosas y metafóricas sentencias del habla popular, que tanto contenido revisten en la serranía malagueña. Deprolo, una vez más, no haberlo registrado en un cuadernillo —en aquel tiempo no regían los magnetófonos o se les consideraba una impudicia— y me duele no se recogieran las prodigiosas citas de Emilio y sus luminosas interpretaciones. De igual categoría serían sus interiores cordajes de «Jardín Cerrado, y el recio aire, de pastoso acento, que la sabiduría de las gentes iletradas le brindó y que Emilio Prados acertó a captar, moldear y proyectar, desgraciadamente para su exclusivo uso. Y no por egoísmo —fue una criatura modélicamente desinteresada— sino por embriagado deleite y perezoso aplazamiento meridional.

Con Emilio Prados mé unieron, casi desde chaval, lazos de simpatía y reverencia. En Málaga, al menos en los círculos estudiantiles, literarios y artísticos que frecuentaba, era un personaje mítico. Aparte de llegarme puntual noticia de la generosidad con que acogía y propagaba («Litoral» y sus ediciones) a los poetas de su generación, me constaba que estaba al tanto de las nuevas corrientes estéticas intelectuales de su época, por Luis Cuervo y Jaén (1), amigo y compañero de estudios, rela-

(1) Emilio Prados, desde México, y Luis Cuervo, en España, mantuvieron correspondencia y conexión. Luis recuerda muy indicativas opiniones y anécdotas del tiempo malacitano de Emilio, que confío cristalicen en importante libro de testimonio y homenaje.

Dibujo de Jose Moreno Villa.

cionado admirativa y afectivamente con Emilio Prados. Asimismo, expresivos datos del diario convivir del poeta con su pueblo (por ejemplo, sus vínculos con los pescadores de El Palo). Aquellas referencias, entonces coloreadas, en buena porción, de inquietud político-social (aún persistía la fuerza emotiva y moral de la Revolución Rusa, que no tardaría en «estatificarse», en «burocratizarse»), ponían de manifiesto lo que en tantas ocasiones, directa e indirectamente, pude comprobar, la calidad humana de Emilio, basada en fino trato y en un temperamento solidario, absorto y desangelado a trechos (Adela y José Enrique Rebolledo me contaban detalles pueriles y magnánimos), que le procuraban la inmediata y estable confianza de los seres simples o complejos. Incluso le dotaban de una natural irradiación magisterial, lo que acreditan sus contactos con el Instituto Luis Vives, una de las más eminentes aportaciones pedagógicas del exilio español en México.

Me he detenido en estos aspectos particulares, que se estimarían desproporcionados en el presente rememorar, porque Emilio Prados —que justamente no concitaba recelos, sino aprecios— es el hilo conductor hacia otros poetas. Y en término preferente, a los desposados. Los comunes trabajos en «Litoral» con Manuel Altolaguirre, arquetipo de carácter extroverdido, jocundo, como elástico y saltarín, armonizaba con el tono filtradamente grave, más bien caviloso y a menudo casi refranero, de Emilio Prades y sumados a la bondad y campechanía de Concha Méndez determinaron un clima de concordancia y entendimiento.

Lo propio le ocurría a Emilio con la pareja Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina. Residía muy cerca y le bastaba caminar dos o tres calles y cruzar el Paseo de la Reforma para pedir posada. O recurría al teléfono, con ritmo proustiano, para esos intercambios de comentarios cotidianos y juicios poéticos. Las diferencias de pensamiento y estilo crearon un ambiente de conllevancia y habría de desembocar en mutua estima. Ernestina se distinguió siempre por su benignidad y discreción, y Domenchina, pese a la fama, atizada, de crítico implacable, y de esporádicas, externas asperezas, no dejó nunca de alabar la calidad humana y la autenticidad lírica de Emilio. Precisamente porque los versos de Domenchina solían marcar una construcción modelada y aristada, sobremanera enteriza, le merecían alto concepto el modo y esencia de las composiciones de Emilio, de sensitiva fibra melódica.

Emilio Prados, al mediodía, en la séptima imprenta de Manuel Altolaguirre, a la vera de la Plaza de Santo Domingo, de acusado estilo colonial, moreno. En saludo de adiós al poeta y novelista José Herrera Petere, a mí; años atrás estuvo al cuidado de Emilio, por encomienda de José Bergamín, la ejemplar y originaria edición Séneca, en un volumen cuya encuadernación se plegaba a la mano, que la enaltecía, de las obras completas de Antonio Machado. (Ha de relatarnos Francisco Giner las interioridades de la ilusionada y trasnochada empresa de resurrección de la revista «Litoral», labor en que participaron, con Emilio y él, Juan Rejano y Julián Calvo).

Imagino las pláticas de Emilio Prados con José Moreno Villa, en torno a un malague-

Emilio Prados.

Manuel Altolaguirre.

ñismo de prez y solera, afines asimismo en una lírica veraz, sobria, despojada y despejada de floripondios, con sentido de universalidad, reforzado por las respectivas experiencias juveniles en el Extranjero. (Moreno Villa, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, en Alemania; Emilio, en un sanatorio suizo, a curar su tuberculosis pulmonar).
Escucharía Emilio a Moreno Villa su «Aquí estoy» (octubre 1946):

«Aquí estoy, añorando
los terrones parduzcos
moteados de encinas
severas e inconformes.

Arrancadas de cuajo
nuestras viejas raíces,
aquí, sobre volcanes,
culebrean eléctricas
y se ahogan de altura».

Y es presumible que en 1956, año en que falleció Moreno Villa, le adelantara, de un poema inédito:

«Y, después mirar la hoguera
en el agua del inmenso río,
ríe también en remifasol,
acompáame en este cante fino».

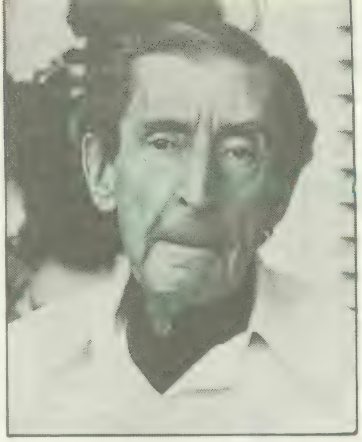
Emilio Prados respondió a su llamamiento, dedicó el poema, con el título «En tu selva fervorosa», a «Pepe Moreno, en mi memoria de siempre»:

«¿Te visité? Sentado al pie de un árbol:
el que nació para ti y está contigo,
el que nos sorprendió, porque esperaba
cumplir su cuerpo con el que tuviste;
el que hablabas y escuché en mí ninguno».

Los tres, lejos de su Málaga; tampoco faltó a la cita Manuel Altolaguirre:

«No quiero consolarte
ahora que tú te has ido para siempre,
de aquello que perdimos.
Pero al verte y no verte,
José Moreno Villa,
siento el mundo pequeño
y quisiera pensar que lo tuviste
desde niño al alcance de tu mano».

En su torno, torno de Emilio, al filo del mediodía, el aviso quejumbroso, el llanto hispanomexicano por él, su entierro al día siguiente, en el Panteón-Jardín. Juego de palabras que es un lastimero juego de tristezas. «Jardín cerrado», recuerdo de un rostro y gestos flotantes, de un inalterable hablar andaluz. Tenía «ángel».
Todos los poetas exiliados de esas generaciones colindantes —la del 27, a completar, que no han notariado los predecesores y los sucesores inmediatos— han «escogido» el tema del destierro general y el de su individual, privada acepción. (José María Balcells ha logrado insertar su parte alícuota en una antología de amplio encuadre, lo que no ha de excluir selecciones específicas). Pero es Juan José Domenchina, y en varias ocasiones lo he subrayado, quien aprehende y formula reiteradamente, como un «sino fatal», el exilio. En su «Primera Elegía jubilar» (septiembre, 1940) exclamaba:


José Bergamín, en la actualidad.

«¡Ay, socavón de España!
¡Cómo para alcanzarte habrá que hundirse!
El llegar a tu entraña
presupone sumirse
en tierra: rescatarse y redimirse».

Y concluía:

«Donde vamos —vivimos
por y para volver— nadie se engaña.
Seremos lo que fuimos.
Volveremos, entraña
partida a ser España y sólo España».

La derrota fue un derrotero. En su absoluta desesperanza, sólo paliada en los últimos años de una vida que él creyó truncada (a mi entender erróneamente), por el retorno a la fe religiosa, Domenchina estruja hasta la gota final, como intransferible tarea, el problema del «extrañamiento». León Felipe poetizaba la desgracia, la rabia y la iniquidad sufridas, por el conjunto de sus compatriotas. Domenchina, tallista, metrificó, y de tal suerte alcanzó su clímax, una militante agonía. A veces, los antagonismos públicos, de artística filiación —Domenchina, León Felipe— encubren una lujosa fraternidad. Son las dos caras de la madalla.

Equidistante de León Felipe y de Domenchina, merced a su captación de las respectivas valideces, lo que hasta cierto grado fue y es mi actitud, el proceso poético de José Ramón Arana, por razones de orden psicológico, supongo, se silenció en vez de proseguir el esperado desarrollo, pues su juicio y sensibilidad

En el centro de la fotografía, Pedro Salinas —con el sombrero en la mano— junto a (de izquierda a derecha) Granell, Llorens, Paz, Bonilla Atiles y Vela Zanetti. (Santo Domingo, Primavera de 1944).

habían evolucionado prometedoramente. «Ancla» (Santo Domingo) y «A tu sombra lejana» (México) se inscriben en el repertorio de las dolientes añoranzas españolas y son orgánica derivación de los poemarios en nuestro país publicados, en el contorno mismo de la guerra civil. El intento de comprender y respetar —ya en 1942— a los hombres de la tierra que combatieron, con limpia obcecación, bajo las banderas enemigas, significa una de las iniciales anticipaciones de lo que más tarde sería difundido espíritu. Intitulado «Ante el cadáver de un requeté», José Ramón Arana pronuncia:

«Sobre la yerba llanto de la noche
y llanto en tu mejilla descarnada.
Hay duras amapolas en tu pecho
sin borbotón ni aliento;
en la alambrada,
cruje tu mano terca, amarillenta,
tu mano campesina, ¡tan honrada
hasta al morir, hasta después de muera...!»

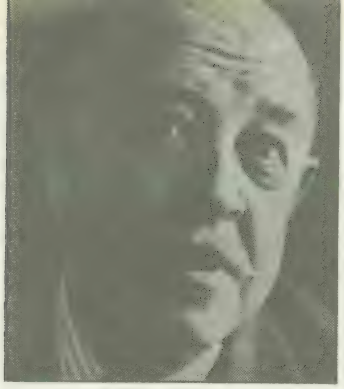
Si concedemos a la palabra poética del exilio facultades representativas de un destino histórico de traumas humanos, habría de comparecer, junto a las verbales corporeidades de Domenchina y de León Felipe, el recitador impulso, deambulante, enajenado, de Pedro Garfias, en todo momento vigía de España:

«Tus cordilleras, de salvaje aliento,
tus íntimas, profundas, dulces vegas,
tus eriales rutilando al sol
como medallas a tu pecho presas
y tus altos castillos, apoyando
en su bastón, una vejez sincera,
contemplo eternamente, España mía,
sobre la palma de mi mano abierta».

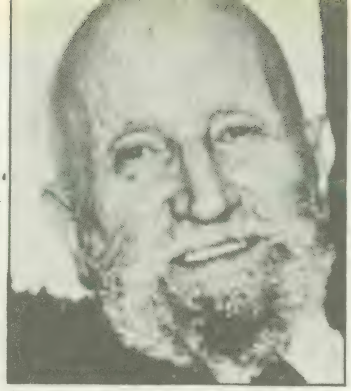
Luis Cernuda.

... y el caudal épico, tan tenazmente cultivado, filoso trasunto de la divinidad mediterránea, de la nueva liturgia pagana de Agustí Bartra.

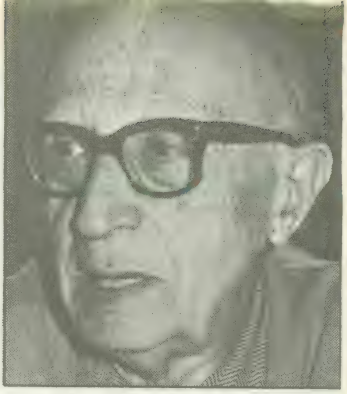
De la extraordinaria vocación y de las no menores consagraciones —poético, política, en periodismo literario de altura— que Juan Rejano reúne, paradigmáticamente, me ocupé en otro lugar y coyuntura y no cabe repetirlo ahora. Apelo sí, otra vez, como calificación, a la referencia sureña, malagueña: él, de Puente Genil; yo, de La Carolina, allí nos cruzábamos. Fiel, en las más diversas y adversas circunstancias tácticas, a su enclave partidista, la honda actitud lírica de Rejano se reflejó en su tarea jornalera (sin ir más lejos, el suplemento dominical del diario «El Nacional», durante una larga temporada y que patentizó su mentalidad abierta y acogedora, ya resaltada por la etapa en que dirigió la impar revista «Romance») y en aquella discretísima y porfiada roturación del lenguaje estrófico. Errabundo, dentro de pareja cuerda, Pedro Garfias, Rejano se consideró depositario de un legado artístico con social textura, pues su camarada Adolfo Sánchez Vázquez se pasó en breve con armas y bagajes —letras y pensamiento— a las formulaciones teóricas marxistas de la estética y su vinculación con Wenceslao Roces fue siempre, creo, por las trazas e índoles, predominantemente ideológica. Por fortuna, a pesar de estos condicionamientos y accidentes, Rejano ha conseguido legarnos —y la certera decantación y crítica destreza de Aurora de Albornoz lo fija en reciente antología-homenaje— una producción poética que de manera intrínseca, y descascarada de contin-



Alfonso Reyes.



Una de las últimas fotografías de León Felipe Camino.



Juan Larrea (foto Ramón Rodríguez).

gencias, se incorpora, con voz distintiva y empeñosa, al acervo de la cultura nacional moderna A fin de cuentas, la emoción quintaesenciada —hacia 1966— es lo que perdura:

«El viento, el viento... Siempre
el viento.
Caballo enloquecido,
ciego.
El viento en la garganta,
entre los sueños.
Y tu ausencia, amor mío,
y el recuerdo
de la tierra perdida, como un clavo
en los sesos.
El viento, el viento... Siempre
el viento».

Si Juan Rejano encarnó la persistencia significante y «la fidelidad del sueño», los «transitivos» asumieron lealtades de otra especie. Salvo el caso de lúcida perseverancia de Juan Gil-Albert, que padece y supera los gravámenes en los exilios exterior (México-Buenos Aires) e interior (adherido a su demarcación valenciana), y que de esos periplos, verificados y fantaseados, extrae obras definitivas, magistrales, que tardíamente acaban por imponerse, las peripecias migratorias de Luis Cernuda y Lorenzo Varela —sevillano el primero, lucense y bilingüe el segundo— desembocan en prematuros, desventurados desenlaces. Luis Cernuda logra, de un tiempo a esta fecha, un auge reciente en España, a cuyos detentores, en las décadas franquistas, lanzara un poema de terrible trémolo:

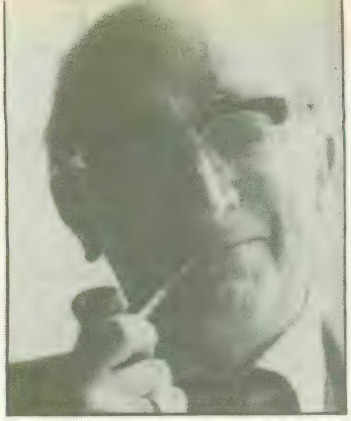
«... ellos, los vencedores
caínes sempiternos
de todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

Una mano divina
tu tierra alzó en mi cuerpo
y allí la voz dispuso
que hablase tu silencio».

Luis Cernuda, salvo en la primera fase de su afincamiento en México y de la hospitalidad, alentadora y valorativa, que una vez más atestigua el raro talento cordial ánimo de Octavio Paz, verificó, en prosa y verso, su capital mensaje, aunque biológicamente le quedaran sobradas energías creadoras. En ocasiones, una materialidad —el accidente— parece frustar la inequívoca trayectoria y es que Alguien decidió cortar el frágil hilo, pues lo más importante de su escritura se había realizado. Ciérrase el círculo, queda un halo de misterio y de penumbra, de exquisitez y acrimonia que infunden imprevistas y plausibles proyecciones a su verbo único, a su haz sentimental y reflexivo sin parangón. Presumo que el talante escapatorio y de recato de Luis Cernuda, su esencial e inmanente hermetismo impiden las reveladoras acotaciones que podrían transmitirnos Concha Méndez, que en su casa lo albergó, y María Dolores Arana, que en sus postrimerías le trataba todavía más frecuentemente, al igual que Emmanuel Carballo, el distinguido crítico mexicano, que apreciaba y preciaba su excepcional calidad y agudeza literarias.

La ruta de Lonrenzo Varela semeja una incesante, «abierta» navegación y nada de particular tiene que su poesía (2) reitere las palabras «poros» y «singladuras», algunos de sus términos-clave. Anima inquietud y objetora, bautiza con el nombre de «Romance», en compañía de Antonio Sánchez Barbudo, y Atlántico en derredor, la que sería una de las revistas de mayor y trascendente entidad hispahoamericana, a cargo de intelectuales exiliados. Participa en «Taller», la selecta publicación de Octavio Paz. Se traslada a Buenos Aires, donde colabora con el empecinado grupo inspirador, gallego, de labores editoriales. Estrecha amistad con Luis Seoane (¡rico tipo de pintor, dibujante, prosista, vive Dios!), con Rafael Dieste y José Bergamín. Se dedica a la crítica de arte. Vuelve a España, poco antes

(2) En el verano de 1979 publica Ediciós do Castro un hermoso libro con la «Poesía» de este autor, auspiciado por la magnanimidad e inteligencia del gran Rafael Dieste.



Francisco Giner.

Juan Rejano (a la derecha de la fotografía), con el pintor mejicano David Alfaro Siqueiros.

de la muerte de Franco. Inolvidable entrevista en las proximidades de la Galería Sargadelo, donde le ceden un lugar para su trabajo, por casi maternal querencia de esa mujer, Inés, que sólo simpatías concita. Su tierra no alcanzó a proporcionarle el diario en lengua vernácula que tanto se necesitaba y que mucho le ilusionaba. Inópinada muerte, un infortunio rubricó la trágica andanza. Allí estábamos y al marcharnos, reintegrados al tráfago de la ciudad, el duelo se aferraba a la garganta.

En este conglomerado, cuya real y simbólica significación se nos presenta hoy con una coordenada melancólica, no podía faltar el retablo femenino de la poesía. Con los versos vital y equilibradamente copleros de Concha Méndez, establecía contraste de fraterna categoría la devenida mística inspiración de Ernestina de Champourcin. Se agregaba «De mar a mar», zumo de nostalgias y grafía metafórica, a destiempo tronchada, que en madurez aún juvenil murió, de María Enciso, a la que Arturo Medina se apresta a decubrir a sus coterráneos almerienses. Y sin despegar los labios preparaba su buido y elegante poetizar, que aos más tarde a los lescores se encaminaría, Mada Carreño.

Entre los que niños eran al desencadenarse la guerra civil-internacional, y que con sus padres o familiares se injertaron en el tronco mexicano, se constituyó, explícita o insinuadamente, el grupo que adquiriría una tónica neocriolla. Y que, a mi juicio, plantea un módulo sintomático de primigenio mestizaje cultural. Y es en el campo de la poesía, más que en la narrativa, donde surgen y arraigan los dilemas espinosos y las más brillantes personalidades (Uno los ha visto germinar y brotar: desenvolvimiento, declives, culminación).

Ramón Xirau, notoria veteranía, sobresalió pronto: sus ensayos de clara fundamentación, su pesquisa filosófica y estética, su quehacer todo, fijado a la vida intelectual mexicana. En los años mozos, los de su fluida aclimatación, publicó algunos poemas —muy cernidos y originales— en catalán; que yo sepa, no ha insistido en esa vía, absorbido por un activo y metódico trabajo de pensamiento y docencia, que le incorporaron, allí, a la institución de máximo prestigio y eminencia, el Colegio Nacional. Conocida es su aportadora identificación con las posiciones de Octavio Paz.

La inclinación poética de Tomás Segovia lo sitúa, desde su juventud (y aunque haya cultivado el teatro en verso, los estudios literarios y la crítica en profundidad y se le deban también varios relatos) en una búsqueda ahincada de rigor y pureza líricos, de cierta huella juanramoniana. Gradualmente conquistó cabal y nítido acento y se desprendió de grumos añorantes, que nucna se tradujeron en coloración central. Lo de esta suerte depurado lo coloca, indistintamente, en Mexico y en España. Y me remito a sus admirables poemas, hace unos meses aparecidos con el elocuente rótulo «Cuaderno del Nómada».

En cambio, Luis Rius (y la lírica apasionada de Inocencio Burgos se le acercaría), asimiló en el hogar de exiliados, en su escolaridad y amistades, una nostalgia traslaticia, el endoso de las remembranzas. Con tal grado de volitiva asunción que sus versos, en corte y motivos, léxicamente, podían haberse escrito aquí. Su docencia universitaria, de incuestionables prestigio y acción, se atuvo a esos principios, cimentó la orientación hispánica. Pero incluso un caso tal de compenetración con el origen nativo, ¿puede soslayar lo que en derredor palpita y no impregnarse, sutilmente, de las tonalidades vivaces, de la punzante concepción imaginística, de la mórbida fonética que en el aire se desfleca y difunde?

José Pascual Buxó (también catedrático, en Maracaibo, de edad similar) protagoniza una tesitura radicalmente opuesta. Desechó los temas «patrios» en el doble sentido familiar y ex nacional, cortó el cordón umbilical. Sólo ha querido abordar las estrictas y personales in-

citaciones de la poesía, y en prosa se ha manifestado, de modo iracundo —que quizá sea una forma de exasperado y lacerado amor— contra la sujeción a la «mentalidad de exilio». Impredecible todavía el carácter que asumirán —en el próximo porvenir— tanto la postura vital como la dicción poética de Tomás Segovia, Luis Rius, Manuel Durán, José Pascual Buxó, Inocencio Burgos. ¿Almas escindidas o ánimos de esculpida armonía? Desde cualquier supuesto sus mismas disyuntivas tendrán un epilogal —o prologal— valor literario. Y es inexcusable que, sin interferencias de ninguna índole, les dediquemos una permanente y fraternal atención. Son huellas y consecuencias del exilio y de su redescubrimiento, contemporáneo, de Iberoamérica.

Los poetas del exilio republicano español que en México se afincan a contar de 1939, y de los que León Felipe es avanzado e influyente portavoz, como he pretendido esbozar en este capítulo, componen una pléyade poco frecuente, por la jerarquía legítima y curiosa variedad, en el curso histórico de nuestras letras.

Y se asilan en un país cuya lírica —de López Velarde a Díaz Mirón y Amado Nervo, de José Gorostiza a Octavio Paz y Xavier Villaurrutia a Jaime Torres Bodet y a la clásica cima de Alfonso Reyes— logra, por aquella época, la granada fase que ha continuado en línea ascendente, al punto de que en la actualidad, según autorizados dictámenes mexicanos, la poesía esplende más y quizá, a su lado, palidezca el que fuera, por los años treinta, y tras la revola exuberante de la Revolución, un conjunto narrativo de extraordinario brío.

La convergencia de los dos núcleos poéticos, y de sus particularidades temáticas, sus relaciones y lícitas influencias mutuas, sus roces y ensambles, representa un desavío para los investigadores y un imperativo de averiguación. Junto al capítulo de testimonios, más bien parvo y fragmentario, será indispensable desbrozar determinados *silencios* y *abundantes* reticencias.

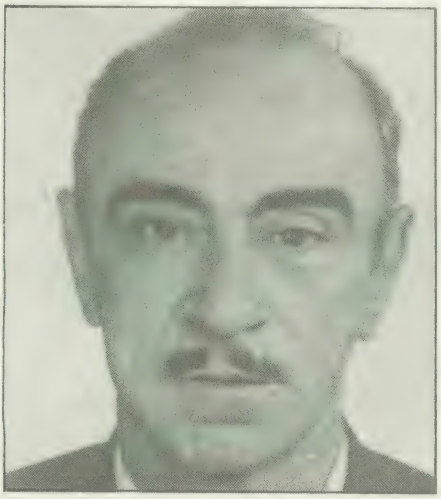
Sin embargo, con posibilidades de encuesta aún, me atrevo a pronosticar que el resultado sería altamente positivo. Unos y otros se complementan en las obras que nos proponen. Mexicanos y españoles estímulos hallaron en las expresiones que los configuran y contrastan. En este sentido, fuctífero ha sido el exilio, justificada la hospitalidad.

Con la excepción de León Felipe y de los intermitentes versos combativos de aquellos que mantenían una rotunda tipificación banderiza, y que accesibles fueron para la mayoría del exilio político y sus fuertes sectores partidistas, los poetas del exilio español únicamente consiguieron escasa audiencia, reducidos núcleos de lectores. Su condición minoritaria parecía insalvable dada la difícil circunstancia. Y a pesar de ello, no cejaron. Tampoco interrumpieron el contacto con sus colegas, viejos y nuevos, de la España aherrojada.

A esta tenacidad, a su encendida consagración ha de atribuirse el hecho de que la criba del tiempo tienda a rescatar y enaltecer su contribución literaria, que mediante apariciones y reapariciones guadianescas despierta una resonancia española no circunscrita a círculos elitistas.

Con predicados de calidad, la gran poesía del exilio español, de la que México es la más nutrida región, reviste ya, progresivamente, rango y dimensión populares.

Sombras y lejanías se convierten en luces y contigüidades. ■ **M. A.**



José Ramón Arana.

Juan Gil-Albert.

La España negra del pintor Solana

Ana Basualdo

ENTRE 1886 y 1945, existió en España un pintor heredero de Goya, casi loco, obsesionado por el lado macabro de la vida española de su época y que compuso infinidad de cuadros casi íntegramente negros, terroríficos y geniales, y hoy apenas conocidos. Sí lo fueron en su tiempo, gracias fundamentalmente a la fervorosa promoción que de ellos hizo Ramón Gómez de la Serna. Gutiérrez Solana tuvo una vida tan **negra** *como sus cuadros; mejor dicho, se instaló siempre en escenarios, hacia afuera y hacia adentro, convenientemente alejados del sol y sus ilusiones, para que no le hicieran perder el sabor de lo negro. La pasión de Solana consistió en mirar y describir, cada vez más fanáticamente, los mismos objetos, las mismas situaciones y personajes de una España no precisamente de pandereta, sino de cruz de penitencia, de martillazos en la cabeza para curar la locura.*

SU pintura no es psicologista ni impresionista pero tampoco está sometida al naturalismo: lleva las figuras más cotidianas de lo real a un nivel trágico. Solana pintó durante toda su vida, sin miedo, siempre al borde de la locura y rodeado sólo por varios locos de su familia, las formas españolas de la crueldad que supo percibir. Miró las cosas (objetos y personajes de la vida) a la luz metafísica del atardecer, las maduró por la noche, frecuentemente a la luz de velas, en medio de infinitas botellas de vino, infinitos cigarrillos y estridentes arias de ópera y, hacia la madrugada, las pintó exactamente hasta el hueso.

Pero no sólo acumuló máscaras, prostitutas y esqueletos de Juicio Final en sus cuadros; también escribió. A través de media docena de libros (dos volúmenes de **Madrid, escenas y costumbres, La España negra, Madrid Callejero, Dos pueblos de Castilla** y **Florencio Cornejo)**, todos ásperos, sin adornos, de pura descripción, Solana dejó un testimonio no recomendable para espíritus cómodos. De entre ellos, **La España negra**, específicamente, originó este reportaje. Si bien el pintor cuenta allí sus vagabundeos por unos cuantos pueblos y ciudades de Castilla, hemos elegido Santander como único punto de referencia. Y no sólo por que el capítulo dedicado a la ciudad cántabra es el más extenso sino, fundamentalmente, porque los ancestros de Solana pertenecieron a esa región y porque él mismo pasó allí gran parte de su vida; además, la familia Gutiérrez Solana tuvo unas características absolutamente típicas de la provincia de Santander.

La primera idea de este artículo consistió en verificar sobre el terreno hasta qué punto

José Gutiérrez Solana. Autorretrato (Madrid, Colección Juan Valero).

«Carnaval de aldea», óleo de José Gutiérrez Solana. (Colección particular. Madrid).

sobrevive aún esa **España negra,** disimulada quizá detrás de aparatos electrodomésticos y democracias apresuradas. Si no existen ya los disciplinantes, los ancianos con velas en la mano para decoración de entierros y las ferias con muñecos de cera, de qué manera, entonces, perduran la superstición y el horror medievales en las mentes vaciadas ahora frente al televisor. Santander, la ciudad del gran pintor y de su familia, que modificó su ritmo económico pero conservó sus costumbres, fue el lugar ideal. Después de recorrer sus valles y de conversar interminablemente con sus pobladores, surge una sensación bastante distinta de **lo negro.** Parecen menos **negras** las máscaras ululantes de Solana que las actuales señoras bañadas en crema, mantequilla y gritos de las cafeterías; menos **negro** el torero «Lechuga» (que, a falta de toro, lidiaba con su gato y hasta con su mujer, pero siempre tieso dentro de un espectacular traje de luces) que los petulantes empleados del Banco de Santander; menos **negras** las viejas prostitutas **(Las chicas de la Claudia, Mujeres de la vida,** en los cuadros de Solana) que los pequeños rentistas que —topos satisfechos— pululan a toda hora por el Paseo de Pereda.

Más de un dato de la familia Gutiérrez Solana la convierten en paradigma de las más tradicionales de Santander. El pintor se llamaba José Romano Gutiérrez Solana y Gutiérrez Solana. Hijo de primos hermanos, su historia comenzó en el pueblo montañés de Arredondo: vacas, tabernas, paradores de diligencia y mucha iglesia. El abuelo materno tuvo allí seis hijos; el paterno, un **indiano** dedicado a las exportaciones mineras, se casó en México con una nativa y tuvo tres hijos: Carmen, Manuel y José Tereso. Al morir,

su mujer envió a los varones a España, quienes, de visita en el pueblo de Arredondo, se casaron con sus primas hermanas Segunda y Manuela. Se instalaron los cuatro en la calle del Conde de Aranda, en Madrid. Allí, hijo de Manuela y de José Tereso, en pleno carnaval, el 28 de febrero de 1886 (el segundo mes del calendario azteca —vale la pena recordarlo— se llama Tlacaxipeualitzli, que significa **deshuesamiento de los hombres)**, nació José.

Creció en una casa sombría: padre taciturno que se refugiaba en un altillo para contemplar su colección de minerales e ídolos mexicanos o para leer **El Quijote;** madre triste que de vez en cuando tocaba el piano; tío subnormal **(El Mudo,** en su cuadro); criadas que, para adormecerlo, le contaban crímenes truculentos. Después de unos pocos años de desganado colegio, Solana opta para siempre por la pintura. Entre Madrid y Santander (sus cíclicos lugares de residencia), recorre las calles de día y de noche, invariablemente por los barrios más sórdicos, allí donde no hay posibilidad de engaño o disimulo. Y fue pintando —mejor dicho, aplastando rabiosamente sobre la tela sustancias y colores arrancados a lo más real (ni idealización ni fotografía sino más bien pulverización) de la realidad—, cada vez con mayor audacia, sus objetos obsesivos: máscaras, carnavales, esqueletos, santos, pescadores, procesiones, prostitutas y alienaciones inacabables. Pero todas esas figuras eran —productos del arte trágico español mezclado con el mexicano, tan abundante en calaveras y esqueletos de azúcar—, por supuesto, metáforas de la muerte. Tuvo una *inquietante capacidad* para captar lo que de muerto tiene las formas aparentemente vivas **(La tertulia del Pombo)** y lo que de vivo tienen las muertas **(El visitante del museo).**

Para entender a Gutiérrez Solana es imprescindible, sin duda, leer el libro que escribió su amigo Gómez de la Serna, quien lo calificó como un **verdugo de la realidad**, que daba **cuenta de ella en una confesión agarrotada entre la vida y la muerte.** Verdugo, matarife, cirujano de la realidad pero, también, víctima de sus visiones. Solana es como el Van Gogh o el Francis Bacon de la crueldad española. Su trabajo al borde mismo de la locura no alcanzó la grandeza universal de los otros dos pero, como ellos, tuvo que recoger la lucidez de sus visiones casi perdiéndola. Aunque valores estéticos los separen, los tres pintaron sin cortesía, con fiereza, como presos en una sesión de tortura. Bacon, para componer sus cuadros de una

«Al caminar por las calles en pendiente de Santander, escuchando, preguntando, espiando en cafeterías, portales o cualquiera inesperada ventana propicia, crece la evidencia de que lo negro está, hoy, en otro lado...» (Foto L. Poirot).

humanidad destrozada y aullante, suele inspirarse en las carnicerías y en los manuales sobre enfermedades de la boca. ¿Y qué cuenta Ramón en su libro?

«—*¿Qué pinta usted ahora*— se le pregunta—. Y él responde con su voz de barítono y de honda garganta:

—*Una cosa muy elegante..., muy elegante...*

—*¿Qué es ello?*

—*Una carnicería en el alba... Hay un cerdo con la boca abierta y chorreando sangre*».

José Gutiérrez Solana vivió toda su vida con su hermano Miguel y con su madre progresivamente loca, en una vieja casa de Santander y en otra, también vieja, de Madrid. La de Madrid estaba poblada de objetos que se movían con ritmo diverso: pequeños engranajes como moscardones que sin duda entraban o salían de la cabeza del pintor. Infinidad de relojes, pájaros artificiales, caraçoles, juguetes mecánicos. Solana llevaba ajustado a su cintura un gigantesco manojo de llaves, una para cada reloj y para cada juguete. Por las noches, tertulias con comidas fuertes, mucho coñac y arias de Rigoletto. La manía coleccionista de los hermanos llegó hasta las muñecas de cartón tamaño natural y pelo auténtico, que a veces llevaban a pasear y a tomar sol. Más allá de estas manías un poco pintorescas, Solana pintó —sólo por casualidad no había nacido cerca de las cuevas de Altamira— como un primitivo. Un troglodita fascinado por la realidad; enajenado por ella a fuerza de (sólo) describirla, de no interpretarla por temor a perderla.

«El brasero de la calle», aguafuerte de José Gutiérrez Solana.

Sesenta años después de que Solana escribiera **La España negra**, se puede verificar en Santander una cierta paradoja. Al caminar por las calles en pendiente de la ciudad, escuchando, preguntando, espiando en categorías, portales o cualquiera inesperada ventana propicia, crece la evidencia de que **lo negro** está, hoy, en otro lado. Exactamente en los descendientes «sociales» de Solana. Porque confluían en él dos cauces arquetípicos y a veces antagónicos de la sociedad santanderina: perteneciente a una familia tradicional enriquecida en América, rentista sin obligaciones, pudo dedicarse a retratar la otra cara de la ciudad. Vivía en el residencial Paseo de Menéndez y Pelayo, pero, por las noches, bajaba a los barrios pesqueros en busca de hombres cansados y prostitutas de enormes muslos.

Cuando Solana exponía sus cuadros en las galerías madrileñas, críticos y espectadores acostumbrados a un arte de esmaltes suaves no ganaban para sustos. Aquella era una España terrible, de cruces, martillos y calaveras, negra, que no había por qué mostrar. Subsiste todavía hoy, aunque mínimamente, pero no es esa ahora la que más asusta. Reliquia arqueológica en algún bar húmedo, en alguna calle del puerto, ahora sólo causa placeres turísticos. En cambio, mejor no imaginar cuánto

«...Esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los grumetes y fieles compañeros de los marineros». (Foto L. Poirot).

negro habrá en la cabeza de los rentistas circunspectos que recorren el Paseo de Pereda.

Estas viejas casas del muelle tenían unas hermosas vistas; por un lado, la bahía en toda su extensión, y por la parte posterior, la plaza de la Libertad, en cuyo centro había un quiosco de música. Las plantas bajas de las casas del muelle las constituían en su mayoría oficinas de comerciantes que habían hecho dinero céntimo a céntimo y pulso a pulso, o comercios más o menos ricos; en éstos se podía tomar el pasaje para La Habana, Veracruz, Buenos Aires, y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca.

Quizá lo único inalterado y gratuito (gratis) de la ciudad de Santander sea la bruma, bellísimo volumen gris que, en invierno, oculta toda la bahía hasta las diez de la mañana (a esa hora los barcos son apenas un trazo de lápiz negro sobre la lámina gris). Después, absolutamente todo tiene un precio ostensible, evidente, imposible de descartar; el dinero es —sucede en todos lados, pero allí ha invadido todas las vías de relación— absolutamente el único valor notorio.

Las mujeres de los pescadores se metían las faldas entre las piernas, bajaban con los pies descalzos unas escalerillas de piedra, y metiéndoles las manos tiraban las tripas al mar; al concluir la limpieza, quedaba un gran trozo de agua al lado de las barcas teñido de sangre.

Lucho y otros (muy pocos) pescadores recogen y acomodan los aparejos, bajo un sol de invierno excepcionalmente entonador. Hay tres únicas viejas barcas amarradas a la escalinata de piedra de Puerto Chico (el actual puerto pesquero —de todos modos, de mucha menos importancia económica para la vida de la ciudad que el Puerto Chico de la época de Solana— está ahora en la otra punta de la bahía). Aquí se alinean, ahora, yates y cruceros de pintura flamante. «La bahía —dice Lucho— es de ellos ahora, de los millonarios. La bahía no tiene casi agua. A la hora de la bajamar, a veces parece que se puede llegar a la otra orilla caminando. Necesita dragado. Pero únicamente dragan el canal en que los millonarios guardan sus embarcaciones. Nosotros tenemos que trabajar todo el día para comer,

«La vuelta de la pesca», óleo de José Gutiérrez Solana (Museo de Arte Moderno, Madrid).

para tener dieciocho o veinte mil pesetas al mes. Nuestro día comienza a las cuatro de la madrugada y termina muy tarde. Eso sí, en la barca compartimos todo: todo es para todos. Un bocadillo, un vaso de vino. Pero no hay mucha pesca. La mar está muy contaminada». Un perrito sucio y cariñoso lame las manos de Lucho, enredadas entre los hilos del aparejo.

...esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho y tosen bronco, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los grumetes y fieles compañeros de los marineros.

Justo en la curva de Puerto Chico, allí donde el Paseo se convierte en avenida costera que lleva a las playas del Sardinero, apoyado como gigantesco mascarón de proa sobre una barca que descansa en tierra, un borracho conversa festivamente con su botella de vino. Ha tapado la botella con la punta de un pañuelo blanco. A causa del viento, el pañuelo cubre la botella marcando sus ondulaciones y a veces la descubre y se despliega tenso como una vela. «Mi nombre es Santiago Carrillo Gutiérrez. No: Felipe González Giménez. Yo soy un pescador que no pesca. Porque no hay pesca. He vivido en Noruega muchos años. Y en Londres. Y ya no pesco más. Ahora estoy citado con Vital Alsar. Pero puede quedarse: me gustan más las mujeres que Vital Alsar. Y su... su... supongo que a Vital Alsar también».

Las campanas de la Almotacenia repicaban sin cesar; aquí se pesaban en grandes básculas los bonitos y los capachos de sardinas; muchas veces había discusiones y peleas; dos pejinas se pegaban con saña y ferocidad, se arrancaban el pelo y concluían por arañarse la cara. Estos insultos y discusiones interminables los oía con fre-

cuencia. Enfrente de la huerta de mi casa estaba el barrio de Tetuán: a los hombres se les oía poco, pues dormían o estaban en la taberna, pero las mujeres no había día que no riñeran y discutieran con una riqueza de palabras que para sí la quisiera la Academia de la Lengua.

A la entrada de la antigua Almotacenia, hoy simple mercado de frutas y verduras, un puesto diminuto de ventana enrejada. **La Cruza**, ancha, cubierta por varias capas de ropa de las cuales sobresalen unas mangas de fulgurante violeta, parece parte material de su cubículo. Detrás de cuya reja vende caramelos y cigarrillos. O quizá el cubículo tenga ruedas y **La Cruza** se desplace en él por las noches cuando nadie la ve. Es tal vez el último ejemplo de un Santander que ya no existe, y el único brote de rebeldía encontrado en muchas horas de charlas y ojo avizor por la ciudad. «Yo los quiero, pero los trato a degüello. Pero a mí me lo perdonan todo. Aquí hay alguna gente noble, aunque tienen la mala costumbre de hablar muy alto, pero casi todos son unos hijos de puta. Mire ése. ¡Qué cara de clarete!», le grita a un señorón de mucha corbata y mejillas más que rosadas.

Entre cajas de chiclets, montañas de caramelos y enfiladas barras de chocolate, muy juntos sobre el mismo estante, aparecen una imagen de la Virgen de Lourdes, foto de Felipe González y una tarjeta de las Juventudes Socialistas. «Sí, soy socialista. La única socialista de todo Santander, me parece. Yo estuve cuatro años presa y a mi madre los nacionales le quitaron el puesto».

Un hombre se acerca, mete su mano entre las rejas y le da dos pesetas; sin intercambiar palabra. Cruza le entrega un cigarrillo. «Son unas burracas —sigue gritando— las mujeres aquí. Van a las cafeterías a aparentar. ¡Qué van a tener dinero, si lo único que tienen son deudas! Yo trabajo para comer, pero no tengo ni una deuda. Vivo con mi hija. Pero no me quiero quedar en la casa. ¿Para qué? ¿Para mirar el televisor?». Cruza investiga entre sus ropas hasta encontrar una muy pequeña libreta. Me entrega una minúscula foto amarillenta: una mujer joven de porte hercúleo y cesta de pescados en la cabeza. Todo un desafío. «Así era yo cuando tenía diecisiete años».

Hoy el muelle se ha convertido en un hermoso paseo; sus andenes se han ensanchado, tomando terreno al mar, a su derecha; se ha construido un pequeño jardín, en el que hay un templete de música muy sólido, pues el antiguo se lo llevó el viento sur.

«...Y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca...» (Foto L. Poirot).

Cada mediodía, cada atardecer, y sobre todo cada mediodía y atardecer de fin de semana, uno se acuerda, en el Paseo de Pereda, de todas aquellas novelas y películas que con disgusto (y quizá apresuradamente) ha calificado de esquemáticas. Porque el Paseo de Pereda de Santander es tan esquemáticamente pequeñoburgués que no se puede creer. Parece la ilustración ingenua, exagerada, de una frase de este tipo: **«Clase media provinciana, prejuiciosa y feroz, tomando sol»**. Vestidos sin elegancia pero con una compostura que pone de mal humor, sin gracia pero con demasiado consciente pulcritud: ni una arruga, ni una distraída mancha en los grises, marrones, azules y verdes malva. El esplendor de un amarillo o de un rojo debe estar prohibido por las pequeñas inquisiciones domésticas. Están disfrazados de no permitirse nunca un disfraz. Y mejor repetirlo: es compostura, miedo a la arruga (la arruga es síntoma de pobreza), y no elegancia. Uno se divierte con la diabólica idea de llevar a uno de estos espiritualmente temerosos y gastronómicamente satisfechos rentistas santanderinos, sin previo aviso, a las Ramblas de Barcelona un sábado por la noche, en verano (Ocaña incluido). No hay en Santander ni un solo **hippy** (aunque fuera para quemarlo en simbólica hoguera), ni un solo **pasota**, y los escasos **progres** de barba se refugian en sus ghettos. Sí hay, en cambio, jóvenes militantes de Fuerza Nueva que reparten folletos sobre **La Mujer natural** (no se trata de ninguna mujer ecológica, sino de una de verdad, sin píldoras ni abortos). En ese clima petulante y encorsetado sólo se despliega la retórica del dinero. Aunque quizá no tanto. Porque, de pronto, inesperadamente, se oye por ahí:

«Carnaval», óleo de José Gutiérrez Solana. (Museo de Arte Moderno, Madrid).

«Quizá lo único inalterado y gratuito (gratis) de la ciudad de Santander sea la bruma, bellísimo volumen gris que, en invierno, oculta toda la bahía hasta las diez de la mañana...» (Foto L. Poirot).

—Están caros los libros, ¿has visto? Han llegado a mil y a mil quinientas pesetas.

Quizá se trate de la obra completa de Pereda, o de Menéndez Pelayo, retóricos santanderinos, o de Pérez Galdós, canario que un día se instaló frente al Mar Cántabro.

—Sí. Ya te lo decía yo: los libros de contabilidad están cada día más caros.

Bajo un sol tibio, frente a la bahía siempre más o menos brumosa («Castilla, por Santander, se parece a Holanda»: Camilo José Cela), las señoras caminan empujando enormes coches de bebé: importantes, de ruedas anchas y capotas oscuras. Al principio, sorprende que sean tantos; más tarde, intriga que realmente ni una sola madre, en esta parte de Santander, lleve a su bebé en brazos. Pero los niños en brazos, también ellos, son síntoma de pobreza. Por la misma razón, no se ve a nadie en el Paseo de Pereda con el más minúsculo paquete bajo el brazo. Todos se visten igual para indicar que nadie tiene menos dinero que el vecino.

«No, no, yo la paso a buscar por el hotel». O: «Si le parece, nos encontraremos en el Café Suizo». Otra bella costumbre: difícilmente los santanderinos abren las puertas de sus casas. De las quince o veinte entrevistas que requirió este reportaje, sólo un cura de setenta años, «muy cansado», se atrevió a tal aventura.

Todos tienen la cabeza blanca de pensar en el dinero y hacer números; juegan en mangas de camisa, aunque haga mucho frío, para dárselas de pollos; son petulantes. Llevan un pedrusco de brillante en la sortija y cadena de oro, gastan faja y tienen todos tipo de patán y tendero. Algunos prefieren entrar dentro de la taberna a jugar a la baraja y beber vino.

«En el Suizo. La veo a usted, con mucho gusto, en el Suizo, a las doce y media».

En las casas bajas del muelle había antiguos cafés: el Ancora, el Suizo, donde había reuniones de comerciantes y militares y se jugaba desaforadamente al chamelo y metían gran ruido con las fichas, como si quisieran romper el mármol de las mesas.

Mucho rojo y flores artificiales en este remodelado Café Suizo. Acodados en la barra, un hombre y una mujer jóvenes parecen sumergidos en la sensualidad; parece un coqueteo con cama inminente. Pero conviene no acercarse porque no habrá más remedio que oír parte del diálogo. **Ella:** «El año próximo subiré a 60.000. ¿Y tú?». **El:** «A 65. Y además seré jefe segundo».

A las doce y media en punto

«Carnaval», óleo de José Gutiérrez Solana. (Museo de Arte Moderno, Madrid).

llega el ex diputado por UCD Francisco Láinz Gallo, maduro pero con un ímpetu estilo Zorba el griego. Cazadora de paño azul y guantes de cuero blanco para conducir su descomunal moto. Su familia acumuló varios de los más dorados apellidos santanderinos: Láinz, Gallo, Ribalaygua, entre otros. Con sonrisas y gesticulación enfática, Paco Láinz trata de quitar importancia, de hacerse perdonar, estos asuntos: «Mi familia era del pueblo de Ajo. Aquí la gente siente mucho orgullo por el pueblo donde nació. Habían llegado con Carlos V y se quedaron. Trabajaron en la industria del hierro y desarrollaron un gran individualismo. Yo siempre digo que el montañés es independentista, sí, pero de uno en uno».

El atlético ex diputado ha tenido diez hijos («porque todavía la contraconcepción no estaba de moda»), que van de los veintiocho a los siete años. «Sí, aquí somos un poco conservadores, en general. Hubo, efectivamente, muchos matrimonios en la misma familia. Los indianos enriquecidos volvían de América y, para que la fortuna quedara en casa, se casaban con la sobrina o la prima». La de los Láinz, dicen, es bastante cuantiosa: tiendas, fábricas y, hace poco, espectacular venta de terrenos al Banco de Santander para la construcción de un nuevo edificio.

En estos cafés parecía prohibida la entrada a las señoras, pues no se veía más que, como cosa exótica, alguna extranjera o forastera.

La Universidad Internacional de Menéndez Pelayo (que funciona en el Palacio de la Magdalena, en esa lengua rocosa metida en el Cántabro) y el turismo de verano han modificado algunas costumbres, aunque no la mentalidad, de las señoras de Santander. Ahora, hacia las seis de la tarde, las cafeterías son invadidas por una cantidad verdaderamente temible de estas señoras. Al entrar en Kansas, por ejemplo, un vaho de señora mayor, con mucha crema, gafas, abrigo oscuro, pelo teñido y prensado, provoca auténtica asfixia. Es como una selva de gritos y desconfianza: todas hablan al mismo tiempo y miran con no disimulado disgusto a los desconocidos. Después de dos horas de oído atento, se pueden recolectar las siguientes frases-promedio: **Necesitaba seis millones / Ahora lo traspasa / Pero querrá interés / Sí, tenía un despacho y ahora pone otro / Gana mejor como ingeniero / ¿Y para qué quiere otra tintorería?**

Según cierta resentida lengua **progre** de Santander, todas estas señoras son pequeñas rentistas, pequeñas ahorristas, pequeñas accionistas. Sus cuentas personales les dan peso en la familia, autoridad para imponer horarios y costumbres. «Has de saber —dice la misma lengua— que el regalo de Año Nuevo del Banco de Santander a sus accionistas consiste en bombones». Seguramente fueron estas mismas señoras, o sus tías, o sus madres, quienes tuvieron que lidiar en cierto momento con impúdicas estatuas. En una

oportunidad, lograron que el picapedrero rebajara los voluminosos pechos de la escritora Concha Espina. Y eso que, cuando Alfonso XII la descubrió, estaba protegida por un solemne sostén de encaje negro. Sigue todavía en los Jardines de Pereda, pero delgada y triste, a pesar de los cuatro puntos verdes que alguien le dibujó en ojos y pezones.

Pero las señoras fracasaron en su intento de que no se erigieran dos corporizaciones desnudas del Señor Ahorro y la señora Beneficencia en la fachada de su sacra Caja de Ahorros. Mientras anónimos y protestas se acumulaban en los cajones, las estatuas tuvieron que ser instaladas clandestinamente por la noche.

Para los hijos de estas señoras, su mejor posibilidad de **status** reside, sin duda, en pertenecer a la organización entre feudal y capitalista que es el Banco de Santander. Entidad kafkiana que preside el poderoso Emilio Botín de Sautuola: trescientas sucursales en todo el país y un centenar de prolongaciones en la industria, el transporte, el turismo, la construcción. Ni el Palacio de la Magdalena en verano, con sus estudiantes suecas, ha perturbado tanto a los jóvenes ambiciosos como «el Banco». Es que, como dijo un ejecutivo flotando en su despacho absolutamente verde («es nuestro color distintivo»), «ésta es una pequeña universidad».

Enfrente de esta casa está el convento de las Hermanitas de los Pobres, y en el soportal están ya los viejos de los entierros, que esperan cachazudamente acompañar al muerto, como nos acompañarán a nosotros y como se acompañarán ellos, pues ésta es su misión y para esto parece que han nacido. Son ancianos que ya no sirven ni para sostenerse los pantalones, pero que en estos casos tienen un aspecto decorativo y se hacen imprescindibles; todos llevan grandes hachones encendidos en las manos, y casi todos visten de negro con levitones y gabanes dejados por inservibles.

Para buen número de santanderinos, es **El Banco** (y no la universidad o el teatro, por ejemplo) la institución más estimulante de la ciudad. Y hasta la empresa Nereo de Pompas Fúnebres es mirada con admiración porque su dueño logró fusionar cuatro en una. No es su única particularidad: Bernardo Ruiz Varela —el empresario que quedó al frente del monopolio— tiene costumbres insólitas. Se dedica a la crianza y adoración de **ponys**, a los que bautiza como si fueran joyas: Perla, Diamante, Rubí, Esmeralda. Cada año organiza una corrida de toros en beneficio de los viejos del asilo; los sube

«...A esa hora, los barcos son apenas un trazo de lápiz negro sobre la lámina gris». (Foto L. Poirot).

«Dormitorio de pobres», dibujo de José Gutiérrez Solana.

a un landó tirado por caballitos y —todos vestidos de negro— los pasea por la ciudad.

Purísima mañana de otoño. Bernardo Ruiz Varela ha llegado en un carruaje impecable. Los caballitos forman un triángulo perfecto: Furia, de largas crines blancas e increíblemente sedosas y peinadas («Es tordo claro, holandés, de 93 centímetros de alzada; tiene siete años»), adelante; Rubí y Diamante, detrás y paralelos.

—Esto es como un ballet. Es música y geometría. Las cabezas tienen que estar a la misma altura. Con las correas les comunico el ritmo del paso, la velocidad, las curvas, las paradas. Los conduzco con la palabra y el movimiento de mis manos sobre las correas. Nunca les grito ni les digo palabrotas ni les pego. Observe: tienen las orejas para atrás para estar en contacto conmigo. ¡Ojalá!

Los tres se detienen inmediatamente y dejan paso a los autos. Furia ladea suavemente su cabeza, sus largas crines de **vedette.**

—Vamos, andar...

La voz tiene un volumen de conversación; sin embargo, Furia, Rubí y Esmeralda retoman en seguida su trote callejero.

—¡Ojalá!

Frente al semáforo rojo, Furia baja la cabeza y mordisquea una hoja de plátano.

—Eso está mal, ¿ve? Sí, sí, ¿qué diría usted si una bailarina de pronto deja de bailar y se muerde la zapatilla? Lo que sucede es que hoy es el primer día en que se caen las hojas y están un poco confundidos.

También los viejos de los entierros se retiran y apagan las velas, guardándoselas en los bolsillos; para mayor comodidad, la mayoría marchan juntos, llevando al más viejo de la mano; pero otros quieren ir solos, están cansados de la sujeción, quieren ser independientes, tener un rato de libertad.

—La funeraria es una herencia. Es algo que se origina en el dolor, cierto, pero yo trato de hacerlo del modo más humanitario posible. Por eso, me preocupo por los ancianos del asilo. Mi negocio es la muerte, pero a mí me gusta la vida: soy vegetariano, y aconsejo a todo el mundo los principios vegetarianos.

Esta calle da salida a la cuesta de Gibaja, donde están las casas de mujeres de mala vida; cuelgan de los balcones muchas colchas; desde la calle se ven empinadas escaleras de estas casas; en los portales hay pozos para subir el agua y un bombillo metido en una alambrera.

Cuesta del Hospital, calle del Limón, calle San Pedro, calle Cuesta, Ruemayor. Oscuras, adoquinadas, estrechas y en pendiente, son las calles que inspiraron a Solana los notables cuadros **La casa de la Claudia, Mujeres de la vida, La calle del arrabal.** No deben haber cambiado demasiado.

En el bar El Sombrero, de la Cuesta del Hospital, Dorita, rubia, vivaz, «cuarenta años en el barrio», quiere contarlo todo:

—Lo sé todo de este barrio. Y le aseguro que nunca he visto lo que veo ahora. El modo en que los macarras tratan a las mujeres... Es una vergüenza. Hay una mafia de gitanos. Le diré los nombres: el Pimpín, el Callejón Miguel, el Antonio. Y no sólo pegan a las mujeres, también a los clientes cuando se niegan a pagar el absurdo precio que ellos piden. Después de trabajar veinte horas, tiene que verlos: a ellas, comiendo un bocadillo inmundo; a ellos, en una cafetería lujosa. Además, sin control médico ni nada. Pero un poco también se lo merecen: son muy golfas, les gusta ese trato. Y cuando viene un cliente bueno, una buena persona, en seguida dicen: «Es un cabrón». Y hacen cosas que no tienen disculpa. ¿Le parece a usted correcto que les enseñen ciertas cosas a un muchachito de 17 años? El pobre se hace un vicioso; sólo quiere el vicio, y seguramente su esposa, luego, o sus amigas, no le harán lo mismo. Será distinto en Barcelona, quizá, pero aquí las mujeres honestas son muy conservadoras. Cuando yo era joven, la prostitución era otra cosa. Estaban las madamas, la María Luisa, la Ojo Piedra, la Carmina, la Celia, las francesas. A las chicas las veían médicos. Era antes del gran incendio del 41. Entonces estas casas, fíjese, estaban justo al lado de la Catedral y de un colegio de monjas.

En los altares, las imágenes son muy sencillas; son santos de yeso, santos de bazar llenos de purpurina y recargados de encajes: en un principal está el del fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola. Va vestido de negro; en una mano, pequeña y regordeta, tiene un bonete de forma anticuada; en su enorme calva brillan las luces de las velas y tiene una barbita rubia y recortada. Su aspecto es algo repugnante, parece un redomado hipócrita.

En busca del **negro solanesco** es posible encontrar en Santander datos que Buñuel sin duda festejaría: por ejemplo, un notable número de subnormales, enanos y mellizos. Hace algunos años fueron casadas en la iglesia de Santa Lucía dos parejas de mellizos por dos curas mellizos y dos monaguillos mellizos. Por supuesto, toda una multitud de cofrades saludaron en el atrio.

Y también es posible encontrar coleccionistas de los objetos más insólitos: picaportes, pelucas, colillas de cigarrillo. Según rumores, cierto viejo santanderino —Martín Lanuza, quizá— posee, o poseía, una colección de colillas consumidas por gente famosa: Alfonso XII, Churchill. El nombre, efectivamente, aparece en el listín. Del otro lado se oye una voz titubeante:

—No, no, era mi padre, que murió a los 89 años, hace 12, pero él pintaba, y ponía colillas en sus cuadros.

—Bueno... bueno... si usted quiere venir.

Una mucama (¿o hermana, o tía, o sobrina de la voz?) oligofrénica abre la puerta. La voz pertenece a un cura alto y lánguido que se pasea por una casa de habitaciones oscuras, crujiente piso de madera y absolutamente tapizada de cuadros. Largo pasillo hasta llegar a la única sala con luz natural. El sol ennoblece un ambiente que, más allá del umbral, se hace espeso e insoportable. El cura muestra un paisaje pintado por su padre —Pablo Martín Córdova— y la firma: una colilla de cigarrillo.

—Con eso él quería indicar que ya no servía para nada, que ya estaba viejo y valía menos que una colilla. Como yo, que tengo 69 años y estoy tan cansado. He tenido cuarenta mil fieles en mi parroquia, y estoy tan cansado.

■ **A. B.**

Homenaje a José Gutiérrez Solana, del Ayuntamiento de Paradas.

MADRID, DIA 13 DE DICBRE. DE 1949. DIARIO ILUSTRADO

ABC

DIARIO ILUSTRADO DE INFORMACION GENERAL

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA

FRIO EN MADRID

Ha empezado a cubrirse de nieve el Guadarrama, y se pasea por las calles de Madrid el famoso aire que "mata a un hombre y no apaga un candil", aire precursor de los rigores del cercano invierno. La escena, fotografiada ayer en un barrio típico madrileño, representa a un grupo de obreros de la construcción que hace alto en sus tareas para calentarse los pies en un brasero improvisado con un cubo de los que se emplean en el edificio. (Foto Cifra.)

(«ABC» 13-XII-1949.)

UNA ACTUACION EJEMPLAR

Altamente significativo ha sido el acto celebrado recientemente en el palacio de El Pardo con motivo de entregar el Caudillo los premios a los ganadores del concurso de aprendices. La presencia de los ministros de Justicia, Industria y Comercio y Trabajo dio especial realce a la ceremonia. Los aprendices españoles han sido tratados en este su III Concurso Nacional —certamen sin igual en todo el mundo— con los máximos honores.

Hemos de congratularnos por ello, ya que el gesto del Generalísimo refleja exactamente el querer y el sentir y la especial significación del Movimiento; precisamente por tratarse de la masa juvenil y de la clase trabajadora. La nueva España pone todo su empeño en la formación y mejoramiento de una y de otra. Si los principios fundamentales que informan nuestra Cruzada han de prevalecer, y si toda la suma de esfuerzos y de sangre que derrochamos en nuestra guerra civil no ha de ser baldía, se hace preciso recuperar y consolidar para España las nuevas generaciones juveniles y de trabajadores.

Desde el primer momento el Generalísimo Franco se percató de ello y concitó todos sus esfuerzos en conseguirlo. Su genio militar nos deparó la victoria, su visión de estadista pretende consolidarla forjando en los ideales de patriotismo, fe católica y justicia social las nuevas promociones de españoles. Era preciso salvar la Patria del caos por la fuerza de las armas y evitar también en lo sucesivo que la propaganda demagógica, el imperio de la mentira, la intoxicación de nefastas doctrinas y la desorientación de las masas volviese a dar al marxismo el monopolio de la justicia social y arrancase de la entraña de la juventud española los nobles sentimientos de fe católica y amor a la Patria. Ello equivaldría a llevarnos de nuevo al trance caótico en que caímos en 1936.

Fuerza es reconocer que en este sentido el panorama de España ha cambiado radicalmente. Existe una diferencia sustancial y a todas luces ostensible entre la España de hoy y la que nos dejó la República. El régimen ha demostrado con hechos —y no con una simple y frívola propaganda— que la realización de unos ideales de justicia y bienestar social no es patrimonio exclusivo de unos dirigentes desaprensivos que triunfaron y medraron especulando con la vida de los trabajadores, especulando como contratistas de la tranquilidad pública. Ahí está, como un hecho cierto, objetivo e innegable, la profusa y profunda legislación social dictada por el Generalísimo Franco. Ahí está también la obra meritísima, por tantos conceptos encomiable, del Frente de Juventudes con su sección de aprendices.

Hubo de llorar España en su día con lágrimas de sangre la depravación espiritual de aquellos pioneros y juventudes marxistas que cifraban sus ideales internacionalistas en un odio declarado a su propia Patria y una servil sumisión a la bandera, símbolos, himnos y dictadores de la Unión Soviética. Esta torpe y malévola desviación de la conciencia y de los sentimientos más nobles que debe alentar todo buen español ha sido radicalmente raída de nuestro suelo. No por la fuerza de la autoridad, sino por el convencimiento de los hechos. La preocupación social y de formación de la juventud que obsesiona al Caudillo ha dado sus frutos.

No podía ser de otro modo si se tiene en cuenta que hay una perdurable sociedad espiritual que forman las sucesivas generaciones y que ello es lo que garantiza en el tiempo y en la Historia la prosecución de la Patria.

(«Ya», 11-XII-1949.)

(«La Vanguardia», 10-XII-1949.)

España no ha hecho ningún prisionero de guerra

UNA MENDAZ INFORMACION APARECIDA EN ALEMANIA HA INTENTADO EMPAÑAR LA RECTITUD DE NUESTRO PROCEDER

BERLIN, 20. (Crónica del corresponsal de YA.)— Si algo afecta e irrita particularmente a los alemanes, a todos sin excepción ni diferencia de ideas políticas, es la repatriación de los prisioneros. Para indisponer seriamente a un alemán con un país, indignarle y hacer que nazcan en él rencores peligrosos, basta con retrasar indefinidamente la vuelta de aquéllos, sean unas docenas o unos miles. A los germanos les puede molestar que desmantelen toda su industria, pero quizá se avengan a soportarlo. Impídase, sin embargo, el regreso de antiguos soldados, y los mismos germanos se sublevarán y clamarán, con mucha razón, al cielo. Esta sensibilidad de la población entera de Alemania ha sido aprovechada también para atacar a España, tergiversando hechos, callando verdades y supurando en la prensa y en los ánimos informaciones tendenciosas. Desde hace muchos meses intentan ciertos sectores políticos germanos minar el buen nombre de España con insidias sobre alemanes a quienes nuestro Gobierno mantiene en cautiverio. Luego, el Presidente Heuss, al pedir públicamente la repatriación de todos ellos, citó escuetamente el hecho de que en España todavía se encuentran antiguos combatientes alemanes, y, apoyándose en la declaración presidencial objetiva y concreta, dichos grupos intensificaron la campaña de calumnias. En resumen, dice ésta que España mantiene en condiciones inhumanas a millares de prisioneros de guerra alemanes, a los que niega la repatriación.

INFORMACION MENDAD

La insidia llega a tal punto, que un senador de Berna, que estuvo recientemente en nuestra tierra, y a quien se le autorizó a visitarlos, publica a media plana una información en el diario «Die Welt», órgano oficioso británico editado en Hamburgo, en la que dice que gritaron: «¡Dejadnos salir! ¡Estos cerdos (los españoles) nos dejan que muramos! ¡No somos criminales!». Wolters les preguntó si les pegaban, y le contestaron: «No directamente». En fin, apoyado en su autoridad de senador, en la fuerza que da haberlos visitado personalmente, y en un tono logrado de objetividad que da al artículo, éste ha causado gran impresión en Alemania.

La mendacidad de la información se advierte claramente al observar que la crónica, igual o en variantes, merece honores de grandes titulares, composición destacada y plana preferente. Sin embargo, perdido entre el fárrago de noticias rutinarias, en tipo pequeño y como suelto, aparece en el mismo diario alemán el resumen de una conferencia de prensa de este mismo senador Wolters, que calló en el artículo lo que dijo allí literalmente: «Se trata (los internados) en general de aventureros que querían pasar por España hacia la Argentina». Es decir, según pudiera deducirse, de gentes que, si se hubieran quedado en Alemania, estarían en la cárcel condenados por los tribunales de desnazificación.

Pero no sólo esto. Llegan a mi conocimiento cartas de alemanes, declaraciones de alemanes en organizaciones de la Cruz Roja y de socorro a repatriados, que coinciden en afirmar que se trata de pocos centenares de alemanes, en su mayoría desertores de la Legión Francesa, fugitivos de Francia, huidos de Alemania y aventureros que pasaron todos ilegalmente por fronteras españolas, siendo internados por las autoridades, como lo es todo individuo que cruza cualquier frontera sin documentación, en todas las partes del mundo. Muchos de ellos, de ser devueltos al punto de origen, parece que sufrirían condenas.

CON OCASION DEL AÑO SANTO, EL CONSEJO DE MINISTROS ACORDO AYER UN INDULTO PARA LOS CONDENADOS POR DELITOS COMUNES Y ESPECIALES

Las penas de dos años se considerarán extinguidas y se conmuta la cuarta parte de la condena a los sentenciados hasta veinte de reclusión

(«ABC», 10-XII-1949.)

MADRID.—La esposa del peón de albañil Manuel Lozano (sin trabajo actualmente), Josefa Díaz, ha tenido un parto triple. Eran ya padres de otros tres hijos, el mayor de nueve años. El cura párroco de Nuestra Señora de las Maravillas ha acudido en su socorro.

(«ABC», 20-XI-1949.)

También se han escrito cartas a la prensa alemana combatiendo esta campaña; pero mientras los artículos estilo senador Wolters se aceptan con honores, las cartas al director contradiciéndole pasan, por lo visto, al cesto de los papeles.

Aún más todavía, para que los españoles sepan bien a qué atenerse y qué responder cuando se enfrenten con alguna insidia de esta especie: el Gobierno español ha internado, en efecto, a unos centenares de alemanes, por las razones apuntadas anteriormente, porcentaje minúsculo del total que viven en España y llegaron a ella en la posguerra, a los que se conceden todos los derechos y las libertades previstas para el extranjero en nuestra legislación. El Gobierno español no ha hecho ningún prisionero de guerra, por la sencilla razón de que no ha estado en ninguna guerra. Dichos alemanes son gentes que se mantenían o trataban de mantenerse de manera ilegal en España y han sido detenidos, como lo serían en cualquier parte, significando una carga que el Estado español no tiene por qué sostener. Y, por último, España no se ha opuesto nunca ni ha retrasado nunca la repatriación de dichos alemanes. Ha renunciado a ponerlos de patitas en la calle, es decir, a llevarles a Irún, al puente internacional, darles un empujoncito y que ellos se las arreglasen como pudieran. Ha preferido mantenerles internados mientras alguna autoridad competente se decida a darles los visados de tránsito o de entrada en Alemania.

¿Que no se les repatria? Desde que entraron esperamos que alguien venga a recogerlos. Sobre todo, a visitarlos y averiguar en qué condiciones se encuentran estos alemanes pueden ir hasta senadores que saben dar puñaladas traperas y no vacilan en dejar imprimir la palabra cerdos para referirse, por boca de ganso, a los españoles. La prensa española, que yo sepa, nunca ha empleado en sus columnas este calificativo, que muchos hemos oído decir también a algún descontento, con razón o sin ella, al referirse a otro pueblo.

APELACION A LA HONRADEZ

Sólo me resta apelar en mi crónica al buen sentido de la colonia alemana permanente en España, a la honradez de cuantos han encontrado nuevas posibilidades de vida en nuestra tierra, a cuantos alemanes se encuentran allí y a sus organizaciones de socorro mutuo, comerciales o culturales, para que el nombre de España quede en el lugar que le corresponde en este asunto que tanto les afecta. Y apelar a los españoles para que el nombre de los senadores Wolters no sea confundido con el de los europeos de buena fe que se esfuerzan por el triunfo de la verdad en beneficio de la paz internacional.

(«Ya», 21-XII-1949.)

ESPAÑA COMO EJEMPLO

Por GUILLEN SALAYA

«¡España, España!», gritaba Maragall desde sus soledades cantoras, y el eco de su voz resonaba hasta los entresijos del corazón unamunesco, a quien, de tanto pensar en el problema de España, le dolía quijotescamente en sus carnes como si la Patria se le hubiese vuelto no destino de su persona, sino órgano funcional de su propio ser como individuo, de ese su «yo» que, como él dijera, soñara la vida y viviera la sobrevida.

Sí, soñando posibles caminos para la Patria, cual si nuestra nación, sin impulso y sin brújula, hubiese perdido en los avatares de la navegación histórica su rumbo y su destino, viniera al mundo de la razón y del gobierno de su familiar patrimonio, esa juventud que floreció en un otoño dorado, melancólico de nostalgias impresas en las hojas caídas de los árboles centenarios, como si la tradición sólo pudiera servir de mullida alfombra al tumulto callejero, pero que, en aquel año joseantoniano, las nostalgias y los recuerdos, la fe y la esperanza, el amor a la patria y el espíritu hispánico se ayuntaron en un haz de flechas develadoras en aquel amane-

PETICION DE MANO DE LA SEÑORITA CARMEN FRANCO POLO

La señorita Carmen Franco Polo y su prometido, don Cristóbal Bordiu, marqués de Villaverde, fotografiados durante la fiesta íntima celebrada con motivo de la petición de mano de la hija de S. E. el Jefe del Estado, en el Palacio de El Pardo

(Foto exclusiva para LA VANGUARDIA de Cemua)

(«La Vanguardia», 20-XII-1949.)

cer de otoño de una sonrisa de la primavera que retornaba a sus puestos las hojas verdecidas del futuro con la impronta magnífica de la tradición lozana.

Pero hasta ese día, la vida de España y de los españoles se había hundido en una noche oscura, extrañamente insegura y terriblemente problemática. En «España como problema», nos lo dice con frase certera Laín Entralgo: «El hecho es que la vida de España se hizo en 1929 pura y absoluta inquietud. A los dos años había sido derribada la Monarquía; a los dos años y pocos meses el problema de España quedaba planteado con holgura y crudeza insólita». Exacto. Ya todo estaba en ruinas, y en el horizonte, mejor diríamos en el contorno del hombre, ya sólo quedaba aquí, y fuera de aquí, como aguijones de avispas zumbadoras, el berbiquí de las más hondas y entrañables interrogantes humanas.

La vida de Europa se había vuelto, en los años de postguerra, un puro esqueleto de problemas sin vitales substancias capaces de salvar la crisis suscitada por la contienda bélica. La secularización de la cultura

Sí, mamá...
El regalo que prefiero es
MARIQUITA PEREZ,
o Juanín
Serrano, 8 - José Antonio, 1
Núñez de Balboa, 52

Gran venta de retales en Nuevas Pañerías

EMPIEZA MAÑANA, LUNES
Retales espléndidos de paños y estambres de caballero, de lanas, sedas, mezclas y algodones. Los hay en todos los tamaños y calidades.

Con un desembolso mínimo puede adquirir ahora un corte de traje, gabán, americana o pantalón; o un corte de vestido, abrigo, chaquetón, bata, falda, blusa, etcétera.

Aproveche, pues, la feliz coyuntura que desde mañana le brinda nuestra gran venta de retales.

NUEVAS PAÑERIAS
MONTERA, 31

europea había terminado con la muerte del liberalismo en la cuna misma donde naciera, y, con la bolchevización de su costado oriental, infarto pestilente que, no extirpado, amenazaría con la gangrena de todo el cuerpo de Europa.

Como Europa no supo vencer sus males y, por contra, se abismó en las raíces de esos achaques que padecía —el racionalismo científico-técnico, sin el soporte de lo espiritual y sin la cúpula de lo teológico —y místico—, hubo de sufrir el azote de la segunda guerra mundial, en la que, a la muerte del liberalismo, se unió la decapitación de la democracia capitalista, ya que ésta no tenía sus fundamentos éticos, ni económicos, en las humanas creencias de la cristiandad. Se había olvidado que una democracia sin bases cristianas, y sin católico sentido de la vida, se derrumba, fatalmente, por el tobogán de la tiranía de una clase, de un grupo, de una persona que, encarnando la idea simple de una materialismo histórico y existencial, obliga por el terror de sus congéneres a trabajar sumidos en la más abyecta de la servidumbre.

España, en tanto, quedó en pie desde aquel amanecer josenantoniano, a cuyas hojas de octubre, doradas por el sol de los años, le puso alas de Primavera nuestro Caudillo Francisco Franco. Y entonces ocurrió que los ojos en llanto de Europa retornaron hacia España, no para auscultar y elucidar sus problemas, sino para servirse de ella como ejemplo, ya que no supieron en su día tomarla como escudo y cabeza, con su mística y su derecho, del cuerpo de la cristiandad.

Mas todavía queda un mundo y ultramundo occidental, que prefiere hurgarse sus llagas a fin, sin duda, de reconocer la existencia de su angustia o la angustia de su existencia, tornada primitivismo o animalidad, no vida, no misión, no destino trascendente, y que, por no entender el sino de los tiempos, ni la lección de los hechos sociales, ansía pervivir en sus errores, aunque estos errores le traigan los horrores de una tercera guerra mundial, perdida definitivamente por el hombre de Europa.

PHOENIX (Arizona).—El Sha de Persia, que recorre actualmente los Estados Unidos, ha llegado a Arizona, donde ha sido sorprendido por la cámara fotográfica cuando inspeccionaba los servicios de regadío, ataviado a la manera de los vaqueros del país, y montando una jaca de preciosa estampa. (Foto Ortiz).

(«ABC», 10-XII-1949.)

¿Acaso no le ha servido a nuestro continente de aviso la derrota de dos guerras sufridas en la mocedad y madurez del nuevo siglo? Pues estas guerras, quieras o no, han tenido como finales objetivos liquidar en Occidente la ilusión de un progreso sin fin científico-técnico y político sociao, no se asentaba sobre los postulados de un humanismo católico, de un entendimiento del hombre con sus semejantes y del hombre con su Dios. La guerra, decimos, vino a liquidar, con el rulo de la técnica, todas las falsas creencias que el hombre europeo desde el Renacimiento y la Reforma había cultivado como si se tratase de las propias esencias de su naturaleza, sin percibir que ese panteísmo sin espíritu de su idolatría era una naturaleza muerta.

Ahora todo está claro en el mundo, aunque no se quieran confesar las verdades. De un lado, la Europa del progreso que hubo de hacerse el harakiri en las dos últimas y cruentas guerras. De otro lado, la España católica que no pudo alcanzar la meta del progreso científico-técnico por faltarle el soporte económico y el acierto en el rumbo de un buen gobierno, pero conservó el alma y el espíritu con lo que ganó la victoria al comunismo ateo y al materialismo esclavista.

En este trance de agonía para el mundo de Occidente el destino manda de nuevo a España que sirva de ejemplo a fin de que el espíritu torne a ser timonel de la técnica y de la humana convivencia. Y un nuevo humanismo, ecuménico, católico, levanta hasta los cielos los corazones de todos los hombres.

Mas para esa empresa del espíritu es ineludible, como lo fuera antaño, como lo será mañana, tomar a España como ejemplo.

(«La Vanguardia», 28-XII-1949.)

(«ABC», 13-XII-1949.)

SANCIONES A LOS QUE ENTREN EN ESPAÑA CLANDESTINAMENTE

Normas del ministerio del Ejército para la aplicación del decreto de indulto

El Boletín Oficial *de ayer publicó una ley de la Jefatura del Estado, en la que se determina que el que entrare clandestinamente en territorio nacional será castigado con la pena de prisión menor, sin perjuicio de cualquier otra responsabilidad que pudiera haber contraído.*

Los Tribunales aplicarán la pena en la extensión que estimen justa, atendiendo a las circunstancias del caso y de los antecedentes y peligrosidad del responsable.

Si hubiese recincidencia, la pena se impondrá en un grado máximo.

No comete el delito del artículo anterior, ni será, por tanto, puesto a disposición de la autoridad judicial, el que se presente a las autoridades o sus agentes inmediatamente de su entrada en territorio español.

(«ABC», 25-XII-1949.)

EL CARDENAL SEGURA CONDENA LA TRADICION DE LAS DOCE UVAS

Acto eucarístico en la parroquia de Santa Cruz, con motivo del Año Santo

«Il Quotidiano», de Roma, recuerda el martirio de que fue objeto el cardenal Mindszenty

Sevilla, 27. «Son frecuentes los peligros de irreverencia y profanación en las misas que se celebran a media noche, porque siempre, la maldad busca las tinieblas para maquinar el mal», afirma el cardenal Segura en un documento pastoral dirigido a los fieles de la archidiócesis. En dicho escrito el prelado, después de reproducir íntegramente el decreto de la Sagrada Congregación de Sacramentos autorizando como primera gracia del Año Santo la celebración en todas las diócesis de la misma de media noche el último día del año, establece normas para su cumplimiento. Finalmente condena la tradición de las doce uvas, «que es una costumbre pagana y supersticiosa».— *Cifra.*

(«ABC», 28-XII-1949.)

CASTIGADOS SIN CINE

Por José María DE VEGA

Gran idea la que ha tenido el alcalde de Alberique. De ahora en adelante, los analfabetos alberiquenses —¿se dirá así?— no podrán concurrir a ninguna clase de espectáculos.

La orden, en principio, parece bastante difícil de cumplir. Claro que en Alberique la cosa será más factible, ya que, aunque no tengo a mano el Espasa, es de suponer que no será una de las más pobladas ciudades de nuestra Península.

El hecho es que los analfabetos de Alberique, en lugar de concurrir a las clases nocturnas, sabiamente establecidas y dirigidas con toda competencia, abarrotaban los locales de espectáculos públicos. Abandonaban la pedagogía por Ingrid Bergman y descuidaban el uso correcto de la «h» en beneficio de las películas de «gángsters».

Por regla general, los alcaldes se preocupan siempre más de quitar o poner árboles, de organizar o desorganizar la circulación y de imponer multas a los contraventores de sus edictos.

Por eso mismo, por lo raro y solitario de su gesto, merece mayores plácemes el alcalde levantino. Y, también, por el procedimiento elegido. A un individuo que se obstina en no aprender a leer no es posible conducirle diariamente a la escuela nocturna, custodiado por dos guardias municipales. Tampoco sería justo condenar a muerte a los reincidentes, aunque no hay duda de que surtiría un saludable efecto.

La letra con sangre entra, decían los viejos dómines; y nada más doloroso y cruel, para un aficionado, que prohibirle el acceso a su espectáculo favorito.

Es indudable que la comentada disposición municipal habrá llenado de ira a los propietarios de los teatros de Alberique.

Felicitemos, pues, al digno alcalde de Alberique. Y esperemos que, en una de las próximas sesiones de aquel Ayuntamiento, se acuerde dar a una calle de aquel pueblo su nombre. Con muchos menos motivos hay otros que...

(«Ya», 13-XII-1949.)

(«ABC», 4-XII-1949.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

Juana de Ibarbourou o el abismo del tiempo

Nelson Martínez Díaz

1. Epoca y entorno

Durante un período que puede acotarse cronológicamente entre 1904 y 1939, Uruguay conoce un proceso de singular crecimiento. Estimulada por el aumento de la población, la ciudad de Montevideo: «bella y opulenta como correspondía al modelo del tiempo» (1) se extendía rápidamente para albergar el caudal inmigratorio. Con el desarrollo de algunas industrias, pero sobre todo por el impulso de la actividad frigorífica exportadora, la fisonomía del país —dependiente con características de país desarrollado—, experimenta profundas transformaciones político-sociales. Claro está, que el «modelo batllista» configurado por las nuevas pautas ordenadoras de la actividad nacional, implantado sobre una estructura cívica e institucional que dio al Uruguay sitial de ejemplo democrático, e instaurado bajo la presidencia de José Batlle y Ordóñez, sólo fue posible porque el país mismo había conocido sensibles cambios en el orden material y, en definitiva, de mentalidad, que contribuyeron a socavar los soportes de una sociedad tradicional adversa a toda innovación.

No resulta extraño, entonces, que la aparición de una generación intelectual conflictiva fuera motivo de más de un escándalo en el Montevideo de comienzos de siglo, donde una burguesía ordenada, progresista, pero también pacata y satisfecha de sí misma, expresaba su bienestar social en formales veladas que se desarrollaban en ambientes decorados al mejor estilo europeo. Estos espíritus contradictorios, signos mayores de un elitismo que reaccionaba contra el espíritu antiheroico impuesto por el previsor ordenamiento burgués, reconocieron tempranos representantes, como el poeta Roberto de las Carreras, o centros de reunión para su agresiva bohemia, como la Torre de los Panoramas, regida por su máximo oficiante, Julio Herrera y Reissig, o el Consistorio del Gay Saber, aglutinado en torno a la inquieta figura de Horacio Quiroga, y que escondía bajo el barroquismo de su denominación la acuciante penuria material de sus integrantes.

Junto a ellos, alistaron otros nombres, como el de los poetas Armando Alvaro Vasseur y Angel Falco, este último paseando su inquietud social; Florencio Sánchez, que vuelca al teatro vernáculo toda la problemática social nacida de las transformaciones de una sociedad aluvional, mientras que él mismo vive continuas penurias económicas; Carlos Reyles, que escribe sus obras de temática rural desde la cómoda ubicación de sus haciendas de tipo inglés; María Eugenia Vaz Ferreira, que acuñaba en el clima de los salones de sociedad la angustia de su trágica soledad, y Delmira Agustini, que inaugura un lenguaje sentimental de encendido erotismo, truncada su producción poética por una trágica muerte. La figura del ensayista José Enrique Rodó, enriquecida por una obra equilibrada y serena, expresa, sin embargo, una firme inquietud por el futuro de los pueblos latinoamericanos en su libro **Ariel.** Todos estos nombres conforman una experiencia única, una época literaria privilegiada.

2. Desafío y temor: dialéctica de un mundo poético

Las voces femeninas aparecen, en las primeras décadas del siglo, como un signo de novedad

(1) Angel Rama, **La belle Epoque,** *Montevideo, Enciclopedia Uruguaya, núm. 28, pág. 142.*

en la poesía latinoamericana. Es que paralelamente a la ruptura con ciertos patrones tradicionales se produce la crisis de sus símbolos sociales, y la mujer, relegada hasta entonces a papeles pasivos, comienza a incorporarse a la vida activa, a las profesiones y a los estudios universitarios. La poesía que nos dejan entonces Delmira Agustini, la argentina Alfonsina Storni, la chilena Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, recoge un contenido experiencial, intransferible, expresa el reconocimiento de su ser social. La poetisa de esos años pone al descubierto su proceso interior, doloroso o apasionado, su visión del amor y del sexo cumpliendo una función de encuentro con el mundo.

Juana de Ibarbourou nace en la ciudad de Melo, del Departamento de Cerro Largo, en Uruguay, el 8 de marzo de 1892 (2). Hija del español Serafín Fernández, oriundo de Galicia, y de la criolla Valentina Morales, fue contemporánea de Alfonsina Storni y de Gabriela Mistral; sucesora, en la lírica uruguaya, de Delmira y María Eugenia, por su temática se encuentra más cerca de la primera. Aunque, como ha señalado acertadamente Grossmann, todas ellas extremaron sus registros apasionados: «...por más que en su conducta personal se mantuviesen dentro de los antiguos límites fijados por la tradición ibérica» (3).

Los dieciocho primeros años de Juana Fernández Morales transcurren en el ambiente de su ciudad natal, experiencia casi rural, que marca toda su obra proporcionándole un lenguaje y una recurrencia visual campesina. Un paisaje de casas todavía coloniales y de tardes perfumadas de naranjos quedará en su memoria, junto a la lectura que su padre solía hacerle «de los versos de Espronceda y las dulces quejas de su nemorosa Rosalía de Castro», dirá Juana más tarde. Casada en 1914 con Lucas Ibarbourou, capitán del ejército, recorre el interior del país al lado de su marido y en el interín nace su hijo, Julio César. En 1918 se instalan en Montevideo y Juana presenta entonces algunos versos a la sección literaria del diario «La Razón», bajo el seudónimo de Jeannette d'Ivar. En 1919 aparecerá en Buenos Aires la primera edición de **Lenguas de Diamante**, su primer libro de poesía, que lleva la firma de Juana de Ibarbourou, nombre que usará desde entonces. En ese volumen aparecen ya los temas que abordará el lenguaje poético de Juana; están trazados los senderos que transitará lo mejor de su obra y, también, los límites de su universo. El futuro obrará serenando las resonancias de esta su primera fase lírica, y la poetisa entrará con el paso del tiempo en la soledad voluntaria y la resignada espera.

Asombra, en primer término, la alegría sensual, juvenil y desafiante. Desarrollada en contacto con la naturaleza cómplice, a espaldas del mundo provinciano y austero donde transcurrieron sus primeros años, lanza al rostro del lector la audacia de la mujer joven consciente de su belleza:

«Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena»
(«Salvaje»)

y en otro poema:

«Toda mi carne joven se imprsgna de esa esencia,
Perfume de floridas y alegres primaveras
Queda en mi piel morena de ardiente transparencia».
[(«Amor).

A la hora de Juana, desbrozado el camino por Delmira Agustini, era posible escribir sin otro escándalo que la admiración por la audacia poética, estos versos:

«Tómame ahora que aún es temprano.
Y que llevo dalias nuevas en la mano.
Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.
Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.
Ahora, que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera»

rematados por acentos que delatan otras preocupaciones existenciales:

«Hoy, y no mañana. Oh, amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?» («La hora»)

Pero incluso la idea de la fugacidad del tiempo y de la muerte inevitable no está aún claramente ligada a la declinación de la juventud, y el desafío se extiende hasta su propio dominio:

«Caronte yo seré un escándalo en tu barca.

En el día de su consagración como «Juana de América». A su derecha, el poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín; a su izquierda, el escritor mexicano Alfonso Reyes.

(2) Dato proporcionado por su amiga, la escritora Dora Isella Russell, en: suplemento de **El Día.** *Montevideo, 12 de agosto de 1979.*

(3) Rudolf Grossmann, **Historia y problemas de la literatura latinoamericana.** *Madrid, «Revista de Occidente», 1969, pág. 465.*

El poeta José Santos Chocano, «el primero en darla justicieramente el nombre de Juana de América», según afirmara él mismo.

Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
Y bajo tus miradas de siniestro patriarca
Las tímidas y tristes, en bajo acento, oren,
Yo iré como una alondra cantando por el río
Y llevaré a tu barca mi perfume salvaje»
[(«Rebelde»)

El temor a la muerte y al paso del tiempo todavía no se ha desarrollado como presencia angustiada, y se encuentra enraizado en sus poemas con el sentido cristiano de la vida. De ahí que ese paganismo sensual, ese oficio de sacerdotisa de Eros que cultiva poéticamente, se diluye de pronto en momentos místicos:

«Ha de llegar el día en que he de estarme
[quieta,
¡Ay, por siempre, por siempre!
Con las manos cruzadas y apagados los ojos».
(«La inquietud fugaz»).

Se trata de una idea resistida por el deseo de permanencia, de retorno, que subyace en su expresión poética; lo que le hace pedir que la sepulten a flor de tierra, junto a una fuente, para volver:

«Por la parda escalera de las raíces vivas».
(«Vida-garfio»)

Esta íntima fusión de elementos poéticos fue bien advertida por don Miguel de Unamuno, quien escribía en 1919: *«Una excelente, excelentísima poetisa oriental —y esto de oriental le cuadra por algo más que por ser uruguaya— Juana de Ibarbourou, ha escrito poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenida que recuerda a las de Safo —no las de la leyenda—, poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las hubiere publicado».*

3. Juana de América

Para explicar el vertiginoso éxito de Juana de Ibarbourou, su pronta acogida como representante de la poesía femenina de América Latina, hay que ver más allá, incluso, de la calidad de su obra, y de los deseos, como el del poeta peruano José Santos Chocano, de rendir homenaje a la uruguaya. Para comenzar, entre 1915 y 1920 se produce una reacción —aunque no de idénticas proyecciones en todos los países— ante el modernismo en el ámbito latinoamericano. México puede adjudicarse, con el libro que publica el poeta Enrique González Martínez en 1911, **Los senderos ocultos**, conteniendo un soneto denominado **Tuércele el cuello al cisne**, el momento de ruptura con la estética modernista, aunque el mismo Rubén Darío había propiciado ese hecho con sus **Cantos de vida y esperanza**, ensayando una poética más comprometida con el hombre. Se depura entonces una concepción estética que conlleva la confidencia sentimental como temática principal, que privilegia la anécdota individual y romántica. Paralelamente a esta línea poética accede a la narrativa el predominio del regionalismo, donde la naturaleza es descubierta como lo telúrico, aquello que moldea el ser americano. En cierta medida, elementos de estas dos corrientes pueden encontrarse en Juana de Ibarbourou, que en 1920 había publicado ya **El cántaro fresco**, poemas en prosa, y en 1922, **Raíz salvaje**, poesías.

Un análisis de su obra escrita hasta entonces, nos muestra el predominio del escenario campesino, de la visión agreste, mezclada con el ímpetu vital y espontáneo:

«He mordido manzanas y he besado tus labios.
Me he abrazado a los pinos olorosos y negros»
[(«La inquietud fugaz»)

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
De los pastos maduros. Mi cabello sombroso
Esparce al destrenzarlo, olor a sol y a heno»
(«Salvaje»)

Se trata de una antítesis de las muestras líricas ofrecidas hasta entonces por la mujer

De izquierda a derecha de la fotografía: Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou. Las tres célebres poetisas hispanoamericanas, en enero de 1938.

latinoamericana: se unen en Juana, con calidad expresionista, la voz poética de plenitud vital y segura, y la continua apelación a un ambiente rural y salvaje donde transcurre la anécdota del poema. Esta es, creemos, sumada al valor de su obra poética, la explicación de su éxito en los años veinte: la penetración en una atmósfera generacional que la acoge como uno de los suyos, lo más significativo de la poesía femenina del continente. Sin duda, un examen de los poemas de Juana denuncia fácilmente sus adhesiones a las formas métricas modernistas; sus aproximaciones a los poetas españoles, de donde muchas veces le proviene un léxico que no es el rural americano. Pero lo innegable es que su sensibilidad recoge un canto interior que es, también, el de su generación. Es conocido finalmente, que procede de Santos Chocano la denominación de «Juana de América», con que fue investida en la ceremonia que tuvo lugar el 10 de agosto de 1929 en el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo, en Montevideo

4. El silencio y el tiempo

Los éxitos se acumulan, los honores oficiales asedian a la poetisa hasta su muerte. Pero el tiempo trabaja para todos, y al poeta le exige renovaciones que marchan inexorablemente paralelas con su actitud vital. Juana publica en 1930 **La Rosa de los Vientos**, donde se advierte la búsqueda de nuevos rumbos. Pero el camino es largo. En 1942 fallece su esposo, durante cierto número de años abandona la poesía para cultivar la prosa: **Chico Carlo, Los sueños de Natacha**, son algunos de sus títulos. Trabaja en su retiro, publica **Perdida** en 1950, y aunque el título mismo parece definitorio de un estado de espíritu, el poema **Tiempo** es un claro análisis de la situación de la poetisa:

«Me enfrento a ti, oh vida sin espigas,
Desde la casa de mi soledad.
Detrás de mí anclado está aquel tiempo
En que tuve pasión y libertad...» («Tiempo»)

Es un poema de la tranquila serenidad, pero también es un acento distinto el del tributo de la soledad. La clave está en un verbo: «ANCLAR»; aquel tiempo, fuente de la poesía que le dio la fama, ha quedado atrás, anclado. Pero el acto de anclar no expresa algo definitivo, como sepultado, o extinguido, es una idea de posible navegación y regreso; tal vez nos en-

Juana de Ibarbourou en 1968. Epoca de serena resignación ante el paso del tiempo, reflejada en su producción poética.

contremos nuevamente con el anhelo, subyacente, de retorno. Y todo el poema tiene ese pasado como punto de referencia «desde la casa de mi soledad». En su obra posterior, cada vez más alusiva al término de la existencia y la fugacidad temporal, se mencionará frecuentemente ese tiempo pasado, como si no hubiera sido aún plenamente asimilado, transformado, sino congelado para siempre en el recuerdo desde su voluntario exilio de varias décadas en el interior de su propia casa. La desinserción del medio que le rodeaba se fue ampliando con el paso del tiempo, en su retiro de la Unión, en Montevideo, donde vino a sorprenderla la muerte el 15 de julio de este año. La muerte tan esperada y tan temida:

«Porque regreso de la muerte y tengo
el terror del vacío de que vengo
y la embriaguez hambrienta de estar viva»
(«Resurrección»)

Su alejamiento por causa nunca conocidas, aunque respetadas, la imagen de unas puertas siempre cerradas en su casa, la reducción de las visitas a un exiguo grupo de amigos, contribuyeron a crear leyendas fomentadas por su hurañía. Así, el olvido de su presencia por una parte, el cuestionamiento de su obra poética posterior por la generación del 45, de la que emergieron tantos valores jóvenes —«Generación de los parricidas» la denominó el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal—, fueron abriendo entre Juana y los nuevos lectores el abismo del tiempo. No obstante, es necesario recordar las palabras de otro gran poeta uruguayo recientemente desaparecido, Roberto Ibáñez: «Sea como fuere nadie podrá discutir que Juana quedará». ■ **N. M. D.**

NOTA DE EDITORIAL: En la página 22 del número 60 de TIEMPO DE HISTORIA (correspondiente al mes de noviembre pasado) y en el pie de foto de don Manuel Irujo y Ollo, se mencionó por error su cargo de Senador «por designación real» en 1978. Cuando debe decir que se presentó al Senado en 15 de junio de 1977, en la coalición U.A.N. (Unión Autonomista de Navarra) con P.S.O.E., saliendo elegido, por votación de los navarros, Senador (obtuvo alrededor de los 60.000 votos).

La Colección Volsciana de Cracovia

● Una biblioteca con antiguos textos españoles en la Universidad de Cracovia

Bogdan Piotrowski y Gimeno Bayón

1.—La ciudad de Cracovia. Breve historia y hegemonía cultural

Los orígenes de la ciudad de Cracovia —Kraków— se remontan al siglo IX de la era cristiana. No es entonces sino una reducida comunidad de mercaderes y artesanos alrededor del castillo de Wawel. Su emplazamiento geográfico, de capital interés en la ruta Este-Oeste, le hace conocer un rápido crecimiento. Ya en el año 965, Cracovia es conocida como centro comercial de primer orden. Fue cristianizada un año después (966),

fundamentalmente por parte alemana. La ciudad gana en importancia bajo el reinado de Boleslas «El Valiente», mediante la creación de la diócesis. Reinando Casimiro «El Renovador», en la primera mitad del siglo XII, Cracovia se convierte en la capital del país. En 1275, conforme al derecho alemán, se constituye en ciudad.

Otro acotecimiento de gran influencia en su desarrollo es la coronación, en 1320, de Ladislao «El Corto», de la dinastía Piast, unificador del territorio polaco (hasta entonces las tierras polacas conocieron un modo de repartición feudal). Desde esta fecha, las coronaciones y enterramientos reales se celebraron en esa ciudad.

A pesar de las invasiones tártaras, Cracovia se mantiene como pujante centro urbano. En 1364, Casimiro «El Grande» fundó la Academia de Cracovia, que se transformaría, más tarde, en Universidad Jagelona (su sucesora, Jadwiga, era hija de Luis «El Húngaro» y esposa de Ladislao Jagellón). Durante la dinastía de los Jagellones, el influjo de esta Universidad fue muy notable. Cuatro eran las materias impartidas: Teología, Derecho, Matemáticas y Astronomía. Sus aulas albergaron la genialidad de Nicolás Copérnico.

Cracovia conoce un próspero período durante el siglo XVI, bajo el reinado de Segismundo «El Viejo». El «siglo de Oro» polaco se caracteriza por el desarrollo del comercio, el artesanado, las construcciones laicas y religiosas, la pintura y la escultura. En esta época fue reconstruido al gusto renacentista el castillo de Wawel. Los mejores artistas polacos, italianos y de otros países trabajaron en el esplendor de la ciudad. En las

Actual emplazamiento de la biblioteca Jagellona.

Letras cabe destacar a Jan Kochanowski, figura indiscutible de la Literatura polaca, el equivalente a Cervantes en las Letras españolas.

Finalizando el siglo XVI, Segismundo III traslada la capitalidad de la nación a Varsovia. A lo largo del XVII, debido a las sucesivas invasiones suecas y las guerras contra ésta y Turquía, la ciudad de Cracovia sufre un muy serio retroceso en todos los órdenes. El llamado «diluvio sueco» dejó como saldo una aterradora destrucción. Incendios, inundaciones, epidemias..., desolación, fue el balance de decenios de enfrentamientos.

A partir de 1795, Cracovia estuvo bajo la denominación austriaca. No obstante la ocupación, gozaba de una cierta autonomía. Allí se fraguaron los movimientos culturales y políticos que desembocarían en la formación del sentimiento nacional. Agrupados en organizaciones culturales, los artistas y pensadores mantenían su intransigencia frente a la ocupación y defendían el carácter polaco de su actividad. Su labor fue muy apreciable a finales del siglo XIX. Hombres como Jan Matejko, primer director de la Academia Cracoviana de Bellas Artes, fueron celebrados en la dobre vertiente de artistas y patriotas.

De igual modo, Cracovia fue el principal centro del modernismo polaco (Przybyszewski, Witkiewicz, Wyspianski, Malczewski, etc., dieron consistencia a la cultura autóctona polaca basados en motivos de la cultura campesina) y de los diversos movimientos literarios y vanguardias intelectuales que se formaron entre las dos guerras mundiales.

En 1939, la ocupación alemana detuvo el avance cultural, ensañándose con profesores y científicos. Numerosos eminentes profesores de la Universidad, luego de ser «invitados a conocer sus derechos como enseñantes polacos», acudieron a «la reunión que se iba a celebrar en una de las aulas». Desde tal aula, fueron conducidos al campo de concentración de Auschwitz, donde la mayoría de ellos encontró la muerte. Los escasos supervivientes se vieron obligados a hacer renacer (los alemanes devastaron y masa-

Collegium Novum, actual sede del Rectorado de la Universidad de Cracovia. Dos vistas del patio del Collegium Maius, el edificio más antiguo de la Universidad.

craron) la fértil cultura polaca.

En la actualidad, Cracovia (700.000 habitantes) disputa con Varsovia la capitalidad cultural del país. Como ejemplo de dedicación, citaremos el «plan de conservación de la ciudad», ambicioso programa hecho público este mismo año, que trata de restablecer y conservar el trazado, los edificios y los valores culturales cracovianos. A esta tarea están convocados todos los polacos.

Paralela a la historia de la ciudad, la Universidad conoce el esplendor y el desastre. Los modernos edificios que hoy albergan a una nutrida población estudiantil fueron levantados alrededor del antiguo emplazamiento y en zonas para ello establecidas, en conmemoración del DC aniversario de su fundación. Su biblioteca alberga valiosísimas colecciones de textos antiguos. Señalaremos como más representativas la colección de Erasmo de Rotterdam y la colección Volsciana, que a continuación nos ocupa.

2.—La colección

Debe el nombre a su fundador y primer propietario Piotr Dunin Wolski, de quien ofrecemos unos breves datos biográficos.

Piotr Dunin Wolski (18-VIII-1531 a 20-VIII-1950) fue residente en la corte de Segismundo Augusto, rey de Polonia, a la par que estudiante en Padua (Italia). En 1545 —contaba catorce años de edad— recibió las canonjías de Gniezno, Kujawi y Poznan. En enero del 1561, luego de la muerte de la reina Bona Sforza, viajó a España en calidad de Delegado del Gobierno para mediar, frente a Felipe II, en la devolución de las sumas napolitanas. Regresó a Polonia en agosto del 1569 y allí permaneció, tan sólo, cuatro meses. En España residió hasta el verano del año 1573. Tres años después fue nombrado Canciller Mayor del Reino y Obispo de Przemysl. En 1577, Obispo de Plok. Residió en Roma y en Bolonia, donde conoció a U. Aldrovandi. Siete años antes de su muerte, se instaló definitivamente en su país natal.

Coleccionista de libros y amante de la literatura española, reunió en su residencia obispal —castillo de Pultusk— una rica biblioteca (unos 1.200 volúmenes). Adquirió los libros en sus viajes o a través de sus numerosos amigos. En su testamento legó todos los libros de contenido laico a la biblioteca de la Academia de Cracovia (más de 900 volúmenes) y 130 volúmenes de contenido religioso a la biblioteca catedralicia de Plok.

Esta aportación es tanto más valiosa si se tiene en cuenta que la literatura española no fue apenas conocida en Polonia; ni siquiera en el siglo XVI, cuando la expansión política y cultural española fue más notable. Tan sólo existían algunas traducciones por intermedio del italiano (por ejemplo: «Del consejo y conse-

jeros» de F. Ceriola —publicado en 1597— y las obras teológicas de Luis de Granada).

La colección presenta un aspecto homogéneo. Encuadernación en pergamino a la manera italiana y, sobre los lomos, los títulos estaban escritos en caracteres góticos caligrafiados según el modo español. Sobre algunas cubiertas se encuentran ex libris dorados.

Los textos fueron descubiertos por el filólogo Edward Porebowicz a finales del siglo pasado. En su artículo «Libro de los pliegos españoles desconocidos que se hallan en la biblioteca Jagellona de Cracovia», publicado en 1891, leemos:

«Los bibliógrafos enumeran los pliegos de imprenta de Burgos, Valencia, Sevilla, Córdoba, Salamanca, Medina del Campo, Bilbao, Toledo, Valladolid, Barcelona, Logroño y Cuenca. En estos pliegos existen numerosos romances, pero faltan los de Granada, auténtica cuna de dos de los más importantes géneros del romance popular: El romance fronterizo y el romance morisco novelesco. El libro de pliegos llena esta laguna. Todos sus pliegos, probablemente recogidos en su lugar de edición, fueron impresos en la casa de Hugo de Mena en fechas diferentes. El libro está compuesto sistemáticamente: En los primeros cuadernos figuran las poesías religiosas, luego recoge romances y glosas de romances. En las páginas libres, como es frecuente en los pliegos sueltos, se hallan composiciones laicas (chistes, preguntas, partidas, relaciones, diálogos, disparates, etc.). Lo más destacable son los romances, sobre todo los desconocidos. No todos tienen el mismo valor; el más importante es el «Romance del Rey Chico que perdió a Granada» —romance fronterizo núm. 85— ...».

La localización de algunos textos difiere grandemente de la relación hecha por Durán (Biblioteca de los autores españoles). Así, podemos confrontar:

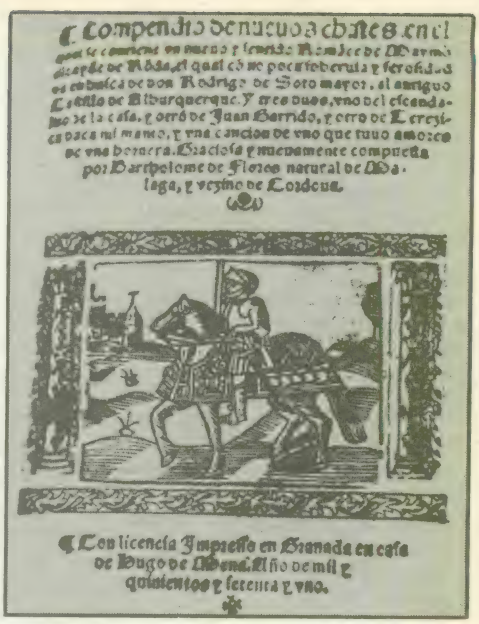
Durán cita el núm. 80 impreso en Alcalá en 1611. Por el contrario, el libro de pliegos remonta al año 1568 su impresión.

«Nr. 80. Aqui se contiene quatro obras muy coteplatiuas. La primera vn dialogo de la Magdalena. La segunda la pauana de nra Señora. La tercera el chiste de la moja. La quarta vn chiste de la Asumpcion. Con licencia Impressas en Granada en casa de Hugo de Mena. Año de 1568.

In 4 o goth. 4 ff.

La Universidad de Cracovia en la actualidad.

Las partidas dela muy noble nõbrada e gran ciudad d Granada en metro, o en manera de Perd hecho por Sebastian Martinez: vezino d las Defas, q es en el marquesado de Villena. Con vn villancico.
Año de. M.D.lxxj.
Con licencia Impressa en Granada en casa de Hugo de Mena.


Compendio de nueua cortes en el que se contiene vn marido y seruicio: Rombre de Mayrmi discipulo de Rodas, al qual cõ me pecato de ceruia y seruidumbre es cabeça de don Rodrigo de Soto mayor, al antiguo Castillo de Alburquerque. Y tres duos, vno del escudero de la casa, y otro de Juan Garrido, y otro de Lereyes dada mi mano, y vna cancion de vno que tuuo amores de vna hortera. Graciosa y nuevamente compuesta por Bartholome de Flores natural de Malaga, y vezino de Cordoua.
Con licencia Impresso en Granada en casa de Hugo de Mena. Año de mil y quinientos y setenta y vno.

Piotr Dunin Wolski reunió, en el siglo XVI, una rica biblioteca con abundantes textos españoles. En las fotografías podemos comprobar la calidad y belleza de la impresión.

Contiene:

1. Dialogo de la Magdalena: *Digas ortelano.*
2. La pavana de nuestra señora: *A Vos virgen pura estrella que guia.*
3. Chiste de la monja: *Yo conozco digo y cuento.*
4. Otro chiste: *Oy Reyna que al cielo.»*

El número 82 es citado por Durán como de Lope de Sosa, impreso en **1603.** El libro de pliegos asegura haber sido impreso en Granada, en casa de Hugo de Mena, en **1568.** El número 99 difiere en 34 años (1570 y 1604) la fecha de la primera impresión, según ambas versiones (Libro de Pliegos y Durán, respectivamente).

Exceden a la intención de este trabajo de divulgación el análisis o la relación exhaustivos. Esperemos que los investigadores del tema concluyan con las disonancias registradas. Por nuestra parte, concluimos transcribiendo el ya citado y valioso «romance del Rey Chico que perdió a Granada». Durán cita dos romances con este tema, pero modificados por Sepúlveda y Fuentes.

TEKSTY

Romance del rey Chico que perdió a Granada.
(Nr. 85, folio III, col. 1).

El año de cuatrocientos
que noventa y dos corria
el rey Chico de Granada
perdió el reyno que tenia.
Salióse de la ciudad
un lunes a medio dia
cercado de cavalleros,
la flor de la Moreria.
Su madre lleva consigo
que le tiene compania.
Por esse Jenil abajo
el rey Chico se salia,
passó por medio del agua
lo que hazer no solia,
los estrivos se han mojado
que eran de grande valia.
Por mostrar mas su dolor
que en el coraçon tenia
ya que essa (1) aspera Alpuha-
[rra
era su jornada y via,
desde una cuesta muy alta
Granada se parecia.
Volvió a mirar a Granada,
desta manera dezia:
"O Granada la famosa,
mi consuelo y alegria,
o mi alte Albayzin
y mi rica Alcayceria,
o mi alhambra y alijares
y mezquita de valia,
mis baños, huertas y rios
donde holgar me solia;
¿quien os ha de mi apartado
que jamas yo vos veria?
Aora te estoy mirando
desde lejos ciudad mia;
mas presto no te veré
pues ya de ti me partia.
O rueda de la fortuna,
loco es quien en ti fia:
que ayer era rey famoso
y hoy no tengo cosa mia"
Siempre el triste coraçon
llorava su covardia
y estas palabras diziendo
de desmayo se caya.
Yva su madre delante
con otra cavalleria;
viendo la gente parada
la reyna se detenia,
y la causa preguntava
porque ella no lo sabia.
Respondióle un moro viejo
con honesta cortesia:
"Tu hijo mira a Granada
y la pena le afligia".
Respondido avia la madre,
desta manera dezia:
"Bien es que como muger
llore con grande agonia
el que como cavallero
su estado no defendia". ■ **B. P.**

(1) W tekscie: *y aquessa.*

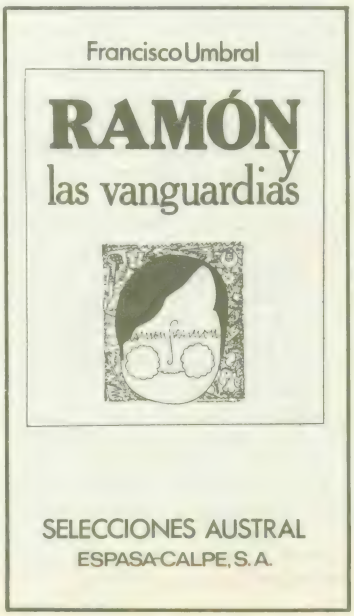
EL RAMON DE UMBRAL

Las biografías que hizo Ramón Gómez de la Serna —en el libro que comento, «Ramón y las Vanguardias» (1), Umbral las califica de «fingidas»— no son tales biografías; no lo son, al menos, en el sentido tradicional de la palabra. En cierto modo eran su propia historia, su propia experiencia vital contada con los datos de otro y de otro tiempo. Y el libro que Umbral ha dedicado a Ramón tiene también mucho de biografía «fingida», de reconocerse en el biografiado. «Ahora es cuando presiento que, efectivamente, Ramón me ha dado algo, me ha facilitado una óptica del mundo que es la suya —y quizás la mía...—», nos dice él mismo. No constituye esto una técnica especial, ningún género nuevo —las buenas biografías siempre han sido así—. Sencillamente, se trata del escritor que dialoga con el escritor y que, desde una óptica común, decide enfrentarse al mundo, al sistema, con su escritura.

En «Ramón y las Vanguardias» no ha pretendido Francisco Umbral hacer una biografía erudita de Ramón —por otra parte, ya la hizo, y muy extensa, Gaspar Gómez de la Serna— y, pese a lo que el título parezca indicar, sólo se analiza el proceso de las vanguardias de principios de siglo y su relación con él de un modo muy superficial. En este sentido, la tesis del libro gira en torno a la afirmación —a mi parecer, exagerada— de que Ramón Gómez de la Serna fue toda la vanguardia española. Así, Umbral olvida el ultraísmo, esa revolución literaria que supo asimilar los logros de la vanguardia europea de aquella época; movimiento al que Ramón, si bien no se puede decir que participase en él de una manera activa, no fue del todo indiferente.

(1) **Ramón y las vanguardias,** *Francisco Umbral. Selecciones Austral, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1978.*

Ramón es uno de esos personajes de la literatura española que, quizás por su orgullo, no puede incluirse en ninguna tendencia o movimiento determinado. En su caso, sólo se le puede incluir bajo el epígrafe de «ramonismo». Su pertenencia a la vanguardia, aparte de tener unas características especiales en la forma escrita, estuvo en el hecho de saberse inventar otra realidad. «Lo que menos merece la vida —escribió— es la reproducción fiel de lo que aparenta suceder en ella». Ramón odia la realidad y el realismo, sobre todo ese realismo fatalista, fruto de la España del noventa y ocho, que presenta la novela de Baroja o, antes, de Galdós. Umbral dice al respecto: «Aquí se inscribe en la nómina de los rebeldes, de los que sin haber consumado una revolución histórica o masiva, mantienen su rebeldía personal frente al espíritu positivista burgués, que traducido a la literatura y al arte, da el realismo». No le interesa la actualidad, de ahí que su periodismo sea tan literario; e ignora casi por completo las instituciones. Por eso Ramón crea en torno suyo una circunferencia, desde la que observa el mundo cotidiano y lo interpreta como lo quiere ver.



En uno de los mejores capítulos de su libro, Umbral explica cómo Ramón, en su circunferencia —ésa que todos queremos trazar— juega y se olvida del rito, del Poder. «El rito es algo así como la militarización del juego». En su escritura juega también, y rechaza el discurso que —siempre según Umbral— «introduce el rito en la literatura. El discurso es la ritualización del pensamiento libre, primitivo, azaroso, figurativo, genial». Y el mismo Ramón nos da la clave de su juego literario: «¡Qué difícil es trabajar para no hacer, trabajar para que todo resulte un poco deshecho, un poco bien deshecho!».

Ramón convierte la vida de Madrid en insólita, y la fija en su literatura de vanguardia. Todo el vasto mundo que él fue en las primeras décadas del siglo, y que nos describe Umbral en los treinta y siete capítulos de su libro, se derrumbó cuando tuvo que abandonar España en el año 36. En Buenos Aires, su circunferencia debió irse rompiendo poco a poco. Allí no había Pombo, el café por él famoso, donde celebraba su tertulia en las noches de sábado, ni calles reconocidas por pisadas un millón de veces. Allí no estaba su vida cotidiana, y se convirtió en el Ramón del desencanto. En otro libro de memorias, «La noche que llegué al Café Gijón» —y casi se podría decir que todos los libros de Umbral son, en alguna medida, de memorias—, nos cuenta su autor cómo decidió empezar donde había acabado Ramón, precisamente en el desencanto.

En su libro Umbral recrea una época que, en cierto modo, envidia, que le habría gustado vivir, la de los vanguardistas, y que elige a una de sus estrellas para revivirla; envidia una época en la que de verdad se hablaba y se hacía literatura, una época de tertulias **vivas,** y de publicaciones puramente literarias que tenían lectores, una época, en fin, que, como él mismo dice, «la literatura coincidió milagrosamente con la felicidad». ■ **RAFAEL M. CANSINOS.**

FASCISMO Y ANARQUISMO: UN ANALISIS HISTORICO

Una extensa obra de investigación histórica dedicada al análisis de los problemas político-sociales del mundo actual, entre cuyos títulos se cuenta **Revolución social y fascismo en el siglo XX,** y una serie de libros que profundizan el examen de diversos aspectos de la España contemporánea iniciada con **La crisis española del siglo XX,** son algunos de los antecedentes del autor, quien ahora nos presenta **Fascismo y anarquismo en la España contemporánea** (1). Como nos advierte el propio Carlos M. Rama en sus palabras introductorias: «La idea central que domina este libro (por reacción, si se quiere) es que dos corrientes bien definidas (fascismo y anarquismo, que transcurren a ambos extremos del espectro político español, y que hoy, en los tiempos del posfranquismo, del consenso democrático, son omitidas y olvidadas, sin embargo, fueron decisivas en la víspera. ¿Podrán volverlo a ser en algún futuro?».

Fascismo y anarquismo. Son, sin duda, límites de un territorio político en cuyo interior existieron otras ideas, otras opciones, cuyos objetivos prácticos y concretos se mostraron menos radicales. Pero han sido, justamente, esas posiciones límite las que han marcado con fuerza agudos momentos de crisis político-social en el proceso histórico español contemporáneo. Indagar, entonces, los orígenes del fascismo en la península y analizar la coyuntura que posibilitó su presencia, así como rastrear la trayectoria cumplida por el anarquismo, es la tarea que desarrolla el autor de este libro. Es de conocimiento general que en las dos décadas trágicas que sucedieron a la primera guerra mundial se produjo un ascenso en la conciencia revolucionaria, y que ésta asumió signos múltiples que muchas veces se mostraron abiertamente discrepantes. Lo cierto, no obstante, es que el progreso de los movimientos revolucionarios mostró una coherencia que las burguesías pronto estimaron muy peligrosa para sus intereses. No sólo se prepararon entonces, para resistir con vigor las aspiraciones de la izquierda, sino que también crearon, apresuradamente, las defensas necesarias para la conservación del poder. En algunos países, los sectores burgueses orientaron su acción apoyando los partidos más conservadores, pero en otros, donde la crisis económico-social se mostró más aguda, se inclinaron por una alianza con las nuevas fuerzas políticas de extrema derecha, que preconizaban la contrarrevolución, en muchos casos preventiva.

Esta última es, justamente, la tesis de Carlos M. Rama sobre el modelo totalitario que surge en la guerra civil: «Si durante la guerra civil España vivió una experiencia traumática y violenta de contrarrevolución, en una escala desmedida —incluso por referencia al pasado histórico español— el período 1939-1962 continuará en la paz aquella experiencia, pero, además, la institucionalizará, a través de una compleja red de disposiciones legales, reestructurando todo el país al servicio de los grupos de intereses triunfantes. Se pasará pronto de la contrarrevolución represiva a la contrarrevolución preventiva, temiendo la revuelta popular».

Efectivamente, los especialistas distinguen tres tiempos en su análisis general de la evolución del fascismo en sus modelos europeos. Aun señalando las diferencias existentes entre los distintos regímenes, advierten una primera instancia histórica en la cual se desarrollan movimientos extremistas que proclaman combatir simultáneamente a la izquierda revolucionaria y a los representantes del gran capital. Una etapa posterior está signada por la alianza de estas fuerzas con el capital agrario e industrial —ya que para llegar al poder el fascismo necesita del apoyo de las clases dirigentes, materializado con el respaldo económico y en complicidades de diversa índole—, y este período supone la liquidación de toda fracción «izquierdizante» dentro del movimiento. El último tramo corresponde al fascismo instalado en el poder, y entonces las clases dirigentes se ven compelidas a realizar acuerdos con sus aliados de la víspera, que mantienen el control político. Aquéllas, sin embargo, lograrán asegurar su hegemonía sirviéndose, precisamente, de los estamentos fascistas para consolidar las estructuras económico-sociales.

El autor realiza un examen de la ideología falangista y las corrientes que le integran en su primera época, destacando el papel de Falange Española en la unificación de las fuerzas de extrema derecha, la noción del Estado que emerge de los escritos de sus teóricos, y apuntando los orígenes del nacional - catolicismo. El análisis de la contrarrevolución ha exigido una difícil síntesis, atendiendo a la diversidad de áreas que comprende la represión sistemática llevada a cabo y que no se agota en el ámbito de los hechos de armas, sino que se desarrolla también en los sectores cultural, religioso, judicial, etc.

El problema económico siguió mostrando un sombrío panorama después de la guerra civil, ya que fue imposible encontrar solución, ni perspectiva de recambio, hasta 1959, cuando España entra en la órbita de las exigencias del Fondo Monetario Internacional y, por consiguiente, del capital norteamericano. En consecuencia, la aplicación de la fórmula contrarrevolucionaria en el país, proyecto básicamente propiciado por la burguesía local y el bloque de poder dominante, sirvió adecuadamente a las empresas multinacionales que se hacen presente entonces. Una mayor integración en los centros de decisión económica internacional estimuló el surgimiento de «una nueva clase alta superior»,

(1) *Carlos M. Rama.* **Fascismo y anarquismo en la España contemporánea,** *Barcelona, Bruguera, 1979.*

beneficiada por el régimen con el mantenimiento de áreas exclusivas de poder. El estudio de los aspectos más importantes de esta nueva clase, sus vinculaciones con la aristocracia, sus afinidades con la Iglesia y su inserción en sociedades anónimas y organismos del Estado, así como sus alianzas con las empresas extranjeras, es una importante aportación para comprender cabalmente el período en su totalidad. En definitiva, Rama distingue entre los distintos niveles de «jerarquías» existentes: los promovidos al primer plano de la responsabilidad administrativa, educativa, etc., y «aquellos que tenían la hegemonía del poder —que comportaba todo lo anterior— eran al mismo tiempo los que disfrutaban de la plusvalía, a través de la apropiación y disfrute de los medios de producción económica en España. Los integrantes de ese grupo social —por definición escasa— eran los que auténticamente podían atribuirse el poder, ya sea en forma directa o a través de sectores sociales inferiores, asociados como titulares a los instrumentos de poder».

En la parte consagrada al anarquismo español, el capítulo inicial contiene un excelente «estado de la cuestión» que nos informa de la situación actual de los estudios y la bibliografía sobre el tema. Asimismo, nos advierte el autor: «A nuestro juicio ciertos grandes hechos de la sociología editorial, derivados de acontecimientos políticos más que de razones estrictamente académicas, permiten fechar o establecer etapas, en el desarrollo de nuestra temática en el último cuarto de siglo». El balance, siguiendo los aspectos más importantes de la dinámica marcada por estas etapas, es lo suficientemente extenso y representativo. Complementando lo anterior, nos ofrece un panorama de las memorias escritas por anarquistas españoles, cuyo valor testimonial es indudable pero que plantea, como todo su género, dificultades al historiador, aunque concurren a enriquecer el conocimiento histórico ,siempre que se opere con una metodología correcta sobre el material que nos ofrecen.

El capítulo dedicado a Rafael Barret cumple en rescatar una excepcional figura del anarquismo español, que si bien desarrolló su actividad militante y como escritor en América Latina, ha caído hasta hace poco en injusto olvido. Barret —señala Rama— no olvidó, sin embargo, los problemas españoles: «No menos categórico que Larra, más coherente que Unamuno, Rafael Barret es implacable con la "España negra" de su tiempo».

El anarquista italiano Camillo Bernieri, que dejara su vida junto al pueblo español en el período de la guerra civil, ha motivado un tratamiento más extenso. La formación cultural e ideológica de Bernieri, su trayectoria como profesor en Italia y su alejamiento de la cátedra para comprometerse en la lucha antifascista durante el régimen de Mussolini, su posterior expatriación, es desarrollada por el autor paralelamente con un análisis de las obras principales de este militante. Se destaca, por cierto, la reseña de las ideas del anarquista italiano sobre la guerra civil española, su interpretación del carácter internacional asumido por la contienda como una guerra de clases. Los contornos de la personalidad de este intelectual militante, su condición de intérprete de la situación española, de abanderado de la libertad, hasta su muerte acaecida en Barcelona durante los sucesos de mayo de 1937, tienen gran importancia para un mejor conocimiento de la historia del anarquismo en España.

En definitiva, una obra densa, plena de sugerencias y también de aspectos polémicos por la índole misma de los temas en ella desarrollados, y por la agudeza con que el autor penetra con su reflexión en los resquicios que ofrece la trama de los hechos históricos, apoyado siempre en una extensa bibliografía y abundante documentación. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

EL PROTAGONISMO HISTORICO DEL CAMPESINADO CHINO

Entre los grandes cambios que se están produciendo en China, y en particular las «Cuatro Modernizaciones», hay poco sitio para el campesinado, al concederse una importancia desmesurada al desarrollismo, a la industrialización y a la tecnología. Sin embargo, el campesino chino ha gozado de un protagonismo particular en la historia del país, tanto en otros tiempos como durante la revolución maoísta. Aunque, digámoslo ya, desde una posición secundaria.

Porque, demasiado aferrados al papel protagonista del proletariado en los movimientos revolucionarios, pensadores y dirigentes marxistas occidentales y occidentalizados han infravalorado, tradicionalmente, el del campesinado. Sólo con posterioridad a la victoria de la revolución china comenzó a reconocerse y a estudiarse como importante fuerza política, por mérito de Hobsbawm, Shanin, Galeski, Alavi, Fanon, etc. Hoy se le reconoce, aunque con frecuencia a trancas y barrancas, su cualidad de forma de organización humana —y no sólo como clase social o sector sociológico, o como cualquier otra clasificación reductivista—, su *cualidad de verdadera* **civilización,** en concreto, como defensor de la civilización neolítica (presente en el mundo de hoy como elemento dominante en muchas sociedades), como civilización opuesta a la ciudad, como «mecanismo» conservador del medio ambiente, como impulsor de cambios sociales o de avances tecnológicos.

Esto último es lo que nos interesa, y éste es el caso del campesinado de Africa Negra o, por razones algo diferentes, del de China. De este último, y en particular de sus movimientos político-sociales, trata la obra de Jean Chesneaux, el gran sinólogo marxista francés (1).

Centrada en los movimientos del siglo que corre entre las Guerras del Opio y la instauración de un régimen socialista en China, se describen en ella las revueltas de los siglos XIX y XX que provocó la miseria, la explotación, el centralismo imperial y la destrucción de los valores campesinos. Herederos de la tradición rebelde rural, de gran importancia en China —recordemos que los levantamientos campesinos contribuyeron eficazmente a acabar con el poder dinástico de los Han y de los Tang, de los Song y de los Ming—, destacan en el siglo XIX los levantamientos de los Taiping y de los Nian y, a fines de siglo, de los Boxers, éste sólo parcialmente campesino. Están dirigidos contra el peculiar

(1) *J. Chesneaux:* **Movimientos campesinos en China (1840-1949).** *(Siglo XXI, Madrid, 1979).*

feudalismo centralizado y burocrático chino, al que se combate desde posiciones igualitaristas, milenaristas y pacifistas. Contribuyen así, junto a la penetración extranjera y a la actividad de los revolucionarios modernos, a la caída de la dinastía manchú, facilitando el advenimiento de la república nacionalista y burguesa de Sun Yatsen en 1911-12.

Entre 1912 y 1937 el deterioro de las condiciones del campesinado provoca nuevas rebeliones, en las que se dan dos componentes «nuevos»: la profundización de las contradicciones entre los campesinos y los señores rurales, y el aumento de la inurbación, con sus corolarios de desarraigo, marginación y ulterior empobrecimiento. En los años 20 y 30 los movimientos campesinos comienzan a operar con los comunistas, para acabar uniéndoseles en alianza, especialmente después del fracaso del intento revolucionario «urbano» de 1924-27. Hasta esta fecha, los comunistas, como explica Chesneaux, han considerado al campesinado como algo netamente secundario, pese a que mantenía aún gran parte de su autonomía política y, en cierto modo, operacional. Desde 1927, la fuerza del campesinado, como tal, disminuye, al tiempo que, paradójicamente, el movimiento revolucionario pasa al medio rural. Asimismo, la inspiración ideológica y la organización seguirán proviniendo del exterior, de «los de la ciudad».

La Larga Marcha, la guerra contra Japón, y luego contra Chiang Kaishek permiten la unión definitiva de ambas fuerzas en una sola, base de la victoria de 1949. En los años 30 Mao y Zhu De hablan todavía de «prioridad agraria». Pero la derrota de 1934 representa un giro —considerado beneficioso por unos, negativo para otros—: la creación de los soviets de Jiangxi, fundamental hecho en la historia del comunismo chino y del movimiento campesino, del que saldrá la unión definitiva... y la «marginación» del mundo rural. Es necesario romper con el movimiento campesino tradicional, sustituir sus móviles por el patriotismo y el antiparticularismo, por un igualitarismo no horizontal, sino jerárquico, y por una ideologización marxista-leninista (y maoísta, claro está) profunda.

Sin embargo, como dice el autor, y es uno de los puntos más interesantes, no es cierto, como se ha afirmado, que Mao rompa con el esquema revolucionario comunista. No es cierto que se base en el campo, en

detrimento del proletariado. En realidad, el campesinado chino fue fundamental en la revolución, pero siempre bajo incitaciones exteriores. A diferencia de los rusos, los chinos descubren la enorme fuerza revolucionaria del campesinado, al que consideran y hacen parte integrante del movimiento revolucionario, y no un mero aliado del proletariado. Pero le niegan autonomía, al estimarlo insuficiente. Mao nunca pone en cuestión la subordinación final del campesinado al proletariado. El industrialismo vence, pero Mao insiste en que la agricultura es la base de la economía, y en que no es conveniente un desarrollo industrial a la soviética a costa del campesinado. Para afianzar esto, entre otras cosas, estalla la Revolución Cultural. Para acabar con esto, entre otras cosas, Deng Xiaoping pretende hoy afianzar las Cuatro Modernizaciones. ■

C. A. CARANCI

«POESIA POLITICA Y COMBATIVA ARGENTINA»

En la Argentina, los grupos privilegiados se creen cosmopolitas. Intentan imponer al pueblo esta cultura, pero fracasan. Bastardos, ni americanos ni europeos, pero antihispanistas, arrastran su desconcierto y nostalgia construyendo mansiones francesas en estancias inglesas con escaleras de mármol a la italiana.

Los terratenientes, dependientes en su poderío del campo, hacen de la república un país antiindustrial, anquilosado e inmovilista, sólo sensible al mejoramiento de la ganadería. Este pensamiento es el que impregna todo lo que controlan: medios de comunicación, Universidad, escuelas, artistas. Para los intelectuales de esta clase, lo importante es visitar Francia, vestir a la inglesa y apoyar la política antinacional de la oligarquía, que es la que los ensalza. Son mansos rumiantes que evaden la realidad creando grupos de escape espiritualista; son los más comprometidos con el sistema y los menos nacionales. Simples papagayos de otras voces, propagan la ideología de los poderosos. Al ignorar las causas de la opresión de la cultura popular, el intelectual culpa del atraso al pueblo atávico y vago. Es suficiente a este respecto con mencionar a Borges. En cambio todo artista, filósofo o profesor de lo nacional, será negado, amputado y condenado al silencio. Lo cercará la censura más siniestra, sin prensa, sin radio, ni premios, ni ediciones, vivirá, en el mejor de los casos, como muerto separado de la comunidad.

La Universidad del sistema pretende erguirse agitando la bandera de la autonomía e independencia del saber de toda política. Política para estos grupos, es solamente la de la oposición. La Universidad en los países oprimidos es el instrumento del coloniaje ilustrado. Sólo en los períodos de crisis, la masa estudiantil y el profesorado joven, pueden asumir una actitud crítica y plantear entre otros problemas el de una reforma de la enseñanza como objetivo fundamental para una revolución anticolonialista; pero cuando el «orden» se restituye, estos grupos son reprimidos como criminales.

Actualmente la represión estudiantil es tan terrible que la Universidad argentina está desmantelada, no sólo en sus cuadros estudiantiles sino docentes. La Universidad de Buenos Aires, que impuso el examen de ingreso como control del número de matriculados, ahora se encuentra con mayoría de cupos libres.

Por todo ello, esta antología (1) es importante y oportuna, ya que muestra otra cara de la manifestación cultural del país. Estos son poetas comprometidos con los intereses del pueblo, en algunos casos han sido perseguidos, otros han muerto. La realidad más palpable de Hispanoamérica es la violencia de todo orden, que ejerce sobre ella el imperialismo norteamericano. El acoplamiento entre imperialismo y ejército «nacional» de la Argentina es tal, que la represión ha sobrepasado todo límite concebible.

(1) Astrada, Etelvina: **«Poesía política y combativa argentina»**. *Edit. Zero, S. A. Madrid, 1979, 285 págs.*

Los intelectuales, aun los de izquierda, por pertenecer a un sector privilegiado, son los que con mayor facilidad han podido salir del país y si bien sufren el exilio, viven e intentan a su manera seguir la lucha. Esta afirmación no es general. No todos los poetas de esta antología están fuera, ni siquiera todos han evitado la muerte. *«La dictadura ha efectuado un verdadero genocidio cultural: prohibición y destrucción de libros, cierre de editoriales, revistas, periódicos, intervención a Universidades, silenciamiento de manifestaciones culturales, asesinatos, secuestros y encarcelamiento de artistas, escritores, periodistas. Por tal motivo urge rescatar y salvaguardar la cultura popular que como medio de emergencia pasará a la clandestinidad. Los poetas exiliados no se han abstenido de esa realidad y han enriquecido esta antología con sus textos de denuncia y desenmascaramiento...»* (pág. 9).

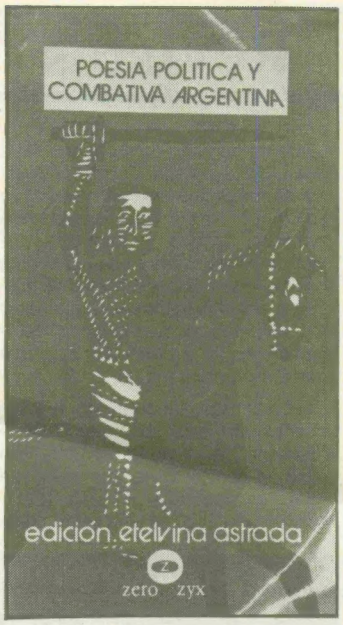
Es indudable que a través de esta actitud, la literatura y especialmente la poesía deja de ser un reducto reaccionario para convertirse en un arma liberadora. Se cumple en estos poetas, desde otros postulados ideológicos, la vieja concepción que une la espada y la pluma.

El apego a lo popular se manifiesta en el uso del lenguaje, ya que se deja de lado toda sofisticación esteticista y se emplean expresiones alejadas de la normativa académica. La consigna parece ser, recuperar y devolver el lenguaje al pueblo. Temáticamente se abandonan los estados contemplativos, nostálgicos, o románticos, el aislamiento y la excepcionalidad del yo poético, para mostrarse como uno entre otros, hermanos en lo colectivo y cantando, o mejor, gritando, su problemática.

La antología se compone de 39 poetas seleccionados por Etelvina Astrada, que es uno de ellos. No son todos de la misma calidad, ni popularidad. Los primeros poemas, de Julio Cortazar, plantean una inclusión que sólo puede fundamentarse en concesiones comerciales, ya que entre todos, es el único escritor ampliamente conocido en Europa, y si bien mucha de su literatura es de denuncia, estos textos no presentan las características militantes del resto.

Los mismos asuntos se reiteran con cierta monotonía, pero es inevitable en las antologías temáticas. La masacre de Trelew está descrita como un grito ante el asesinato o como la culminación de la demencia, está vista en la mirada clara de uno de los compañeros muertos como presencia que obliga; la masacre es lluvia, realidad, bandera negra, desollados plenilunios.,

«Patagonia entera, porque



las masacres, las redenciones, per- [tenecen a la realidad» (pág. 107).

Francisco Urondo

(muerto en combate el 17-VI-76)

Chile y Salvador Allende, aparecen tratados como heridas apocalípticas de Hispanoamérica en los refugiados que no encuentran lugar en Argentina; como un río de fuego en el que se quedan los ojos y el corazón; la patria chilena se poetiza en lo cotidiano del minero o en los ojos, las manos, el hijo, los compañeros del hijo de Antonia, ser anónimo del pueblo. Salvador es alimento, pan que da fuerzas:

«... y haría un buen pan que tendría [las formas
del rostro de Salvador
lo comeríamos en silencio
cuando anochece
y quedaría en nosotros mucha de la [fuerza
del compañero asesinado»

(pág. 172)

Vicente Zito Lema

Los yanquis se nominan como lo hace la boca del pueblo: hijos de puta; personajes malditos de las coplillas populares, condenados que se sientan en butacas de sangre,

«... decir marine yanqui hijo de puta
decirlo y masticarlo
y enseñarlo a los chicos
como a un rezo.
Por amor a la vida,
simplemente,
me parece» (pág. 32)

Humberto Costantini

La poesía que grita ante las masacres, que se enternece al recordar a Allende, que putea a los norteamericanos, es un arma, un programa de acción: *«Es cierto que ante la noticia de toda nueva masacre, el militante no puede dejarse llevar por el odio al enemigo ni sucumbir al dolor... En esta negra noche la imaginación cumple su función integradora y los poemas se hacen dignos de la mochila del soldado»* (pág. 150).

Rodolfo Mattarollo

La poesía debe ser la que proclama las verdades, las necesidades, las ilusiones del pueblo; el fusil complementa los versos cuando el poeta está junto al obrero «para que todo cambie». Es entonces, cuando es marcado como peligroso porque dice palabras incendiarias; la poesía es fuego y no un engendro de caricias.

La muerte pasea por la antología como trágico y principal actor. La muerte es la truncadora del poeta, del músico, del estudiante, del hijo del trabajador, de los que más aman al país. Pero mientras los muertos se sobreviven y siguen luchando, los asesinos se quedan sin nada, o mejor, sólo con cuerpos torturados. Los muertos son también un frío que se suma, ausencia infinita, héroes legandarios.

Como contrapartida de la muerte está la imagen idealizada del guerrillero, vengador de pólvora, perseguidor del cazador, y oponiéndose a esta imagen, las menciones subrealistas del ejército fascista.

La muerte se presiente en la tortura, secuestro, aislamiento, soledad, nostalgia de lo simple. Se critica la situación del país, situación insostenible que incita hasta a los mansos. Estos son poemas para la reflexión y que exigen solidaridad. ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

LAS RAICES DEL MIEDO. Por Román Gubern y Joan Prat. «Cuadernos infimos 86». Tusquets Editores, 172 págs., 1.ª ed., febrero 1979.

LA FEMINEIDAD COMO MASCARA. Varios autores. «Cuadernos infimos 86». Tusquets Editores, 144 págs., 1.ª ed., febrero 1979.

VIVIR EN RUSIA. Por Piero Ostellino. Editorial Planeta. Colección Panorama, 1.ª ed., noviembre 1978, 292 págs.

RASPUTIN, EL HOMBRE Y EL MITO. Por María Rasputín y Patte Barham. Editorial Campus, 1.ª ed., octubre 1978, 272 págs.

BURGUESIA, ESPECULACION Y CUESTION SOCIAL EN EL MADRID DEL SIGLO XIX. Por A. Bahamonde Magro y J. Toro Mérida. Siglo XXI Editores, 1.ª ed., octubre 1978, 274 págs.

HISTORIA LIBERTARIA: NUEVA ETAPA

Desquiciando el proverbial conjuro de que nunca segundas partes fueron buenas, la revista mensual Historia Libertaria emprende a todo trapo una nueva etapa con diferentes e interesantes aportaciones. En la línea de aquellas extraordinarias y precursoras publicaciones anarquistas de principios de siglo, verdadero foco de cultura y portavoz del progresismo en todas las facetas del pensamiento humano de su época, Historia Libertaria había puesto en marcha su magnífico empeño el pasado diciembre. Hasta hoy fueron seis números densos y capitales, luchando sin descanso con el sistema y el mercado. En la refriega se perdieron algunas fechas y lo que nació con voluntad de periodicidad mensual se vio en la práctica reducido a una entrega bimensual.

En ese tiempo, sin embargo, fue suficiente para descubrir que Historia Libertaria había venido a llenar un vacío —por una vez el tópico se hace inexcusable— en la galaxia cultural presente: el de una publicación anarquista, seria, de alta tensión, esmeradamente presentada y sensible a los cambiantes aires del movimiento obrero español. Basta recordar, por ejemplo, el magnífico número dedicado al anarquismo en China.

En la reaparición de Historia Libertaria hay que destacar su empeño de ser un vocero responsable y crítico del pensamiento libertario; la incorporación de nuevas secciones sobre temas de actualidad y la publicación por entregas por primera vez en España de la Enciclopedia Anarquista, la obra sistemática más importante en su género. Un empeño digno de tal causa.

BOLETIN DE SUSCRIPCION RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

TIEMPO de HISTORIA: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....

Apellidos .....

Edad .....Profesión .....

Domicilio .....

.....Teléfono .....

Población .....D. Postal .....

Provincia .....País .....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de .....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º .....
a «TIEMPO DE HISTORIA. c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Sr director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)

.....

Domicilio de la Agencia .....

.....Población .....

Titular de la cuenta .....

.....

Número de la cuenta .....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha .....

Atentamente

(firma)

Enviennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.160	1.040
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.630	1.590
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.630	2.210
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.630	2.690

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

EN ESTE NUMERO DE

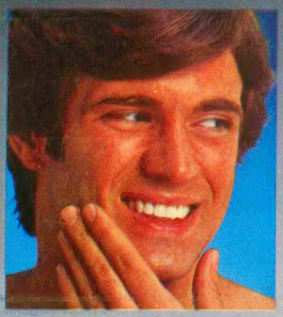
José Miguel Fernández Urbina

Un centenario:

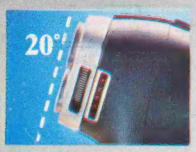
Baldomero Espartero

LA NUEVA CARA DE PHILISHAVE

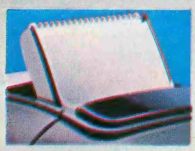
Aún más cómoda y eficaz.



Un rasurado rápido y completo.
Un apurado suave y a fondo.
Un afeitado cómodo y duradero.
Esta es la nueva cara del afeitado Philishave.
Ahora con rasgos más inteligentes y perfeccionados.



1. Nuevo ángulo de inclinación: 20º, estudiado para que se adapte perfectamente al rostro.



2. Nuevo cortapatillas más ancho y preciso, para recortar al milímetro bigote y patillas.

3. Nuevo regulador de apurado, con nueve posiciones, para adaptarse a cualquier tipo de barba.

4. Nuevo diseño anatómico, más estilizado y funcional, para un manejo más cómodo y agradable.

Y con su legendaria velocidad de afeitado: 3 cabezas flotantes, 36 cuchillas y 200.000 cortes por segundo.

PHILISHAVE
Evolución constante en el afeitado.

PHILIPS

INTERMARCO